

EL

10

Consultor Bibliográfico



Publicación Mensual

Director: J. L. del Buidice

Dirección y Admón.: Montaner, 328

*** Barcelona ***

Redac. en Madrid: Calle de Lista, 66

Año 2 / Núm. 10 / Tomo 2 / Fasc. 5.º

*** Mayo de 1926 ***

Subscripción anual: En los países de
lengua española o portuguesa, 5 ptas.

En otros países 7'50 pesetas

Número suelto, 0'50 ptas.

Atrasado, 1 peseta

5 JUN 1973

Versión castellana de Obras de Panait Istrati



El escritor rumano que ha sido saludado como un nuevo Gorki. Romain Rolland ha dicho de sus novelas : ... *puedo afirmar que son dignas de los maestros rusos*, y Vicente Blasco Ibáñez le ha llamado *bohémio inspirado y genial*.

6

Se ha publicado

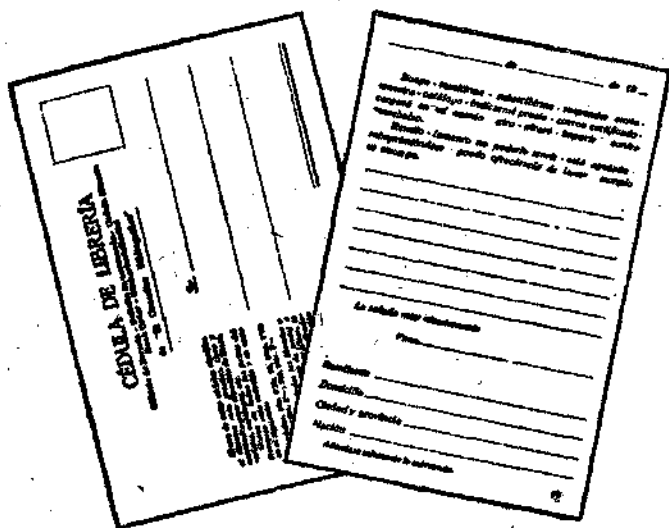
KYRA KYRALINA

Bella edición de más de 200 páginas, 3 ptas.

EDITORIAL LUX : Aribau, 26 : BARCELONA

Cédulas de librería

de El Consultor Bibliográfico



Con la edición de estas cédulas creemos atender una necesidad sentida por todos los que tienen trato continuo con los libros. Lo mismo el editor que el librero, el bibliófilo o el estudiante, reconocerán que nuestras cédulas constituyen el sistema más práctico, claro y económico para el pedido de libros, revistas, catálogos, informes, etc. Unen a la claridad y fácil despacho, las ventajas del coste insignificante y del franqueo reducido. Circulan en España con franqueo de DOS CENTIMOS y en todos los países con tarifa muy inferior a la de la postal simple.

Pídase en todas las librerías o directamente (franco de porte) a esta Administración.

Precios: 10 cédulas, 0'25 ptas. — 50 cédulas, 1'10 ptas.
100 " 2'00 " — 500 " 9'00 "

GUÍA DE LIBRERÍAS

ALEMANIA

Libros y diarios alemanes
Exportación inmediata
Werner, Freundt & Co.
Johannissgasse, 6 Leipzig

Haga usted
sus pedidos de música a
Rob. Forberg
Editora y comisionista,
que le atenderá con esmero
Talstr, 19 Leipzig

ARGENTINA

Poblet Hnos. y Compañía
Librería Académica. Libros científicos,
especialmente de medicina
Callao, 713 Buenos Aires

Librería Jurídica de
Valerio Abeledo
Gran surtido en obras de derecho
Lavalle, 1,368 Buenos Aires

Librería San Jorge
Santa Fe, 2,118 Buenos Aires
Importación de libros. Todas las
novedades nacionales y extranjeras

Librería y editorial «Pensar»
San Martín, 200, esq. Cangallo
Buenos Aires

Alfa y Omega
Ediciones. Importación y exportación
de libros de enseñanza
Callao, 575 Buenos Aires

Librería de M. García
Obras literarias y universitarias
Calle 7, núm. 1,094 La Plata

Librería Argentina de
Luis Simián
Surtido completo de obras clásicas
Dean Funes, 61 Córdoba

Centro de suscripciones y librería
de
Guzmán y Sánchez
25 de Mayo, 213-17 Tucumán

Librería de Emilio Perrot
Libros de derecho e historia americana
Santa Fe, 1,785 Buenos Aires

BRASIL

Librería de
Samuel Núñez López
Obras portuguesas y españolas
Alfandega, 47 Río de Janeiro

CUBA

Librería de
Roque Antuñano Hnos.
«La Burgalesa»
Máximo Gómez, 23 Habana

La Casa de Wilson
Librería, papelería y quincalla
Santos Alvarado y C.ª S. en C.
Pi y Margall, 52 Habana

J. R. Velis
Librería, Papelería, Revistas
San Carlos, 113 Cienfuegos

ECUADOR

Librería e imprenta «Gutenberg»,
de
Elcijo A. Uzcategui
Bulevar 9 Octubre, 218-220 Guayaquil

ESPAÑA

Librairie Française

Rambla del Centro, 10 Barcelona

Librería Nacional y Extranjera

Carlos Seither

Rbla. de Cataluña, 72 Barcelona
Libros de todos los ramos y en todos los idiomas. Gran surtido de música clásica. Librería de arte general y aplicado

Librería Sintés

Comisión. Libros de medicina.
Ronda Universidad, 4 Barcelona

Editorial Canosa

Libros de arquitectura y arte en general

Libros técnicos de construcción
Barcelona (España) Rosellón, 207

Librería

Herederos de la Viuda de Pla

Obras literarias. Libros para niños. Devocionarios.

Fontanella, 13 Barcelona

Librería Universal, de

Pablo Schneider

Libros, revistas y diarios en todos los idiomas y de todos los países del globo

Rbla. de Cataluña, 54 Barcelona

Librería Casa Cuetos

Arte. Literatura. Revistas.

Teléfono 1682 A
Caspe, 12 Barcelona

Librería Ribó

Libros científicos e industriales
Pelayo, 42 Barcelona

Librería de

J. Ruiz Romero

(Suc. de J. Bastinos)

Pelayo, 52. Tel. 4819 Barcelona

Librería Española, de

Antonio López

(Antigua casa I. López Bernagosi)
Rbla. del Centro, 20 Barcelona
Surtido completo de obras españolas. Obras de todos los autores catalanes, antiguos y modernos

Librería Verdaguer

Fons especial d'obres catalanes

A. Doménech, S. en C.

Rbla. del Centre, 5 Barcelona

R. G. Gorriaran

Especial surtido en libros de propaganda vegetariana.

Plaza Nueva, 10 Bilbao

Librería de

Manuel Miñambres

Obras literarias y científicas

Gran Vía, 6 Bilbao

Viuda de Villar y Sobrino

Ediciones nacionales y extranjeras
Gran Vía, 32 Bilbao

Hijos de Santiago Rodríguez

Librería. Imprenta. Casa editorial.

Fundada en 1850

Apartado de Correos 55 Burgos

Fernando Fe

Puerta del Sol, 15 Madrid
Librería española y extranjera.
Suscripciones a todos los países.
Exportación a provincias y al extranjero.

Librería de Esteban Dossat Pl. Príncipe Alfonso, 9 Madrid	Librería de ocasión de Melchor García Obras antiguas y modernas Catálogo gratis San Bernardo, 26 Madrid
Librería Internacional, de Romo Obras científicas nacionales y extranjeras Alcalá, 5 Madrid	«LIBROS» Librería enciclopédica Arte, Literatura, Medicina Julio B. Meléndez Nicolás M.^a Rivero, 12 Madrid
Librería Universal de ocasión García, Rico y Compañía Notable surtido en libros antiguos Desengaño, 29 Madrid	Gran librería médica de R. Chena y Compañía Apartado 7,004 Atocha, 145 Madrid
Librería y Casa Editorial Hernando, S. A. Obras y material de enseñanza y Literatura Arenal, 11, y Quintana, 31	Librería general de ocasión, de Germán García 37, San Bernardo, 37 Madrid Libros antiguos y modernos Compra de bibliotecas
Librería Musical Faustino Fuentes Gran surtido en música nacional y extranjera Arenal, 20 Madrid	«Editorial Voluntad» Magnífico surtido en las librerías de Alcalá, 28, y Marqués de Urquijo, 32 y 34, Madrid; Bruch, 35, Barcelona; Mar, 17, Valencia; Duque de Tetuán, 14, Cádiz; y Perú, 151, Buenos Aires.
Librería editorial Reus, S. A. Libros de todas clases. Especialidad en obras de Derecho. Preciados, 6 Madrid	ESTADOS UNIDOS Librería española e hispano-americana, de Ignacio E. Lozano Av. Nort, Santa Rosa, 118 San Antonio (Texas)
Librería de San Martín Librería Exportadora Apartado núm. 97. Casa fundada en 1854. Tel. M. 32-63. Puerta del Sol, 6 Madrid	Gran surtido en obras españolas y americanas Ángel Blanco Second Street, 918 Sacramento (California)
Librería y Editorial Rubiños Preciados, 23 Madrid Teléfono 54-19. Apartado 477.	Librería de Lago El más completo surtido de libros en español. Pidan nuestro catálogo. 156 West 14 th. Street Nueva York

Librería de Quiroga 712 Dolorosa Street San Antonio (Texas)	Herrero Hermanos Suc. Editores librereros Cinco de Mayo, 39- Plaza de la Concepción, 2 Méjico. D. F.
FRANCIA Dunod Librero editor Ciencias industriales. Obras públi- cas. Atendemos pedidos de todo el mundo de libros franceses y ex- tranjeros. Pidan catálogos y condi- ciones. 47 et 49, Quai des Grands Augus- tins París	Nicolás Rueda Libros y publicaciones periódicas. Suscripción 2.ª de Victoria núm. 33 Méjico. D. F.
GUATEMALA Librería y casa editora Marroquín Hermanos 9.ª C. Oriente, 2 Guatemala	Andrés Botas e hijo, Sucesor Librería en general 1.ª Bolívar, 9- Cinco de Mayo, 43- esq. a Isabel la Católica, y 1.ª Bo- lívar, 10- Méjico- D. F. Librería escolar «Pluma y Lápiz», de Eugenio de la Torre Apartado 75 Chihuahua
MÉJICO Librería «La Moderna» 1.ª de Zamora, 4 Jalapa (Veracruz)	PORTUGAL Livraria Universal, de Armando Joaquim Tavares 28, Calçada de Combro, 30 Lisboa

Disponemos de pocos ejemplares del tomo I de esta revista, que vendemos encuadrados al precio de 7'50 pesetas. Pedidos a esta administración.

EDITORIAL PÁEZ, S. L.

Representación
de importantes
casas americanas



Madrid

Oficinas : Ferras, 50
Almacenes : Écija, 6
Apartado 8.067
Teléfono J. 22-71

El Consultor Bibliográfico

Administración : MUNTANER, 328 :: BARCELONA (España)

Tarifa de anuncios

Precios por publicación

Contratapa final, en dos tintas	Ptas. 150'00	Un octavo de página, id.	»	15'00
Interiores de cubierta (2. ^a o 3. ^a) a dos tintas	» 120'00	Pie o cabecera de columna de 20 por 45 mm., en la sección de novedades bibliográficas.	»	20'00
Una página (en negro solamente)	» 90'00	Pie o cabecera de página, de 20 por 95 mm., en la misma sección.	»	40'00
Media página, id.	» 50'00	Esquela en «Guía de Librerías»	»	7'50
Un cuarto de página, id.	» 28'00			

Los anuncios redactados en otros idiomas que no sean el español o el portugués, tienen un recargo del 25 por 100.

Los anuncios contratados por un trimestre, tienen un 5 por 100 de descuento; los por un semestre, un 10 por 100, y los por un año, un 15 por 100.

Los dibujos y clichés son siempre a cargo del anunciante.

Los precios de esta tarifa son netos y sin descuentos ni concesiones de ninguna clase.

La forma de pago es anticipada a la publicación, a excepción de los contratos por más de tres meses, en los que se fijarán pagos convencionales.

El editor se compromete a documentar el tiraje y la circulación de la revista.

SERVICIOS GRATUITOS

DE

EL CONSULTOR BIBLIOGRÁFICO

A fin de intensificar el intercambio de libros editados en diversos países de habla española, atendemos todos los pedidos de libros que se nos haga, acompañados del importe correspondiente. En sección especial en esta revista daremos toda clase de informes bibliográficos.

Los libreros podrán igualmente usar de nuestros servicios para hacer pedidos a editores o libreros de otros países. Estos servicios los realizamos «completamente gratis» y sin comisiones de ninguna especie por ninguna de las partes y con el solo objeto de facilitar la circulación del libro ibero-americano.

LIBRERÍA CIENTÍFICA Y LITERARIA

FLORIDA, 371

EL ATENEO

CÓRDOBA, 2099

CASA EDITORA ~ BUENOS AIRES

Pedro García

Medicina - Farmacia - Ciencias
Naturales - Ingeniería - Mecánica
Electricidad - Construcciones - Ju-
risprudencia - Economía - Finan-
zas - Historia - Filosofía - Literatura
Agricultura y Ganadería

Telegramas : Ateneo ~ Códigos : A B C 5.º ed. y March

Librería LA FACULTAD

Surtido completo de librería
Ediciones de sociología,
derecho, historia y li-
teratura. / Obras
clásicas argenti-
nas. / Reco-
pilación
de le-
yes

Juan Roldán & C.^{ta}

Florida, 359

BUENOS AIRES

TRES requisitos indispen- sables en la imprenta moderna, para la correcta edición de un libro

**Personal seleccionado y de cultura
suficiente para la índole del trabajo**

**Dirección técnica que inter-
prete el carácter de la obra**

**Elementos mecánicos modernos, que
permitan realizaciones económicas**

**TRES requisitos que han
hecho a los Talleres Costa
especialistas en España
en la industria del libro**

El Consultor Bibliográfico

PUBLICACIÓN MENSUAL

Dirección y Adm.: Muntaner, 328; Barcelona. - Redacción en Madrid: Lista, 66

Los trabajos que se publican son inéditos, a excepción de aquellos cuya traducción o transcripción se especifica. - De los artículos firmados son responsables sus autores. - No se devuelven los originales. - Reservados los derechos

Año II * N.º 10

MAYO DE 1926

Tomo II * Fasc. 5.º

José Enrique Rodó
por Alfonso Junco

José Enrique Rodó es un alto ejemplo de pulcritud: pulcritud en los pensamientos, pulcritud en las líneas, pulcritud en los vocablos. Jamás desenfundado el ademán, violento el rostro ni descompuesta la túnica. Tiene la mesura, la agilidad, la gracia de los griegos, cuya cultura le parece «una sonrisa de la historia», y a quienes rinde devoción. Pagano por su idolatría de la belleza y de las formas; cristiano por la sangre y el aliento, por el propósito moral y la gravedad del apostolado; pensador respetuosamente apartado de toda vinculación confesional, tiene todos los encantos y peligros de esa actitud equilibrista y errabunda.

Gran amador de España, de las raíces castizas, de la genuina floración y los destinos perennes de la raza, enamoróse al par del genio francés y su espíritu se abre como un surco a la buena semilla de todos los vientos. Y, paralelamente, su prosa — en estos tiempos de punto y seguido — asume clásica amplitud armoniosa que, huyendo lo pomposo como lo trivial, hermánase con una feliz modernidad de intensidad y de matices, y constitúyete maestro de estilistas contemporáneos.

Poco amigo de «la contentadiza espontaneidad del que no opone

a la afluencia de la frase incolora, inexpresiva, ninguna resistencia propia; ninguna altiva terquedad a la rebelión de la palabra que se niega a dar de sí el alma y el color», su acrisolada prosa surge henchida, plástica y musical. Paladín y cantor de «gesta de la forma», en esa página soberbia—quizá única en él por la trepidación pasional—exalta las fiebres, los desmayos, las torturas y los triunfos de los «enfermos de perfección»—que ha dicho alguien. «La palabra, ser vivo y voluntarioso, os mira entonces desde los puntos de la pluma, que la muerde para sujetarla; dispuesta con vosotros; os obliga a que la afrontéis; tiene un alma y una fisonomía». «Y hay veces en que la pelea con esos monstruos minúsculos, os exalta y fatiga como una desesperada contienda por la fortuna y el honor». Pero él, dichoso adalid, sólo deja en sus páginas un esplendor tranquilo de victoria. Oigámosle en estas palabras reveladoras de su norte: «Decir las cosas bien, tener en la pluma el don exquisito de la gracia y en el pensamiento la immaculada linfa de luz donde se bañan las ideas para aparecer hermosas, ¿no es una forma de ser bueno?... La caridad y el amor ¿no pueden demostrarse también concediendo a las almas el beneficio de una hora de abandono en la paz de la palabra bella; la sonrisa de una frase armoniosa; el beso en la frente de un pensamiento cincelado; el roce tibio y suave de una imagen que toca con su ala de seda nuestro espíritu?...»

Rodó es el huerto primoroso, no la selva virgen. En sus elementos de filosofía como de arte es siempre el discreto. Fáltanle el grito, el rapto, la garra. Mas ¿por qué pedirselos? Con ellos sería genial... pero ya no sería Rodó. Y perderíamos acaso este altísimo ejemplo—tan provechoso a nuestra agresiva unilateralidad de latinos,—de ecuanimidad comprendedora, de hidalga distinción, de concertada pulcritud.

* * *

Ariel, en 1900, dilató el nombre juvenil de Rodó por América y Europa, y fue saludado con fervor por la crítica de más clara estirpe. *Ariel*, genio del aire que sirve al mago Próspero en *La Tempestad* de Shakespeare, simboliza lo alado y prócer del espíritu en contraposición de Calibán, encarnación de todos los «bajos estímulos de la irracionalidad». La obra de Rodó es una disertación ética,

estética y social dirigida a la juventud hispanoamericana, por boca del viejo maestro llamado Próspero por alusión, que se despidió de sus discípulos: alta convocación al ideal y al esfuerzo, al optimismo vigoroso y consciente, al orden incesable de perfección humana.

En 1906, reprueba como jacobina la decretada expulsión de los Crucifijos de los hospitales, sosteniendo que es absurdo proscribir de un edificio de caridad la efígie del Fundador de la caridad. En talentosa y erudita polémica mantiene su aseveración de que es Cristo el fundador de la caridad, y muestra por Él la veneración más honda, aunque por desgracia puramente humana, contagiado de Renán, que influyó tanto en su fisonomía mental y artística. Trata otras interesantes cuestiones relacionadas con la controversia, y combate toda hosca intransigencia en cualquiera de los campos del pensamiento, queriendo una tolerancia no sólo pasiva, sino activa, que se traduzca en eficaz anhelo de *comprender*, en capacidad de admirar lo noble y sincero donde esté, en «poder de simpatía que penetre en los abismos de la conciencia ajena» y acerque el reinado del amor. Ello integra su opúsculo *Liberalismo y jacobinismo*.

Motivos de Proteo, su libro capital, pareció en 1909. «Justo ha sido—comenta Alfonso Reyes—llamar *Motivos de Proteo* al libro abierto sobre una perspectiva indefinida, al libro entendido como trasunto fiel de los múltiples estados de ánimo, expresión sucesiva del movimiento de la conciencia; es decir: el libro sin más arquitectura que la arquitectura misma de nuestras almas, musicalidad infinita que hubiera deleitado a Wagner. Un Proteo es el ánimo; nadie lo sujeta, y vuela a todas partes, sin finalidad aparente, por el gusto de su ejercicio: motivos de ese Proteo serán, pues, los libros hechos como por mero desahogo; motivos de ese Proteo, pues encierran el vario y mudable revolar del pensamiento en todos los rumbos de su espacio sin dimensiones. Pero no sólo se trata aquí de una manera de bautizar los libros, sino de una cuestión estética, de una completa teoría del libro que, emanada de Rodó, está produciendo en la viña de América una floración de obras, buenas y malas.»

Este puede llamarse el libro de la vocación, pues todas sus divagaciones, de un modo u otro, miran a ella, queriendo definirla, encauzarla, fortalecerla. Sólo que a instantes parece exhortación de

veleidad—como al hablar de las opuestas ideas que solicitan nuestra adhesión,—alborotando un poco nuestra natural inconstancia; en vez de impulsar a la seriedad viril, que corrobora toda creencia respetable con el estudio sólido y el amor puro, abandonándola sólo si es vencida en la conciencia después de lucha desinteresada y tenaz.

Libro de generosa intención y de estímulos reconfortantes, su contenido ideal compendíase y culmina en admirables parábolas. Lo demás, casi todo, es penetración, explicación, comentario: agua mezclada al vino. Algunos, reconociendo la excelencia del agua, preferimos acaso catar el vino solo, entregándonos a su poder indeterminado de sugestión.

Todos tenemos páginas que nos son predilectamente caras: entre las más está la parábola de *Los siete peregrinos*, cuyo Idomeneo concreta mi ideal: la fe perfecta, «la convicción amplia, graciosa y expansiva, dueña de sí para corresponder, sin mengua de su fidelidad inquebrantable», a todas las nobles sollicitaciones de la vida:—«la caridad, el arte, el trabajo, la naturaleza,—y que de las impresiones recogidas en lo vario del mundo» sabe formar, «alrededor del sueño grande de su alma, un cortejo de ideas»... Porque ese es el ideal cristiano, que se cifra en Jesús—contemplación y acción, austeridad y sonrisa;—pero como muy pocos pueden llegar a Idomeneos, es sensato robustecer a los más en su fidelidad menos bella de Agenes, antes que entregarlos a la claudicación con los otros cuatro peregrinos.

El Mirador de Próspero—evocación del maestro de Ariel,—colecciona trabajos dispersos de índole varia, escritos de 1895 a 1913: breves emociones líricas, discursos, opiniones; un amplio estudio sobre el trabajo obrero en Uruguay y otro sobre Juan María Gutiérrez y su época. Y con el nombre de *Hombres de América* aparecen coleccionados también, al lado de discursos parlamentarios, sus tres estudios críticos de más aliento y extensión: sobre Bolívar, sobre Rubén Darío y sobre el ecuatoriano Juan Montalvo. Este último es «algo de lo que con más esmero y amor he escrito en mi vida», decía Rodó en una carta íntima; y en verdad, que el trabajo es primoroso y definitivo, aunque lamentablemente empañado, en su parte política, por la excesiva simpatía a Montalvo y los preconceptos liberales del autor, que no le dejan entender

en toda su grandeza a aquel hombre de hierro y de oro que se llamó García Moreno.

No obstante algunas flaquezas de excepción—hijas más bien del entusiasmo por su héroe respectivo—, Rodó se exhibe en todos los escritos apuntados como un crítico de la más noble cepa: docto, artista, y justiciero: estudia y conoce a fondo; entiende y siente con amor aun las manifestaciones estéticas más opuestas a su personal predilección; discierne escrupulosamente las fronteras y da a cada quien lo suyo—según su leal aunque no infalible entender,—con un probo «sosiego magistral». Nada de juicios absolutistas, o acerbos, o apresurados, o displicentes, que con tanta frecuencia enturbian las páginas aun de encumbrados críticos iberos y americanos. Rodó traza en esto, y ojalá le siguiéramos, una ruta ejemplar.

Completa su obra *El Camino de Paros* que apareció en 1917, reunión de algunas impresiones del viaje a Europa con otras bellas páginas sueltas.

Cabría hacer—y están requiriendo con afán la pluma—algunos interesantes reparos sobre los toques heterodoxos de Rodó... Pero el espacio y la oportunidad imponen sus límites. Sólo diré que en ello doy me a imitar a su Idomeneo, y sintiendo «magnificada y victoriosa» mi fe, «yo guardo para mí el dulzor del canto y, como se arroja la corteza de la almendra, desecho la vanidad de la ficción»...

* * *

Nació en Montevideo, capital del Uruguay, el 15 de julio de 1872. Maduró su adolescencia en la noble intimidad de los libros, y al aparecer, en 1895, entre los fundadores y directores de la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, llevaba ya repleta el alma y segura la orientación. Pudo así, muchos años más tarde, hospedar en *El Mirador de Próspero* las primicias preciosas con que había asomado en la *Revista*, y sacando de una vez su nombre, de la enclaustrada obscuridad, a la luz decisiva.

¿Quién era José Enrique Rodó? «Una larga y pálida figura de miope imberbe, convergiendo toda ella hacia los lentes en la mirada curiosa y distraída a la vez», que pasaba, con un hombro caído, por las calles tranquilas de Montevideo. Era—prosigue el

argentino Giménez Pastor—«el hombre a quien le sobra todo en el desairado juego de los movimientos: brazos, piernas, ropa; todo eso estaba de más, funcionaba como quiera; daba la mano entregándola como una cosa ajena... y la cortedad natural del solitario, la sensibilidad tímida del retraído, infundían al aspecto físico una desabrida tibieza que nada decía de la afectuosidad generosa y buena en que abundaba el amplio espíritu». Luego, «el tiempo abultó aquella figura dándole más importancia con el volumen; el bigote, en profusión mal disciplinada, afirmó el rasgo fisonómico; y la vida, el trato con el mundo exterior en figuración eminente, dieron más aplomo a la actitud y más autoridad a la expresión; la mirada se esparció más segura, aun entre unos párpados codiciosos que reducían su campo de proyección, y la blanda redondez un tanto invasora de las carnes, infundió al físico toda una amplitud descansada y abierta, que decía mejor con la grande bondad interior»... Pero reconcentrado, parco en palabras, no se entregaba fácilmente y algunos le tenían por raro; sólo los íntimos sabían de sus confidencias y expansiones.

Fué Rodó, en la metrópoli de su patria, Director de la Biblioteca Nacional, catedrático de Literatura en la Universidad, Presidente del «Círculo de la Prensa». Desempeñó varias misiones honoríficas de su gobierno. Fué diputado: porque alternó también en luchas políticas—«sonámbulo de la belleza que baja al patio de las fieras».

Alguien nos habla de que, sobre todo en sus tiempos últimos, Rodó ostentaba apego a «cierta Bohemia literaria que malgasta prodigamente la vida» y la despilfarra entregándola a «excitantes perniciosos» y a «todo linaje de excesos». Esta dolorosa revelación, singularmente extraña tratándose de un hombre superior y sincero que entendía su misión como una manera de «oratoria sagrada» y de sacerdocio, de un hombre cuyos libros nos fuerzan a imaginar selectamente sobrio, dueño de sí mismo, desdeñador de toda baja miseria, da a pensar en la ineficacia de las bellas teorías que se lanzan al azar de una buena intención tornadiza y *proteica*, olvidadas del eje incommovible y augusto en cuyo torno ha de girar, suelta, graciosa, pero fiel, toda idea que quiera ser fecundamente constructiva. Ese preciso centro de atracción no roba al cosmos su varia libertad, pero la rige. Triunfa en ese universo

una legión de laicos apóstoles: Montalembert, Veuillot, Ozanam, Donoso Cortés..., que supieron poner a igual altura el pensamiento y la acción, y—realizando en un sentido profundo la fórmula de Séneca—«concordar las palabras con la vida».

En agosto de 1916, pocos meses antes de su muerte, Rodó, en viaje ideal, partió a Europa, conturbada entonces con los furores de la guerra, y fué mandando a América las impresiones de su peregrinar. Alguien dice que marchó «lleno de vida, risueño, entusiasta»; alguien habla de «la hora de tristeza que lo despeñó furiosamente por el ostracismo al extranjero». Lo cierto es que algún amargo misterio ensombreció sus días finales, hundiéndolo en incurable misantropía y en desfallecimiento radical. Julián Nogueira—compañero del doctor Bachini, el encargado de trasladar triunfalmente a Montevideo los restos del gran uruguayo,—en artículo lleno de datos crudos y precisos, nos revela esta desconcertante tragedia de Rodó. El 3 de abril llegó, procedente de Nápoles, al mejor hotel de Palermo. Aquel extranjero desconocido con nadie hablaba, salía poco, se alimentaba apenas. Lamentables el traje y el aseo, yacía sumido en un inerte abandono, ceñudamente ensimismado. El 28 de abril dijo a la camarera que sufría. Al día siguiente le anunció que estaba muy mal, y pidió un médico. Este le encontró retorciéndose en la cama, quejándose a gritos, punzado de violentísimos dolores. Se le llevó al hospital, y allí murió—carne anónima, lejos de su madre y de sus amigos—a la entrada de mayo de 1917. Revisados su ropa y equipaje, pudo al fin identificársele, y el gobierno uruguayo tomó luego a su cargo el embalsamamiento y la inhumación, para traer más tarde los despojos al seno maternal de la patria.

Aquel espíritu de armonía helénica, vino a reposar bajo el cielo evocador de Italia. «Era una restitución», se ha dicho. Sí: pero como el cielo de Sicilia manchaba entonces su serena limpidez con los trágicos vahos de la guerra, así aquel espíritu luminoso y eúrítmico vino a acabar desconcertado, ennegrecido, deshecho por quién sabe qué implacable tragedia.

¡Que la Misericordia, ungiendo sus llagas, le haya rescatado para la inmarcesible armonía!

Méjico.

argentino Giménez Pastor—«el hombre a quien le sobra todo en el desairado juego de los movimientos: brazos, piernas, ropa; todo eso estaba de más, funcionaba como quiera; daba la mano entregándola como una cosa ajena... y la cortedad natural del solitario, la sensibilidad tímida del retraído, infundían al aspecto físico una desabrida tibieza que nada decía de la afectuosidad generosa y buena en que abundaba el amplio espíritu». Luego, «el tiempo abultó aquella figura dándole más importancia con el volumen; el bigote, en profusión mal disciplinada, afirmó el rasgo fisonómico; y la vida, el trato con el mundo exterior en figuración eminente, dieron más aplomo a la actitud y más autoridad a la expresión; la mirada se esparció más segura, aun entre unos párpados codiciosos que reducían su campo de proyección, y la blanda redondez un tanto invasora de las carnes, infundió al físico toda una amplitud descansada y abierta, que decía mejor con la grande bondad interior»... Pero reconcentrado, parco en palabras, no se entregaba fácilmente y algunos le tenían por raro; sólo los íntimos sabían de sus confidencias y expansiones.

Fué Rodó, en la metrópoli de su patria, Director de la Biblioteca Nacional, catedrático de Literatura en la Universidad, Presidente del «Círculo de la Prensa». Desempeñó varias misiones honoríficas de su gobierno. Fué diputado: porque alternó también en luchas políticas—«sonámbulo de la belleza que baja al patio de las fieras».

Alguien nos habla de que, sobre todo en sus tiempos últimos, Rodó ostentaba apego a «cierta bohemia literaria que malgasta prodigamente la vida» y la despilfarra entregándola a «excitantes perniciosos» y a «todo linaje de excesos». Esta dolorosa revelación, singularmente extraña tratándose de un hombre superior y sincero que entendía su misión como una manera de «oratoria sagrada» y de sacerdocio, de un hombre cuyos libros nos fuerzan a imaginar selectamente sobrio, dueño de sí mismo, desdeñador de toda baja miseria, da a pensar en la ineficacia de las bellas teorías que se lanzan al azar de una buena intención tornadiza y *proteica*, olvidadas del eje incommovible y augusto en cuyo torno ha de girar, suelta, graciosa, pero fiel, toda idea que quiera ser fecundamente constructiva. Ese preciso centro de atracción no roba al cosmos su varia libertad, pero la rige. Triunfa en ese universo

una legión de laicos apóstoles: Montalembert, Veuillot, Ozanam, Donoso Cortés..., que supieron poner a igual altura el pensamiento y la acción, y—realizando en un sentido profundo la fórmula de Séneca—«concordar las palabras con la vida».

En agosto de 1916, pocos meses antes de su muerte, Rodó, en viaje ideal, partió a Europa, conturbada entorces con los furores de la guerra, y fué mandando a América las impresiones de su peregrinar. Alguien dice que marchó «lleno de vida, risueño, entusiasta»; alguien habla de «la hora de tristeza que lo despenó furiosamente por el ostracismo al extranjero». Lo cierto es que algún amargó misterio ensombreció sus días finales, hundiéndolo en incurable misantropía y en desfallecimiento radical. Julián Nogueira—compañero del doctor Bachini, el encargado de trasladar triunfalmente a Montevideo los restos del gran uruguayo,—en artículo lleno de datos crudos y precisos, nos revela esta desconcertante tragedia de Rodó. El 3 de abril llegó, procedente de Nápoles, al mejor hotel de Palermo. Aquel extranjero desconocido con nadie hablaba, salía poco, se alimentaba apenas. Lamentables el traje y el aseo, yacía sumido en un inerte abandono, cefudamente ensimismado. El 28 de abril dijo a la camarera que sufría. Al día siguiente le anunció que estaba muy mal, y pidió un médico. Este le encontró retorciéndose en la cama, quejándose a gritos, punzado de violentísimos dolores. Se le llevó al hospital, y allí murió—carne anónima, lejos de su madre y de sus amigos— a la entrada de mayo de 1917. Revisados su ropa y equipaje, pudo al fin identificársele, y el gobierno uruguayo tomó luego a su cargo el embalsamamiento y la inhumación, para traer más tarde los despojos al seno maternal de la patria.

Aquel espíritu de armonía helénica, vino a reposar bajo el cielo evocador de Italia. «Era una restitución», se ha dicho. Sí: pero como el cielo de Sicilia manchaba entonces su serena limpidez con los trágicos vahos de la guerra, así aquel espíritu luminoso y eurítmico vino a acabar desconcertado, ennegrecido, deshecho por quién sabe qué implacable tragedia.

¡Que la Misericordia, ungiendo sus llagas, le haya rescatado para la inmarcesible armonía!

Méjico.

Azorín y los ferrocarriles

p o r L o r e n a o C o n d e

No sentís vosotros una profunda simpatía por las estaciones?— así nos ha interpelado Azorín en una página de *La Ruta de Don Quijote*.

¿No amáis vosotros, como lo ama Azorín, el estrépito inquieto, nervioso, de una estación, con el zurrido de las carretillas, los silbidos de las locomotoras, el chirrido de los frenos, el vaivén de los vagones, el ruidoso trajín de la gente que entra y sale? Indudablemente, Azorín ha observado todo ese bullicio de las estaciones y siente por él una profunda simpatía que tal vez no hayamos experimentado todavía nosotros al contribuir, inconscientemente, a ese mismo bullicio de la estación.

Este buen aprecio en que tiene Azorín a los ferrocarriles es uno de los puntos más interesantes y dignos de estudio de su psicología literaria. Junto al amor de los pueblos castellanos, junto a la veneración de las góticas catedrales, junto a la melancolía de los campos rojizos de la Mancha, germina la simpatía de los trenes, cual si fuesen tan vetusta y rancia cosa como la hidalguía de don Quijote.

La mayoría de los inventos modernos nos parecen (y tal vez lo sean en verdad) completamente incoherentes con los recuerdos y vestigios de los tiempos pretéritos. Pero el tren, aun poniéndole a la cabeza una de las más potentes locomotoras modernas, siempre se nos ha antojado más en armonía con los tiempos famosos que fueron. De tal manera, que en muchas ocasiones, al visitar históricas ciudades, nos pesa no poder asegurar: «esta estación data del siglo XIII, esa máquina fué construida en 1586, aquella línea la inauguró el mismo Rey don Felipe II...»

Si pretendiésemos trasladar, imaginariamente, los inventos de los siglos XIX y XX a unas cinco, quince o veinte centurias atrás, nos parecería de todo punto incomprensible que unos submarinos echaran a pique la «Invencible», o que Colón comunicase por cable

el descubrimiento de las Indias, o que el *Cid* dispusiera de una escuadrilla de aviones para explorar los árabes reales, o que por telégrafo se supiese la derrota del Guadalete, o que las tropas de Aníbal en Capua se divertiesen con la radiotelefonía... Pero no causará tan repugnante contraste suponer, por ejemplo, que Carlos, el *Emperador*, hacía frecuentes viajes a Flandes y a Alemania en rápidos trenes, especiales para su majestad imperial. Y si no fuese que con frecuencia Santa Teresa nos habla de los trabajos que se sufren por los caminos, al leer, por ejemplo: *Llegamos a Medina del Campo víspera de Nuestra Señora de Agosto a las doce de la noche*, no tendríamos inconveniente en imaginarnos cómo bajaba, con sus compañeras, de un tren en la conocida estación de empalme; pero no de un tren rápido, sino de un mixto, de esos que, lentos y monótonos, se paran tres horas en cada estación y, por lo viejos, se nos antojan *trenes prehistóricos*. Es más: tal vez halláramos muy natural, esto es: más quijotesca, una aventura del Ingenioso Hidalgo en que confundiera por un horrible dragón un tren expreso que cruzara, como hoy la cruzan muchos de ellos, la amarillenta llanura de la Mancha.

Indudablemente, algo tiene el tren en sí de noble y rancio que le hace compatible, sin peligro de anacronismo, con los mejores tiempos de las postas y diligencias. Por donde venimos a descubrir el precioso germen de poesía que burbujeaba entre los inquietos vapores de aquel irrisorio artefacto que Stéphenson construyó.

Y este espíritu de pseudo antigüedad que transpira hasta de los más flamantes ferrocarriles, Azorín lo ha sabido comprender con suma perspicacia de observador, para dejarlo impreso, como huella inconfundible, en muchas de sus obras. Pero a los ferrocarriles no les ha dedicado Azorín todavía ningún libro completo, exclusivo, como ya lo ha dedicado a los pueblos, a Castilla, a la Mancha, a Riofrio de Avila. Las impresiones que le han sugerido los ferrocarriles están disgregadas en pensamientos, frases y páginas sueltas, diseminadas en su varia producción.

Aunque por una parte se nos antoje una lástima esta falta de unidad en tan peregrina simpatía, por otra nos ha de consolar bastante, porque así la simpatía resulta más sincera y natural. En efecto, al dedicar exclusivamente una obra a cualquier cuestión o tema, nos esforzamos en reunir la máxima abundancia de pensa-

mientos y sensaciones que sobre ella se nos ocurren para tratarla mejor; casi podemos asegurar que en tales monografías u opúsculos se agotan las ideas matrices, teniendo que recurrir a las plagiales o derivadas cuando queremos volver en otras ocasiones sobre el mismo tema. Algo de epicurismo literario encierra este criterio, comparable con el amoroso que tan suavemente expresa la estrofa becqueriana:

*¿Quieres que de ese néctar delicioso
no te amargue la hez?
Pues aspirale, acércale a tus labios,
y déjale después.
¿Quieres que conservemos una dulce
memoria de este amor?
Pues amémonos hoy mucho, y mañana
digámonos ¡adiós!*

Si queréis guardar buen recuerdo de las cosas que en el vaivén de la vida se os ofrecen, acercáoslas a los labios y dejadlas después.

En este epicurismo literario habla siempre Azorín de su profunda simpatía por los trenes: habla de ella con la misma rapidez del tren y la deja después.

Los capítulos primeros de Castilla están dedicados a la historia de los primeros ferrocarriles españoles. ¡Qué contraste! Al comentar las notas características de la adusta Castilla de hoy, lejos de invocar las augustas figuras de la historia para que le sirvan de inspirada musa, evoca las desorientaciones de los primeros trenes que se atrevieron a escalar la venerable Meseta, para contemplar la tierra de los *fidalgos* y envolver en sus albas nubes los afiligranados contornos de las finas agujas de la catedral de Burgos.

De la misma obra *Castilla*, uno de los últimos capítulos dedicado está a una lucecita roja que todas las noches, a la misma hora, tras «un sordo, formidable estruendo que dura un breve momento», «aparece en la nagrura de la noche y desaparece en seguida».

En *La Ruta de don Quijote* nos habla con más extensión de la poesía de las estaciones. En esta obra quisiera Azorín confesarnos, sin empaque, su recondita simpatía por estas colmenas del bullicio

moderno; pero aun no se atreve y se limita a preguntarnos: «¿No sentís vosotros una simpatía profunda por las estaciones?»

En *Doña Inés*, su más reciente obra, nos habla de don Marcelino Calero Portocarrero, autor de un folleto—impreso en Londres en 1830—que trata sobre un *Proyecto para construir un camino de hierro de Jerez de la Frontera al Puerto de Santa María*.

Y entre las útiles notas de *Al margen de los clásicos* intenta imaginar el pueblecito de la Edad Media en que vivía el cantor del Cid. «Era seguramente en un pueblecillo castellano; todo está hoy como entonces; todo, salvo que todo está mucho más viejo, ruinoso, y que cerca de allí, al volver de un montecillo, se ven en medio del campo, alargándose misteriosamente hasta perderse de vista, dos brillantes y paralelas barras de hierro.»

Innúmeras citas podríamos aducir para comprobar la ingenua simpatía que siente Azorín por las estaciones, los trenes y los paisajes vistos desde el marco exiguo de una ventanilla. Muchos de esos fugaces paisajes de tierras solitarias, con nubecillas redondas en lontananza—que se acercan a las torres majestuosas de la catedral,—con álamos que se espejean en los remansos de un histórico río—Tormes, Duero, Tajo—mientras el ruido de un carro grave, solemne, al rechocar en los hondos y pedregosos relejes, se extiende y repercute largamente, ¿no habrán sido acaso vistos desde la ventanilla de un tren expreso, que vuela sobre los rieles?

Azorín también siente mucha simpatía por los carros y les ha dedicado un capítulo, porque, de la tierra española, son ellos parte integrante: «Existen varias clases de carros. La división fundamental es ésta: carritos ligeros; carros gruesos. Los ligeros corren y saltan por los caminos; son alegres y frívolos; tienen pocos asientos; son para ir a una estación... Los carros gruesos son graves, solemnes. Con ellos se portea el vino, el aceite, los granos. Con ellos se hacen largos viajes por los caminos que cruzan las llanuras, bordean los ríos, reptan por las anfractuosidades de las montañas.»

Los trenes también tienen su particular psicología y podrían igualmente dividirse en los grupos generales, como los carros. Los hay que corren veloces como flecha disparada de arco diestro. Corren mucho y paran poco. Los coches son largos, bien acomodados, y por las ventanillas se ven a satisfechos viajeros, repantigados en

muelles sillones. Estos trenes pasan, céleres, sin pararse en las estaciones pequeñas, levantando nubes de polvo insano. Llegan, por fin, a la estación de término y se detienen, fatigados, jadeantes, cansados de tanto correr (aunque siempre dispuestos a correr otro tanto), mientras los viajeros, al pasar, los miran respetuosamente, como se contempla a un héroe, después de una hazaña gloriosa.

Otros hay que caminan despacio, lentos, pesados, y arrastran una recua interminable de vagones repletos de carbón, de tierra, de cubas, de ingentes cajas de géneros desconocidos. Entre estos vagones, aparecen otros cortos, bajos, estrechos, pintados de verde o rojo oscuro, por cuyas ventanillas aparecen las caras de unos viajeros soñolientos, aburridos, pacientes, como la marcha pausada, lenta y monótona del mismo tren. Estos trenes llegan, por fin, a la estación de un pueblo (un pueblecito que no existe en los detalles del mapa), y espera unos minutos, unos minutos que se hacen interminables, que se alargan a veinticinco, a cuarenta, a sesenta, hasta que pase el otro tren que sube o baja por la misma vía, con la misma lentitud.

Pero aun creo yo que existe otra clase de trenes, que bien podrían venerarse como los decanos de todos los ferrocarriles. Esos trenes pasan con inflexible regularidad por todas las estaciones: en nuestros pueblos son los únicos que pasan. Mezclado entre los demás coches, uno especialmente sobresale, en cuyo centro se lee la majestuosa inscripción, bajo escudo alegórico: *Correos*. Estos trenes son los que con más interés esperamos, porque en ellos vienen los periódicos, revistas, libros, cartas y noticias que han de proporcionarnos ratos de deleite, y aunque hayan de ser de dolor igualmente los esperamos. Así, al simpático respeto que naturalmente inspira un ferrocarril, unen esos trenes el respeto que igualmente nos merecen los correos.

En fin, ¿quién no ha experimentado la tristeza de una despedida, cuando, al partir el tren, sólo el blanco pañuelo desde la ventanilla revolotea? ¿Quién no ha gozado la alegría de una llegada, cuando, al detenerse el tren, desde otra ventanilla se agita la mano del ser que esperamos? ¿Quién no ha sentido la sensación a la par de extrañeza y satisfacción, cuando un tren nos deja en un pueblo muerto y sombrío—de la Mancha, acaso de Castilla—donde

admiramos callejuelas silenciosas, plazas con soportales ruinosos, finas iglesias góticas, tiendecillas lóbregas de orfebres?

Asorín siente una profunda simpatía por los trenes y por las estaciones, y la siente porque *«tienen una profunda poesía los caminos de hierro. La tienen las anchas, inmensas estaciones de las grandes urbes con su ir y venir incesantemente de multitud de trenes»*; la tienen *«las pequeñas estaciones, en que un tren lento se detiene largamente, en una mañana abrasadora de verano»*; la tienen *«esas otras estaciones cercanas a viejas ciudades, a las que en las tardes del domingo, durante el crepúsculo, salen a pasear las muchachas y van devaneando lentamente a lo largo del andén, cogidas de los brazos, escudriñando curiosamente la gente de los coches. Tiene, en fin, poesía la llegada del tren, allá de madrugada, a una estación de capital de provincia..., a una ciudad vieja, con callejuelas estrechas, con una ancha catedral, con una fonda destartada, en la que ahora, sacando de su modorra al mozo, va a entrar un viajero recién llegado, mientras nosotros nos alejamos en el tren, por la campiña negra, contemplando el titileo de esas lucécitas que se pierden y surgen de nuevo, que acaban por desaparecer definitivamente...»*



Bajo las cenizas del tedio

(Romance de una conciencia)

por Fidelino de Figueiredo

Traducción española de José M.^a de Cossío

(Continuación. Véase número 9, página 287)

V

EN el espíritu de Luis Cotter se reflejaba fielmente esa inquietud moderna, que nuestro siglo heredó del precedente, maestro en proponer, sin resolverlos, problemas que las familiaridades con la muerte traídas por la guerra han agravado más aun. Ora haciendo historiografía, es decir, estudiando lo concreto e individual, ora haciendo crítica científica, esto es, acercándose a la actividad presuntuosa de la razón, nunca le abandonó la sed de valores universales. Por el contrario, en su corta vida vivió siempre poseído de infinito, debatiéndose dolorosamente entre las imposibilidades de la razón lógica y la falta de conformidad de sus aspiraciones.

Hubo un momento en el que este escéptico deseó ardientemente creer, y siguiendo el consejo de Pascal y el concepto de los teólogos que ponen por base de la fe un acto de voluntad, comenzó por tomar agua bendita y practicar. Yo supuse, al verle rondar el reducto de la Iglesia y después decididamente entrar, arrodillarse y elevar el alma hacia Dios, que el bálsamo de la fe humedecería y consolaría el ardor de su inquietud. Y tenía mis razones para pensarlo así.

Sobre la Iglesia, sobre su política y su influencia en el mundo nunca se escribieron páginas más brillantes ni más justas que las salidas de su pluma no ortodoxa, en la historia de la casa de Austria, a propósito de las feroces luchas de Carlos V y Felipe II contra los luteranos.

Y yo siempre le oí confesar su rendida admiración por el cris-

*
tianismo, la menos imperfecta y la más bella—decía él—de las tentativas de comunicarse con Dios. El cristianismo era, además, para Luis, la genial demostración del poder mágico de la bondad afectuosa. El contenido ideológico del cristianismo se sostenía en el aire, como ciclo de los temas de meditación de la filosofía griega en su fase de decadencia, cuando los problemas morales prevalecieran en los intereses de los hombres sobre los metafísicos, o como principios religiosos de ese Oriente mesiánico e imaginativo. Mas todo eso permanecería estéril y restringido esoterismo, sin la síntesis sentimental de Jesús. Y a la sombra de ésta, la más profunda creación que la humanidad haya aprovechado, todo un matiz de civilización y de cultura se formó y se desenvuelve todavía, piense lo que pensare la rabiosa lepra del ateísmo. La igualdad de los hombres ante Dios fomentó la abolición de muchas desigualdades injustas entre los hombres; todas las formas del arte, todas las ciencias, toda la filosofía, toda la evolución histórica, orientadas por esa divina teleología dieran a la existencia humana, breve y precaria, una transcendencia y una belleza que la elevaran a posibilidades insospechadas, y el hombre, sorprendido, dió de sí heroísmos y creaciones a chorros.

Por ese tiempo, Luis Cotter enfrascóse en la lectura de la escolástica, cuyos estudios lamentaba estuviesen tan abandonados en Portugal. El fué quien me llamó la atención hacia nuestro olvidado pensador Ferreira Deusdado, el que tentara entre nosotros una restauración de esos estudios, por lo demás muy acordes con nuestra tradición filosófica, siempre poco propicia a la heterodoxia.

Pero este hombre no era sólo un cerebro, que como máquina complicada trabajase por sí, indiferente y sin descanso; era hombre, en lo que de más complejo, más frágil y también más bello la palabra significa; era una sensibilidad estética, un corazón impresionable, toda una personalidad, donde se alojaba la idea pura, pero donde se abrigaba también el capricho e imperaban las cosas con su fisonomía irradiante y varia como las almas.

Un pequeño episodio tuvo en esta alma delicada más influencia que una laboriosa meditación.

Una mañana, durante una angustiosa crisis de espíritu, Luis entró por primera vez en una linda iglesita de Lisboa, antigua sede de la Casa de los Veinticuatro, como recuerdan las herramien-

tas simbólicas esculpidas en las paredes. Era temprano. El templo estaba desierto. Y Luis Cotter, encantado con la belleza alegre y sencilla del templo, avanzó con curiosidad y una repentina quietud en el alma. Acordóse del consejo de Pascal y fué a tomar agua bendita; mas al mirar la pila, vió el agua ennegrecida aquí y allí de moscas muertas y, cerciorándose, toda una lucha feroz de gusanos repulsivos que ponían vibraciones de cólera en la masa líquida. Salió con tendio.

Debo aclarar que Luis Cotter poseyó o sufrió, como se prefiere, siempre una apasionada hidrofilia. El agua reclamaba higiene y tranquilidad y pureza de espíritu. Amábala con la mística devoción de un indio de las orillas del Ganges. Tuvo hasta el capricho de estudiar todas las supersticiones orientales y ocultistas, a que el agua, como fundamental elemento, daba el pretexto. Y sus sentidos discriminaban en ella—en el agua común y vulgarísima,—colores diversísimos de cambiantes sutiles, sabores delicados y varios y voces de expresión muy rica. Adormecíale la voz del agua viva en la montaña, chorreante y espumosa, las cascadas naturales, y pasaba horas oyendo, enternecido, el murmullo de un riachuelo entre los chopos y los sauces.

Muchas veces pensé en la delicada receptividad de Luis Cotter para ciertas sensaciones, de una variedad infinita que me hacía sonreír de la pobreza de las clasificaciones de la psico-fisiología. Observar Luis, era aprender más de lo que decía el mejor tratado.

Su agudeza olfativa era particularmente impresionante. Luis acabó por consultarla, por escucharla como a una compañera fiel, porque esa agudeza olfativa le avisaba. Más de un vez su buena fe en las relaciones sociales fué defendida por un desagradable olor, que alguno irradiaba y que vencía los perfumes y los cosméticos, como insistente emanación espiritual. Y Luis decía, no sé si ironizando, si improvisando una teoría, que los espíritus tienen emanaciones propias y bien individualizadas que se reciben por el olfato. Nunca estuvo al pie de un hombre prevaricador o concusionario, de una pecadora, que su agudeza olfativa no lo denunciase, porque un desagradable efluvio vencía los disfraces de la perfumería y de la compostura social.

La hidrofilia entraba por mucho en las peculiaridades caprichosas de Luis y desempeñó papel no pequeño en su determinación,

cuando el dolor y la sed de ideas extra-terrenas le encaminaba los pasos hacia la Iglesia, y los políticos del catolicismo lo saludaban como a uno de los suyos.

Muchas de sus fragilidades eran para mí y para mis amigos más íntimos como lazos de unión con nuestra vulgaridad, porque le humanizaban o le atraían hasta nosotros, o le hacían participar de nuestros intereses diarios y de nuestros prejuicios irrazonados.

Una tarde, Luis, con uno de mis hijos sobre las rodillas, contaba una de sus historias improvisadas: una corte maravillosa, jardines encantados, princesas rubias cautivas de un dragón furibundo, que aquel mi hijo, heroico paladín, libertaba con su espada caballeresca. Tales historias eran la delicia de mis hijos, mas la tortura de Luis, porque instado para repetir las en otra velada amiga, nunca lo hacía a contento de sus pequeños oyentes, y una nueva improvisación tenía que brotar de su imaginación bondadosa.

Este hombre, que nunca fué padre, era la más perfecta vocación paternal, mejor diría el abuelo más tierno, más querido y más familiar, porque no tenía barbas blancas, ni impaciencias, ni reña, ni estaba inválido.

Acababa yo de leer *La novela de un novelista*, de Armando Palacio Valdés, y reproducía un episodio que particularmente me impresionara. En un pueblo marítimo del Norte de España vegetaba, en una vida de prejuicios y de rencores políticos, un zapatero, Marmerto, iracundo siempre contra el trono y contra el altar, siempre vomitando imprecaciones, que ya le habían hecho conocer cárceles y destierros. Mas esa alma de odio tenía un rincón de belleza, su amor apasionado por una hijita linda como un ángel.

Un día se anunció la llegada al pequeño puerto de la reina Isabel II, y ello fué motivo de regocijo y adornos en el pueblo, y de nuevas cóleras revolucionarias para el zapatero. Con todo, no dejó éste de acudir al muelle con su hijita; se quitó el sombrero de mala gana y esperó en una actitud despectiva.

La reina desembarcó, recibió los saludos oficiales, distribuyó sonrisas, ascendieron cohetes y aclamaciones, y ella avanzó saludando a un lado y a otro. Pasa junto al zapatero, repara en la niña y luego se detiene:

— ¡Oh, qué encanto de niña! — exclama embebecida. — ¡Qué

guapa eres, hija mía! Que Dios te bendiga. ¿Me das un beso?—Y levantándola del suelo en sus regios brazos, la besó, sonoramente, en los dos carrillos.

Entonces el zapatero revolucionario, que padeciera prisiones por su odio locuaz contra reyes y reinas, palideció de emoción y, agitando el sombrero, gritó con fuerza:

—¡Viva la reina!

Oyendo mi narración, Luis irguióse entusiasmado, encontrando el episodio digno del *Cuore* de Amicis, y alabó una vez más el poder transfigurador del amor, ventana abierta a todas las brisas suaves o al ciclón barredor, siempre fecundo, siempre bienhechor, hasta cuando parece que destruye.

Así era este hombre: encantábase la vacilación de las convicciones más firmes, fundadas en el raciocinio, vigorizadas en el sufrimiento, ante el soplo débil que proviniera del corazón.

VI

EL lector de espíritu crítico ya habrá notado que Luis Cotter, en los problemas capitales de la inteligencia, propendía hacia el agnosticismo. Por lo menos yo encuentro bien marcada esa tendencia en el pasaje de *La Ciencia Portuguesa* en que expuso y discutió la crítica de Francisco Sanches a la noción medioeval de Ciencia. Consideraba a nuestro pensador bracarense, profesor en Toulouse y Montpellier, como el fundador del escepticismo crítico en la Península y el verdadero precursor del criticismo kantiano. Su pequeño manifiesto *Quod nihil scitur* tiene una significación importante en la historia general de la filosofía, porque representa la primera tentativa de los tiempos modernos para libertar el concepto de ciencia de las quimeras y ficciones verbalistas, y porque, en el pensamiento del filósofo, era una introducción de un negativismo depurador a un tratado del método, trabajo que sólo en el siglo inmediato llevó a cabo Descartes. Claro es que, antes de Cotter, muchos críticos e historiadores de la filosofía habían señalado el lugar de Sanches en la evolución del pensamiento filosófico, tales como Ludwig Gerkrath, Cesare Giarratano, Senchet y Giovan-

ni Gentile. Aquí mismo, junto a nuestra puerta, Menéndez y Pelayo desde 1891, cuando todavía era una audacia hablar de filosofía española o peninsular, hizo destacar lo que habla de nuevo en la actitud mental de Sanches, el principal de los escépticos que él estudió. Mas Luis Cotter, que no desconocía ninguna contribución de la erudición extranjera, fué quien primero apuntó lo que habla aún de vivo en el pensamiento de Sanches. Y cuando encarecía la intuición profunda del médico bracarense al tocar, tras la selva enmarañada de psittacismos, la viva y palpitante realidad, sentíase, sentía el lector de espíritu crítico que se inspiraba en juicios personales y actuales.

De hecho, Luis Cotter procuraba por ese tiempo ordenar su vida interior. Y desolado miraba en torno de sí, en busca de heramientas, de datos positivos, de guías seguras, y por todas partes encontraba la misma duda universal. Decíame que para hallar la expresión elocuente y vivida de esa duda antigua y siempre eludida, habla que romper con las promesas vanas de la filosofía y familiarizarse con las puras obras de arte. Ningún pyrrónico dijera su dolor de dudar, su insatisfecha ansia de penetrar los enigmas y las maravillas de la vida como el lejano Job, el inquieto Hamlet, el romántico Leopardi o nuestro Antero. El dolor dió al genio de esos poetas intuiciones transcendentales, animadas por el amplio vuelo de la inspiración expresionista.

Serenamente, por esfuerzo mental, sólo en Bergson encontraba una intuición de igual audacia, en el vuelo y en las conquistas. Mas si Bergson fundara menos una filosofía que un método, ¿dónde encontrar quien abordase nuevos problemas con la misma penetrante intuición del maestro? Y además, ¿era legítima la separación, que Bergson abría, entre la facultad intelectual, que busca conocer de acuerdo con las leyes lógicas, el mundo material, el mensurable y calculable, y la intuición, que desprendida de los prejuicios del mundo físico, intenta herir la realidad del espíritu, inespacial, libre y movable?

Eran ingeniosas las interpretaciones de Bergson, sutil su nueva concepción del tiempo y del movimiento, del fenómeno psíquico y del paralelismo psico-físico, pero tales puntos de vista tenían valor principalmente por su aspecto negativo, de demolición del fisiologismo estrecho y engañoso, de expulsión de las nociones, me-

por dicho, de los hitos limitadores que del mundo físico se introdujeran en la conciencia. Lo más era puro esfuerzo personal, fantasma interpretativa, que a un convencionalismo unilateral substituía con el cuño personalísimo de un espíritu poderosamente dotado para la especulación. Al menos los viejos pensadores—los griegos, los escolásticos, Descartes y los alemanes—nos seducían con la arquitectura prodigiosa y congruente de sus edificios especulativos.

Dejémosnos de querer aprehender el mundo externo, esto es, de someterlo a la constitución de nuestro ser psíquico; abandonemos, al proyectar la razón en nosotros, los hábitos y vicios lógicos, las nociones de grandeza, extensión, substancia, medida, intensidad e inercia, que el mundo físico nos infundió, y vayamos a intuir, a practicar la intuición viva. Olvidemos los sofismas de los eleáticos sobre el movimiento, la explicación mutiladora de la mecánica, y miremos el movimiento, no en sus resultados espaciales, en sus efectos temporales sobre la materia, sino como una realidad en sí. Mas ¿qué es la intuición? Apenas un análisis más profundo, un esfuerzo que todos pueden querer ejercitar, mas que sólo con Bergson fué fecundo, porque constituye un don propio, una verdadera ecuación personal que él trajo a la filosofía.

Bergson quería deshumanizar la inteligencia, impersonalizarla en todos los casos; pretendía hacer de la filosofía el ojo de Dios, sin pasado para penetrar el presente, fijo en las fuentes de la vida, ajeno a cuanto constituye la condición fatal e invencible de la humanidad. La razón pobre y contingente produjera, así y todo, la ciencia, a la que el hombre debe su bienestar y un puñado de nociones comprobables, útiles y coherentes entre sí: la intuición que Luis Cotter encontraba especioso distinguir de la razón científica, apenas diera de sí un complicado, habiísimos, e ingenioso galimatías. Y al verbalismo, árido y seco, de los silogistas sucedía el verbalismo, poético y seductor, de los intuicionistas.

¿Qué hacen las filosofías intuicionistas, aun las más penetrantes, las menos desapegadas de la realidad, sino confesar la impotencia del espíritu humano para resolver los problemas, que son su dolor y su desesperación? ¿Qué es renunciar a la razón lógica para intuir, sino hacer por vía intelectual, por construcciones afectadas y arbitrarias, lo que el poeta hace por arte e inspiración? Bergson

tenía la franqueza de decir que la filosofía, como él la practicaba, tenía más de arte que de ciencia.

Así fué como Luis Cotter se apartó de Bergson, insatisfecho, aunque movido de admiración por el genio perscrutador del filósofo francés, que lograra formular un conjunto de puntos de vista nuevos y sugestivos, con los que no se acreditara su método, mas se demostrara el espíritu excepcional del metodista.

Detúvose un momento en el pragmatismo, atraído por la franqueza con que William James procuraba limitar sus curiosidades y suministrar un criterio de utilidad para suprimir un imposible criterio de verdad.

Pero Luis Cotter no podía conformarse con una filosofía de banqueros, tan antifilosófica en su conformidad con la impotencia como el positivismo en su negación rotunda de la metafísica.

El carácter mismo de Luis era de una exigente preocupación moralista. Bien pensar era para él bien proceder, y era sobre todo una norma de conducta que él buscaba con el afán del naufrago que obstina los cansados ojos en la obscuridad, esperando ver lucir el fanal guiador.

Un norte para la vida, un sentido, una medida de valoración era lo que Luis, conciencia escrupulosa, procuraba en la fe, que no alcanzaba, o en la filosofía que no le respondía, ni le aquietaba el alma.

Yo, que asistí al drama punzante de su conciencia, muchas veces llevado por un piadoso sentimiento de justicia, pregunté por qué no tocaría Dios, en su infinita misericordia, de la magia de la revelación a aquel espíritu recto y bueno, que dolorosamente tanteaba su camino.

Fué entonces cuando Luis Cotter valerosamente emprendió su marcha hacia Kant, marcha que fué para él una vía dolorosa, erizada de sufrimientos y dudas, que se sobreponían al propio dolor de vivir, a los conflictos de las excelsitudes de su alma con la mediocridad ambiente. Y allá llegó, remontando por Renouvier, Maine de Biran, no sin demorarse con curiosidad en el relativismo de Einstein, por aquel tiempo en plena moda.

Si yo supiese reconstruir todos los pasos decididos, todas las indecisiones, los claros de esperanza y los desalientos del pobre caminante por los páramos helados de la filosofía hasta encontrar

a Kant, habría descrito el momento crítico de un gran drama de conciencia, de una conciencia que representaba por su receptividad delicadísima aspectos de los más reales, de los más vivos del alma moderna, con todas sus perplejidades dolorosas.

A nadie he conocido de más vibrátil simpatía con su tiempo. Su alma condensaba el sufrimiento de generaciones, la desolación de multitudes, que vieran derruirse las columnas del templo de su culto, y a cada instante esperaban ver alzarse de entre los escombros el humo azulado de una nueva fe. Mas todo ello reflejado con una nitidez y una concentración poderosa que le refinaba la sensibilidad y hacía de él como el portador de una gran alma colectiva.

VII

PARA conmemorar el centenario del nacimiento de Kant, escribió Luis Cotter su *Ensayo sobre el Agnosticismo*, que fué su último trabajo y también en cierto modo su confesión. Ese hombre que aun no tocara los cuarenta y que tan ansioso de renovación estuvo siempre, seguramente no se hubiera detenido ahí. ¿Quién sabe los horizontes que su inteligencia y su vibratilidad podrían todavía rebasar? ¿Quién podría prever las modalidades en que se iba a desdoblar su espíritu?

Mas en el momento en que las Parcas cortaron el hilo de su vida, era el kantismo el puerto amigo en que se abrigaba su duda.

No se suponga, sin embargo, que Luis se limitase a recapitular Kant, dejando silenciosa la potente originalidad de su razón. Escribió ese ensayo para aquietar su vida espiritual. E hizo lo con maestría, no sólo en los argumentos y observaciones que adujo, sino también en la prosa maravillosa de fluidez, transparencia, flexibilidad, dócil a las exigencias de la abstracción, más rica de imágenes, con que su espíritu sabía convertir en sensorial, pictórico el más transcendente concepto. Recuerda la noble prosa filosófica de Antero de Quental y de Henri Bergson.

El Kant a que Luis Cotter iba a regresar, era un Kant sin esquematismos, ni terminologías rebuscadas, un Kant humanizado por más de un siglo de sufrimientos y decepciones. A la argumentación analítica del filósofo de Koenigsberg sobre los límites del co-

nocimiento, sobre el corto alcance de la razón humana, sobre las condiciones necesariamente precarias de las conquistas de ella, adicionaba Luis la crítica severa de cuantas tentativas posteriores se habían introducido en el mundo del misterio y de lo incognoscible, delimitado por el mismo Kant. Ningún experimentalista consiguiera destruir el concepto kantiano de ciencia: juicio sintético a priori; ninguno consiguiera ni intentara siquiera defender a posteriori la necesidad y la universalidad de sus conceptos básicos.

El espacio, el tiempo y el nexo de causalidad, intuiciones primitivas, esto es, anteriores a toda experiencia privativas de la razón, idealidades transcendentales, eran inseparables de cualquier forma de conocimiento, hasta del aparentemente más depurado. Y Luis mostraba después la lucha de los pensadores con los conceptos de espacio y de tiempo, al querer expulsarlos de la visión de las cosas en sí, demorándose principalmente en Bergson y en Einstein.

¿Qué más da aceptar la noción clásica de tiempo, mudanza, transición, variación, sucesión, enfrente de la continuidad interna de la conciencia, o preferir el concepto de Bergson: duración pura, movimiento puro, fluir continuo, penetración invisible de nuestro pasado en nuestro presente? Bergson distinguía todavía, recordaba Luis, ese tiempo psíquico del tiempo de la mecánica y de la física, identificable con el espacio. ¿Y después? Con menos dialéctica y más experimentalismo, Einstein asentaba su relativismo sobre una concepción nueva de la mecánica, transformadas las clásicas nociones de tiempo y de espacio, y sobre el principio básico del electro-magnetismo que considera la velocidad de la luz constante en todos los sentidos.

En el relativismo vela el crítico principalmente una ventaja práctica, la de condensar en un menor número de proposiciones el sistema de los fenómenos físicos, y una belleza, la de la orgánica coherencia: visto que sólo hay espacio y sólo hay tiempo relativos a un sistema, serán también muy distintas y nuevas las concepciones de las varias modalidades de la energía. Era discutible la realidad del relativismo, pero era poderoso, como señal del anhelo espiritual del autor, de tan fuerte inspiración como un poeta. Y sólo por lo que tienen de personal y práctico y poético valen los sistemas.

Las incompatibilidades que Michelson, con su famoso experimento, comprobara existir entre la óptica y la mecánica, pretendía Einstein haberlas resuelto.

El ataque al bergsonismo hizolo Luis principalmente con destacar el papel ilusorio de la metáfora en el lenguaje común y en la filosofía. La metáfora es muchas veces el disfraz de una falta de razón; saltando de un mundo a otro mundo, la imagen crea una yuxtaposición o una superposición de razones, de símbolos, de concreciones que a nada corresponden, pero dan al espíritu la ilusión de caminar de solución en solución. Tanto es así que—en el mismo Bergson se patentiza—tales apariencias de razones sólo eran verdaderas en las propias palabras del pensador, ilustradas por sus propias bellísimas metáforas; transmitidas por un vulgarizador o por un crítico, aun los más fielmente escrupulosos perdían su relieve, su poder convincente y caían en una mezquindad desoladora. La metáfora y la variedad léxica han sido los alimentos principales de la disputa filosófica que gongoriza su pobreza, como la lengua alemana multiplica en infinitas combinaciones sus pocas raíces.

¿Qué se adelanta con identificar el espíritu con la memoria? ¿Qué camino se anda con generalizar un caso u otro, en que se infringe el paralelismo psico-físico? ¿No hay un sofisma en la argumentación que expulsa del mundo psíquico la intensidad variable de las sensaciones, para la cual Weber propusiera su ley, bien conocida, luego corregida por Fechner, para sustituirla por la adición sucesiva de sensaciones, a cada aumento del estímulo?

La psico-fisiología, con Wolf, con Riestley, con Wundt, con Fechner, con esos complicados laboratorios y esas solemnes cátedras universitarias, prometiera mucho, más diera poco: algunos números, coeficientes de agudeza sensitiva, algunos aparatos ridículos, pedantizara trivialidades y confundiera lamentablemente los dos mundos, el psíquico y el físico. Buen servicio fuera el de Bergson separando nuevamente con una ancha zanja los dos aspectos de la fenomenalidad. Mas ¿para qué? Para familiarizarnos a nosotros, dominados por el nexo de la causalidad, por la propia constitución lógica que a nuestra conciencia imprimió la observación del mundo físico, para familiarizarnos con una región suprasensible, incognoscible, tanto como lo es lo sobrenatural, que la

fe nos presenta. Enigmas sobre enigmas, palabras sobre palabras. Y Luis prohibía con calor las viejas razones de Kant sobre los límites del conocimiento humano, y sobre la insusceptibilidad de la psicología para constituirse en ciencia de tipo alguno.

Después de Einstein, que más directamente se prendía a su punto de vista por la tentativa de borrar del fenomenalismo mecánico las viejas nociones de espacio y de tiempo, Luis demorábase en un aspecto de la filosofía alemana contemporánea, en que era su guía Müller-Freienfels, acercaba el esfuerzo de Benedetto Croce y Giovanni Gentile por modernizar y restaurar a Hegel, y ascendiendo por Lachelier, Renouvier y Maine de Biran, criticaba las prohibiciones de accesibilidad a lo absoluto y llegaba al fin a Kant.

En el genial pensador de Koenisberg encontraba Luis un cientificismo moderado, esto es, una utilización aprovechada y prudente de los materiales ofrecidos por la ciencia, más sin la cómica suficiencia de los conteanos. Es insensato pedirlo todo a la razón científica, como es necio prescindir para el conocimiento del universo de la parte más noble y menos contingente del espíritu que nos dió un caudal de conocimientos positivos, que nos ha traído del trogloditismo hasta nuestro estado de hoy, y que nos explica un quífon considerable de la fenomenalidad ambiente.

Después el kantismo, que destruía las veleidades del acceso al absoluto metafísico, creaba luego, en la razón práctica, un nuevo absoluto, el moral, y en ese imperativo categórico del deber, en el módulo de la generalización para valorizar la eficacia de la buena norma de procedimiento, encontraba la conciencia recta de Luis cabal satisfacción. Fuera del mundo del deber, el único absoluto dado al hombre, y del reducido ambiente fenomenista explicado por el conocimiento científico, extendíase, rumoreaba en inquietas olas negadoras el océano de lo incognoscible, el misterio insondable. Y el hombre de la playa mezquina, incapaz de sondear con seguridad ese abismo, mas no pudiendo resistir sus atracciones, construía sus hipótesis, sus imágenes poéticas, sus intuiciones filosóficas, sus teologías, como los tímidos marineros de la Edad Media poblaban de monstruos y leyendas el innavegado Mar Tenebroso.

Barrer del campo de lo cognoscible la metafísica, las ideas ge-

nerales de vuelo filosófico, no era posible, ni sería útil. Si hasta los pobres positivistas en sus aforismos antimetafísicos hacían metafísica... Mas lo que era urgente y útil era barrer del mundo de lo incognoscible las veleidades del conocimiento científico, porque es imposible deshumanizar la conciencia e intentarlo es pulverizarla en un impotente idelismo fijo, en la superstición de algunos hechos generalizados o de algunos sofismas engañosos.

Esperaba Luis que de este regreso a Kant, a un Kant enriquecido y ablandado, resultase un más confiado impulso del espíritu científico, ya libertado de presunciones metafísicas, y un más largo vuelo al sentimiento religioso, ya despreocupado de los jacobinos problemas de los conflictos de la ciencia y la religión. Esperaba que de esa delimitación resultase la muerte de ciertas superfetaciones, que pueblan y esterilizan la mente del hombre moderno, como por ejemplo las supersticiones de ciencias imposibles del tipo de la psicología científica, de la sociología, de la moral científica, de la filosofía de la historia, etc. La psicología debía volver a entrar en el cuadro de las disciplinas filosóficas, y tornaría casi tan pobre como de él saliera. ¿Qué llevaría en su gazofilacio? Tal vez sólo la noción de la concomitancia física y un desarrapado paralelismo. Tenía que concentrar su método en la vieja, cansada, desacreditada más fatal introspección y—¿por qué no decir todo el pensamiento de Luis?—tenía que comenzar a habituarse a la idea de renunciar al conocimiento general. Generalidades sobre la psique humana posela tal vez ya cuantas podría alcanzar, y ninguna debía a los laboratorios: éstos y el experimentalismo apenas ampliaran el campo de lo anormal y de lo patológico; particularidades individuales sobre el carácter, lo concreto y único es lo que debería ser ahora el blanco de la psicología, convergiendo así con el arte en una especie de inventario de las variantes del carácter. ¿No se confinaban ciertos astrónomos, desesperados de conquistar nuevas leyes generales, en el catálogo de las estrellas?

De la filosofía de la historia, que Spengler quiso recientemente resucitar, sonreía Luis, porque no había razones lógicas, ni observación, ni lectura que le convenciese de que la evolución humana seguía algún sentido, susceptible de aprehenderse y sistematizarse. El hombre vivía y luchaba por su conservación y defensa, en medio de las fuerzas ciegas del Universo, burlándolas o sujetándolas.

las por astucia; y en los intervalos de su lucha ergula los ojos al cielo en un vuelo de idealidad. De esa ambiciosa mirada brotaban la religión y el arte.

La sociología fatigábase en un torbellino de doctrinas e hipótesis en busca del factor primario de las sociedades; el contrato voluntario de Rousseau, la adaptación para Spencer, el interés común para Ammon, el psiquismo social para Roberty, etc., etc... Luis concordaba con Ammon, y añadía—nunca pude percibir si con ironía—la injusticia disfrazada de justicia. La ironía de Luis era tan grave y tan aguda, que la sutil frontera que la separaba de la seriedad, no era percibida por todos. Inclínome a creer que era la amargura escéptica la que le inspiraba, cuando en nuestras conversaciones largas y peripatéticas, se complacía en apuntar la injusticia como cimiento moral de las instituciones, en los regímenes políticos, en los partidos, en todas las formas de asociación, aun en lo intelectual como las academias y universidades, en el periodismo liviano, en la creación de los valores sociales...

Llegué a pensar en una posible influencia de Anatole France, con sus raciocinadores M. Bergeret y el P. Coignard. ¡Mal rumbo! Luis Cotter estaba bien defendido de cualquier influencia profunda del novelista, porque su moralismo rígido era estructuralmente enemigo a el pontificar de paradojas, frivolidades, contradicciones y agudezas clínicas, que es, en grande parte, el fondo ideológico de la obra de France. Estimábalo grandemente como maestro de la ficción y como irresistible mago del estilo, mas no creo que lo leyese con predilección.

Un día no pude contenerme y le pregunté cómo explicaba él la sed de justicia que devora algunos espíritus, el origen de las idealidades más puras, la bondad, la perfección, la santidad, la propia justicia. El, rápidamente, respondió que repudiaba por entero la teoría de las ideas innatas anteriores a la vida, como no creía demostrable la hipótesis del origen experimental, de generalización en generalización, partiendo de las sensaciones hasta la quintaesencia abstracta: y muy sencillamente y muy amargamente explicó: Por el contraste. ¿No nacían el arte y la fe del impulso inenarrable de salir de la miseria terrena y cotidiana? ¿No era el arte el embellecimiento de lo real, tan engañoso que del dolor hacía una emoción grata? ¿No era la fe un artificio para suplir la ignoran-

cia condicional del hombre? También las ideas puras venían del deseo ardiente en algunas almas elegidas de salir de la miseria torpe y triste; poner del revés la realidad, mudarle el signo, cambiarle los colores fundamentales, y de la injusticia realísima y constante surgía la justicia idealísima y fugaz como un sueño.

VIII

CUANDO depuso la pluma con que escribiera su *Ensayo sobre el Agnosticismo*, obra maestra de discernimiento y emoción, Luis Cotter volvióse para mí y exclamó:

— ¡Estoy pronto para creer!

Dióse, entonces, al trabajo, a un tiempo delicioso y amargo, de buscar la fe. La buscó en el fondo de su ser, en la reserva confusa e inagotable de las supersticiones, porque sabía bien que el miedo era la puerta más comúnmente abierta a la fe; miedo de quien sigue senderos pedregosos y rasga las carnes en las zarzas aceradas; miedo de quien decae entre las fuerzas del destino y del acaso, de la injusticia y de la lucha; miedo de quien no consigue trasponer los enigmas de la muerte. Pero Luis Cotter era de una indiferencia serena ante todos los peligros y malevolencias y podría haber repetido aquel cuento del hombre que era infeliz porque nunca había conocido el miedo.

Procuró después, esa abnegada fe, en la emoción artística, sabiendo que el esteticismo, sabiamente depurado de manchas paganas, es también camino recto y bello que puede conducir a Dios. Porfiadamente, con paciencia y erudición, recorrió las más famosas y hermosas catedrales de Europa, estudió nuestra opulenta arte religiosa, la arquitectura, la imaginaria, la liturgia, la indumentaria, la simbólica, cuanto de cerca o de lejos rodea el culto y expresa la fe. Acompañóle mucho en estas excursiones artísticas, en el período de esa pasión por lo gótico, Manuel Ribeiro, el de *La Catedral* (como, en los viejos tiempos, Francisco de Moraes fuera el *Palmerín*). Mas los prodigios del arte, si documentaban la magia de la fe, no le indicaban la fuente de ella, viva y fresca, donde Luis pudiese beber.

Gracias a Dios, Luis era de una sensibilidad desbordadora frente a las magnificencias de la naturaleza; conmoviase hasta llorar y erguíase a esferas altísimas de meditación ante el mar inmenso, el cielo insondable, la montaña augusta. Poseía, como Kant, su postrer maestro, el sentimiento de lo sublime y, como Leopardi—a quien leyó mucho para compararle a Antero de Quental—el sentimiento del infinito. Y era una conciencia rectísima, como el pensador de la *Razón Práctica*. Así fué como él halló a Dios en sí mismo. Lo que no había conseguido con la consideración de la propia fragilidad, ni con la admiración de las bellezas del arte religioso, logrólo con la introspección, con el examen de su conciencia ejemplar, fundamentada sobre la idea del deber, y con la contemplación reflexiva de la naturaleza. Muchas veces se sorprendió a sí mismo y sorprendió a los demás con situaciones morales que rectamente se resolvían sólo contrariando el interés individual y el colectivo, en que el hombre sentía en sí mismo una fuerza imperativa, que manifiestamente contradecía los dictámenes del cálculo, aun del más circunspecto. Entonces el deber no era el resultado de una evolución moral purificada de egoísmos individuales, ¡era algo absoluto que existía por sí y para sí! La comodidad y el interés de la especie atacaban, mas el deber permanecía firme y atractivo para todas las conciencias rectas. ¿Por qué? Porque venía de fuera de nosotros, venía de Dios.

La naturaleza, por su magnificencia, por su inmensidad, por su variedad y fecundidad, por su equilibrio y ritmo, por sus misterios, por sus generosidades maternas, constituía para el sentimiento de Luis la más poderosa y convincente apologética religiosa.

De este modo llegó Luis a un deísmo francamente conciliable con el agnosticismo kantiano, porque vivían vecinos pacíficamente, confinándose cada uno en su dominio propio.

Mas Luis caminaba seguramente para la Iglesia Católica; declámelos mi observación amiga, que no cesaba de acecharle, y también mi esperanza.

Fues este deísta y kantiano ¿no me dijo, una tarde, al aroma tibio de las glicinas, que creía en el milagro como intervención providencial? Y, ante mi sorpresa, explicó tranquilamente, que no creía en el milagro a la manera medioeval, transtorno creado a la

razón de los hombres, desafío a las propias leyes de la naturaleza, que son obra de Dios: la tierra que se abre para tragar un blasfemo, las llamas que rehusan devorar un santo. No; milagro era la solución imprevista de una dificultad por el menos presumible de los caminos, era la anomalía obrando por medios normales. Para solucionar una situación había varios caminos; el mejor, más generoso para el hombre, era ya inesperable, porque era tarde, porque la razón lógica no se fiaba de una pequeña coincidencia. Y esa coincidencia venía y las cosas tomaban nuevo rumbo. Consumado el caso, todo se explicaba lógicamente por el encadenamiento de las causas, por la pericia del médico, del hombre de negocios, del estadista; mas nadie sabría explicar la brusca mutación a cierta altura de esa serie de encadenamientos.

Cómo armonizaba Luis Cotter esta intervención divina en los destinos humanos con el abandono de ellos a la injusticia y a la impotencia, no lo sabré decir. No esperé nunca que nuestras preocupadas conversaciones fueran a adquirir un valor documental sobre este altísimo espíritu. El mismo Luis Cotter hallaba que, fuera del restringido campo aprehensible por nuestra mente, aunque con aquel conocimiento humanísimo y precario, en los vastos dominios del misterio, no sería nunca posible, ni deseable, una coherencia perfecta, cuando la fe o la fantasía metafísica o la intuición artística quisieran rebasarlos. Siempre el misterio había de irrumpir por las mallas de ese tejido, a afirmar la plenitud de su indestructible realidad. Justamente lo que le desagradaba en la teología católica era la perfecta armazón, lo muy organizado y explicado de todo, como si los teólogos lo conociesen todo y, de deducción en deducción, sólo con acatar las leyes del silogismo, describieran todo, consiguiendo intimar con Dios en sus más secretos designios.

Jesús hablara del más allá, pero no lo describiera: acudiera a la sed de inmortalidad, que devora al hombre, mas no la hiciera saborear por anticipado. La teología es la que después nos describió, trozo a trozo, el paraíso, el purgatorio y el infierno, el lugar y la función de cada uno, las delicias y los tormentos, como una especie de teatro, donde todos tienen su localidad según sus merecimientos y delitos. Y esas torturas eternas y esas delicias eternas adquiríanse con media docena de actos condenables o media

docena de buenas acciones, perpetrados en una vida corta de pocos decenios. Esta injusta desproporción cronológica hería a Luis.

Dios existe y hay que amarle como a un padre, pero con humildad y sacrificio y misterio. Porque es todopoderoso, omnisciente, intangible y misterioso, es que lo amamos y lo tememos como sanción suprema de nuestros actos, como convergencia de todo el universo, cuyos enigmas nos atraen y desengañan a cada paso.

De cuantos sistemas religiosos buscaran expresar esta fuerza íntima, que impele a la miseria humana hacia lo transcendental, el cristianismo era para Luis el más perfecto, y a él se rendía abnegadamente. Si a la Iglesia romana daba su admiración más sumisa, la simpatía y la identidad moral eran para el cristianismo primitivo. Creía necesaria una reviviscencia de ese cristianismo primitivo. Y porque lo intentó con genio era por lo que él tenía su confesado entusiasmo por San Francisco de Asís y sus tres órdenes benditas, entusiasmo tan grande que llegó a suponer posible que, si alguna vez Luis llegaba a la ortodoxia apostólica romana, vestiría el hábito del pobrecito. Entonces, después que leyó a San Buenaventura y comprobó la hábil conciliación, por éste verificada, entre la ciencia y el ideal de simplicidad franciscana, la alegría de Luis creció hasta el alborozo.

Siempre le había hecho sufrir la sospecha corriente de que el franciscanismo más fiel al espíritu del fundador despreciaba la ciencia, por temerla enemiga de la virtud y de la humildad. Mas el genial armonismo del Doctor Seráfico daba expresión a lo que él adivinara con su exégesis laica; había la ciencia de las cosas accesibles y había por encima de ella, mas enriqueciéndose con ella, la sabiduría que desdobra la personalidad del hombre, le perfecciona la inteligencia y la voluntad, que no desdeña los datos de la cultura que es también saboreada y experimentada, «etiam saporativa et experimentalis».

Era así cómo él quería la ciencia, humilde, sujeta a Dios, como instrumento de santificación interior, como herramienta útil, como escala que a Dios conduce, y no diabólica tentación de robar el fuego celeste...

IX

Es tiempo ya de decir algo sobre los juicios de mi amigo acerca del pequeño patio lusitano, donde tanto alborotan las comadres sin acertar a decir alguna verdad...

En la *Ciencia Portuguesa*, al describir, explicar y pesar la cultura creada en torno a los descubrimientos geográficos, el historiador nos dió un trasunto magistral del carácter portugués. El no creía en la gravedad de los estudios sistemáticos de psicología colectiva, que Fouillée, en Francia, y Altamira, en España, pusieran de moda, porque el alma colectiva, como la individual, y aun más que ésta, era lo que había más movedido de todo—y ese movimiento era la propia vida—como el lomo del mar, que un rayo de luz, al rozarle, instantáneamente le transfigura de expresión.

Los métodos objetivos de estudio sobre el arte y la literatura, sobre el *Folk-lore* y sobre los hombres más representativos, eran pedantescos y contingentes, sin llegar a lo que la simple intuición de un historiador o de un observador bien dotado prontamente ve, cuando sólo a un momento histórico se aplica.

Y es de intuición, de la más penetrante—documentada, claro es, por un seguro conocimiento de la historia y de la biografía—el diseño del carácter portugués en los siglos xv y xvi, o mejor, la enumeración de los trazos diferenciales de aquella pléyade magnífica de almas, que hizo las navegaciones, las conquistas y la colonización de la grande era. De intuición y de pasión, porque Luis se identificó estrechamente con esas grandezas, ¡tanto le enamoraban las sublimidades del alma!

Escéptico de la arcilla humana, este hombre sólo buscó en la historia y en la vida costánea momentos excepcionales de sublimación del fuego que anima ese barro. Nada le encantaba más que hallar una personalidad bien dibujada, debatiéndose en vuelos ansiosos para vencer su frágil condición; nada le desolaba más que la trivialidad vegetativa o la perversión de la inteligencia. Y era por ver dominar la personalidad en aquella nata de hombres rudos, fuertes, heroicos, espirituales, sin pesimismo malsano, de invencible fe, saber positivo y voluntad obradora y seciente, que

ni la muerte interrumpía, por lo que él decía que la explicación psicológica de los descubrimientos portugueses sería un problema perpetuo, engañando siempre atractivamente a los historiadores y críticos, como la irradiación del cristianismo, como la potenciación del genio en el renacimiento italiano, como el desenvolvimiento de la Revolución Francesa. Y en balde, porque siempre quedaría algo por comprender en esas interpretaciones: las transcendencias maravillosas del alma.

Cautivos de esos hombres de manos callosas y almas de armíño, en los que hasta el mercantilismo y el interés eran piadosos y poéticos, en nuestra pobreza contemporánea, encontraban sus ojos exigentes indicios de una degeneración colectiva, que le hacía pensar en los coptos, en los griegos y en otras bastardías... Y como el légamo de la mediocridad crece siempre implacable, formas varias de la intolerancia gregaria ahogaban las almas de elección con una furia asimiladora.

Miente el refrán que dice que en tierra de ciegos el tuerto es el rey. Por lo menos, Herbert Wells, que contó el viaje de un gula de los Andes, que de tumbo en tumbo por las barrancadas abajo, milagrosamente fué a dar al país de los ciegos—*The country of the blind*—afirma que tuvo que huir apresurado, porque su mentalidad de vidente, su lenguaje extraño y sus movimientos escandalizaban a los ciegos, y tanto, que ellos, condolidos, quisieron sacarle los ojos, los inútiles ojos que le perturbaban la mente...

También el espíritu lisboeta encontraba ojos de más en Luis Cotter, las irritantes superfluidades de la cultura, del espíritu crítico, del carácter perfecto. Y como aquel señor que Rémy de Gourmont bautizó de *Celui qui ne comprend pas*, se transformó, en los países de sol y de polvaredas, en el que odia y destruye lo que no comprende, Luis fué un poco extranjero en su propio país, cuyas glorias se desvivió en ensalzar, pero cuyas inferioridades descubrió sin piedad.

Sobre todo contra él militó el espíritu lisboeta. Y viene a propósito recordar que él confesaba con disgusto su nacimiento en una calleja de la Lisboa pombalina, con ropa en las ventanas y gatos ronroneando al sol; sentíase más desenraizado, sin una aldeuca fresca de árboles sombríos y aguas cantarinas, sin abuelas rústicas de pañuelo a la cabeza e historias ingenuas.

Su costilla nórdica, que el apellido denunciaba, distanciarale tal vez de ese espíritu lisboeta, que aprensivamente él vela irradiar siempre, para dominar y envenenar el país, ese espíritu lisboeta aborrecible, alimentado de periódicos, al mismo tiempo medroso y prepotente, disipador y miserable, que caricaturizó al patriotismo como narcisismo declamatorio, con que sofistica los defectos, impotente para crear y ejecutar pero envidioso, gozador, libremente gozador, mas ya olvidado de toda noción alta de euforia y de elegancia, sólo maestro y sólo perseverante en el arte de odiar. El odio lisboeta, sin treguas, inteligente, imaginoso, era en realidad una defensa de la ciudadela; mataba a los enemigos, quiero decir a los extraños por ser diferentes. «El rencor—permítaseme aplicar unas líneas sagaces de Ortega y Gasset—es una emanación de la conciencia de inferioridad. Es la supresión imaginaria de quien no podemos con nuestras propias fuerzas realmente suprimir. Lleva en nuestra fantasía aquel por quien sentimos rencor el aspecto lívido de un cadáver; lo hemos matado, aniquilado con la intención. Y luego al hallarlo en la realidad firme y tranquilo, nos parece un muerto indócil, más fuerte que nuestros poderes, cuya existencia significa la burla personificada, o el desdén vivo hacia débil condición.»

Tal espíritu lisboeta, extraño a toda la evolución del sentimiento de justicia y en grande parte obra de la abogadocracia, consiguiera descubrir una condición más de extranjeros, la de los que lo son en su propio país. Y a la norma feudal; *leges non valent extra territorium statuentis*, opone otra, implícita en el pequeño mundo de sus ideas generales: *leges non valent extra pares statuentis*.

En cuanto por influencia de algún grupo selecto, por la sugestión poderosa de algún tirano iluminado, por cualquier misterioso medio—el alma de un pueblo es un océano profundo, ora durmiente, ora en flujos invencibles,—en cuanto no renaciesen el espíritu heroico y el instinto aristófilo, en cuanto las buenas reservas del alma nacional, la que palpita fuera de las callejuelas, no se superpusiese al despotismo de la inferioridad, sería siempre el mismo chapotear anónimo y sórdido de mezquindades provincianas.

Curioseando, como Diógenes, Luis sólo buscaba almas típicamente individuales, que se hubiesen hurtado a la influencia esterilizadora del ambiente, y si la decepción fué muchas veces el agrio

fruto de ese mariposear psicológico, otras la alegría triunfal coronó su rebusca. Aquellos héroes de tez rugosa y requemada, del siglo xv, descubrían continentes, remontaban ríos; Luis descubría almas. Era lo que Dios dejara por descubrir en este mar tenebroso de la mediocridad a los aventureros de hoy—comentaba con humor, aquella su ironía deliciosa con que ora fingía tomar en serio lo risible, ora sonreía de lo serio, siempre para expresar su disconformidad.

Mas el hombre es débil, hasta el más diestramente templado, y cada vigilante postura de defensa, y algunas intermitencias en la acción en pura pérdida, cansáronlo y gastáronlo.

Yo tenía prometido decir el concepto de Luis sobre la «vida literaria»; mas no cumplo mi promesa. Mi amigo nunca fué un escritor profesional, no podía, pues, comprender la «vida literaria», como rincón del patio, porque para él hombre de letras era tan sólo el que tenía ideas, imaginación, poder de expresión verbal y un pensamiento elevado que propugnar con fe; todo ello muy poco para caracterizar una profesión, con su mentalidad cerrada, sus intereses, sus competiciones y sus mentideros.

(Continuará)



Emilia Bernal

EN el actual florecimiento de la Lirica femenina americana, Emilia Bernal ocupa un alto puesto. Tanto hay que admirar en esta insigne escritora cubana el elevado arte poético, como su polifacética personalidad artística, firmemente acusada, además, en la novela, en la crítica y en la conferencia. Recientemente ha publicado sus dos últimos libros de verso: *Vida* y *Los nuevos motivos*, acreciendo así la lista de sus producciones, en la que ya se contaban *Alma errante* y *Como los pájaros* (poesías), y *Layka Froyca* (prosa). Prepara otros cuatro o cinco libros. Y actualmente encuéntrase en España por una larga temporada, recorriendo los bellos rincones peninsulares y embebiendo, en Madrid, nuestro ambiente artístico. EL CONSULTOR BIBLIOGRÁFICO rinde su homenaje a la gran escritora, y se complace en reproducir a continuación algunas de sus más vigorosas composiciones poéticas cuya belleza e intensidad emotiva se acusa por sí sola, con lo que huelgan los ditirambos.

A. D.

GRANADA

Que Granada está dormida...
 Que la mezo...
 Que entre mis brazos la arrullo...
 Que la despierto...

Ni Granada la morisca...
Ni Granada la cristiana...
Otra Granada es la mía
que no la encuentro en Granada...

Yo no sé dónde la encuentro;
pero es tan cierta y tan clara...
¡Granada, no te me pierdas!
¡No te me pierdas, Granada!

LA PALABRA DE MIEL

Hace toda la vida que he llevado en la oreja,
como esponja sedienta, el deseo de hallar
la palabra de miel, la palabra que deja
en el alma la angustia del más dulce llorar.

Hace toda la vida la he buscado en la queja
de la más móvil onda que le trajo el azar;
en la música bárbara que la gruta refleja
a los tumbos del agua y al bufido del mar.

Hace toda la vida va auscultando los vientos
por senderos ocultos y caminos violentos,
cazadora, la oreja, la palabra de miel.

¡Cinta azul en el cuello de blanquísima cabra!
¡Allí viene saltando la más dulce palabra!
¡Ya no es hora!... ¡Que siga la palabra de miel!...

EXTRANJERO

Extranjero, al llegar al regato,
ahuecando las manos, harás

una copa que finja una concha,
y en ella
el agua beberás.

Extranjero, al cruzar la campiña,
ahuecando las manos, harás
una copa que finja una concha,
y en ella
la luz del sol beberás.

Extranjero, en la noche lunada,
ahuecando las manos, harás
una copa que finja una concha,
y en ella
el luar beberás.

Extranjero, al llegar a mi puerta,
ahuecando las manos, harás
una copa que finja una concha,
y en ella
nada beberás.

Extranjero, mi casa está seca.
Extranjero, mi casa está a oscuras.
Por mi casa ha pasado el desierto.
Y en mi casa la noche con nubia.

Hay un lazo de luto en la puerta
y en la alcoba una niña difunta.
¡Extranjero! ¡Extranjero! ¡Extranjero!
¡En mi casa se ha muerto la luna!

CON LAS BUENAS FIERAS

¡Qué bueno es, hermanos, si a la madriguera,
en la noche, viene sumisa la fiera:

León, el buen viejo del bosque, y en pos
el hermano Tigre, la hermana Pantera,
a hablar de las cosas sagradas de Dios.

Y el aire se llena de hondos gemidos
si mientan los pueblos que sufren hermanos,
y de imprecaciones y broncos rugidos
y de maldiciones contra los tiranos
si mientan los pueblos que están oprimidos.

Y que todo acabe lo mismo que una
función religiosa. Bajo la oportuna
belleza celeste, sendero de luna,
sendero de nieve, sendero de paz,
que tornen las fieras a lo montaraz.

¡Qué bueno es, hermano, para una ternera
vivir en la noble hermandad de la fiera!

EVOCACIÓN AL QUIJOTE

¡Padre y señor de mi alma, don Quijote!
Sobre nosotros tu locura enjuicia
para que vuelva a enraizar y brote
en la tierra la flor de la justicia.

¡Padre y señor de mi alma, don Quijote!
¡Vuelve a nosotros, Caballero Andante!
¡Más de prisa que nunca pon en trote
el pacífico andar de Rocinante!

¡Que la tierra está en sed de la bravura
de tu brazo y tu lanza, y tu silueta
es silueta de luz en la negrura

del siglo xx, que el demonio muerde!
¡Vuelve a la tierra y al demonio reta!
¡Salva el alma del mundo, que se pierde!

DULCINEA

Señora Dulcinea del Toboso,
cuyas cejas son dos arcos del cielo,
cuya frente es eliseo, cuyo pelo
es del oro más claro y luminoso,

que tiene ojos de sol, y tiene hermosas
las blancuras, más blancas que la nieve,
y en las mejillas de carmín las rosas,
y hechas las manos del marfil más leve,

puesto que eres la amada del Quijote,
que te llama Señora y Reina mía,
y te hace proclamar *la más hermosa*,

vuelve al mundo otra vez para que brote
de su brazo a la fuerza poderosa
esta de amor sin par caballería...

EL SECRETO DEL MAR

Fué en mi almohada esta noche, y al quedarme dormida
sobre sus ~~senos blancos~~ azules y convexos,
el mar, el zarco mar, amansador de vida,
el ~~mar~~ el viejo mar, perturbador de sexos,

me dijo voluptuoso, con voz jamás oída:
¿Quisieras tú saber por qué mi almohada es buena,
por qué da unos dulzores que sanan toda herida,
por qué da una embriaguez que cura toda pena?

¡Señora Sensitiva, dame la mano pálida!...
Manojo de Zargazos, Sirena a ser Crisálida,
por ruta helada o cálida échate a andar conmigo...

Echate a andar conmigo... Conmigo... Y te prometo
que si vas hasta el fondo... hasta el fondo... Conmigo...
Te diré mi secreto... ¡Te diré mi secreto !...

ALTA MAR

Serenidad del éter bajo el trópico. Rastros
de nubes, taraceando el cénit de blancor.
El Océano. El cielo. En acecho los astros.
Y el gran palo del barco al cielo apuntador.

¡ Negro ! Las jarcias negras cimbreado en el espacio.
Sobre fondo de plata, triángulo de negror.
Rojo farol al vértice. Y más alto, el topacio
de la luna, corriendo tras el palo mayor...

Soledad y silencio : los hermanos gemelos.
Ni siquiera una sombra entre el mar y los cielos.
Sólo el *chas-chas* del agua junto a mi corazón...

¡ Belleza, aquí me tienes ! ¡ Vino ! ¡ Y amor ! ¡ Y todo !
Y sin embargo, lucho... ¡ Lucho porque no hay modo
de arrancarme del alma la desesperación !



La Venus Calchaquí

por Bernardo González Arrili

Nuestro distinguido amigo y colaborador don Angel Doior, presentando a don Bernardo González Arrili a los lectores de una importante revista española, decía, no hace mucho:

«Era ya autor el ilustre literato de los interesantísimos libros «Tierra mojada», «Los Charcos Rojos», «Protacio Lucero» y «Doña Encarnación del Saber» — obras todas admirables, de sincera emoción, honda psicología introspectiva y vibrante expresión — cuando en 1924 publicó su obra maestra, «La Venus Calchaquí» que a más de haber hecho discernir a su autor el segundo gran premio municipal de Literatura del año por el Municipio bonaerense suscitó, y sigue mereciendo, los más entusiásticos comentarios por parte de la Crítica de Europa y América.

«La Venus Calchaquí» inicia una nueva forma, muy interesante de novelar. Preséntanos, como resucitada, una acción ya pasada unos personajes de ayer, que, así evocados, son dados vida para lelamente a los de hoy, que sirven de nervio al relato. Algo afín a lo que Blasco Ibáñez hace en su último libro «El Papa del Mar» pero acaso más lleno de dificultades, por lo recio y unilateral de leimotivo. Así vemos la aventura de un joven de la ciudad en un lugarejo de la cordillera habitado por los indios calchaquíes, los «coyas», nietos de las antiguas tribus bárbaras, que ahora han olvidado, resignados a la nueva condición impuesta por el devenir del tiempo, su pasado heroico.

Hay dos figuras centrales en esta novela que maravillan, sencillamente: la de don Juan, el caudillo indio, cuya ejemplar historia de resistencia heroica a la dominación de los colonizadores evoca el novelista, y la de la bella Deolinda, cuyo sobrenombre da título a la obra, encarnación del carácter actual de sus personajes; toda

(1) Capítulo VII

hermosura y ensueño dignos de glorificación, pero que sabe ir al sacrificio silenciosa y apasionada.

El estilo de González Arrili es de lo mejor que se encuentra actualmente en América, en fuerza de su vigor, de la ductilidad con que se presta a las diversas situaciones, de la riqueza de léxico, que no impide la naturalidad y sencillez de la prosa.

Ya a raíz de la aparición de su primer libro, en 1923, el gran diario «La Nación» escribió de este insigne artista: «González Arrili ha logrado un libro argentino con procedimientos nobles y artísticos. Todas las escenas alientan de verdad humana; su autor ha reflejado con admirable verdad sus tipos y sus escenarios, su léxico y hasta su color, ya que lo propio de la adjetivación y lo certero del término revelan en su prosa una acuidad de visión de pintor. Tales condiciones dan una armónica unidad a sus relatos: dramas pasionales, simple desfilar de tipos, leyendas o agudas sátiras ajustan exactamente entre sí.»

DESPERTÓ Aurelio abrazado a su almohada. El sol, que se colaba por la cuadrada ventanita del rancho de la escuela, dábale en la cara. Terminó de vestirse y salió. A los pocos pasos se encontró con la maestra, y, sin ganas de hablar, la interrogó con la mirada.

—Se fué...—dijo doña Aurorita, y continuó su camino hacia el pequeño corral con un pañuelo en las manos, lleno de maíz.

En la cocina encontró Aurelio, como todas las mañanas, una pava de agua caliente, y a su lado el mate y la bombilla. Sentado en un banquito bajo y derrengado, púsose a matear, disgustado, con un humor de todos los diablos. Estuvo sorbiendo cimarrones como una hora. De pronto oyó pasos de mula, miró al camino y vio venir a don Vilches, empujando su «vinchester».

Antes de llegar gritó:

—¿No me la han visto a la Deolinda?

La maestra, que salía de su rancho, quedó aterrada. La muchacha, al ver amanecer, convencida por todo lo que ella hablale dicho y aconsejado, montó en su mula y tomó el camino de su casa. ¿Cómo

era que no había llegado a ella? Iba a decirlo todo, cuando Aurelio hizo señas de que callara y él se encargó de contestar al afligido don Vilches.

—¿Qué? ¿Es que la ha perdido?

—No la hallo, a esa perra... ¿No me la han visto de pasada?

—No, amigo, no la hemos visto...

El «coya» formuló unas cuantas preguntas más y como a todas le contestaron que no, espoleó su mula y siguió el camino, en dirección a Chicoana.

Al irse, Aurelio volvió a interrogar con su mirada a la vieja maestra. Según ella, Deolinda, antes de amanecer, había dejado de llorar y sin contestarle una sola palabra a todas las que ella le dijera para hacerla «entrar en razón», montó en su mula y se fué.

Permaneció Aurelio pensativo un buen espacio de tiempo, con la mirada perdida en la punta de un cerro que el sol hacía rebrillar como si fuese de acero.

Después llamó a su «escudero» Adalberto y le mandó buscar sus dos mulas y ensillarlas. Cuando estuvieron listas, ambos montaron en ellas y echaron a andar en dirección contraria a la que tomara el atolondrado y afligido don Vilches.

A los pocos pasos detúvose el comisario Dolores, que venía chicoteando despiadadamente su animal.

—¿Pero ha visto lo que dice don Vilches? ¿Cómo ha podido irse la changa con tanto que la guardaba?... ¿Y dónde habrá ido?

—No sé...—respondió entre dientes Aurelio.

—¿Usted va a ver si la halla?

—Sí.

—Lo he de acompañar, si no se opone...

—No, amigo... Yo voy por aquí, con éste... usted puede tirar por otro lado. Así será más fácil encontrarla. ¿No le parece? Y el que primero sepa algo de ella, vuelve aquí a la escuela y lo dice... Hasta luego...

—Bueno, siendo así... Hasta luego.

Y reanudaron la marcha. Anduvieron más de media hora a buen paso. Las mulas subían y bajaban, con pie firme por entre las piedras y los arbustos de las sendas, sin que se oyera más que sus pisadas, y tal cual ruido de hierro de los frenos o de los estribos. De pronto, la senda se estrechó, se fué arrimando a la pared de

lajas color de rosa de un cerro pelado de vegetación, hasta que concluyó por suspenderse, no más ancha de cincuenta centímetros, sobre un abismo profundo, oscuro, del que ascendía, como si se desprendiera de la copa de mil árboles magníficos, un lechoso tul de bruma.

Detuviéronse las mulas, Adalberto espoléó la suya para tomar la delantera después de desprender del estribo el pie derecho, y alzar y cruzar la pierna en la montura para que no tropezara en la pared del cerro.

—Ha de hacer así, patrón, para ir más seguro...

La angostura del camino no permitía el ir con las dos piernas a los lados del animal. Podía tropezarse con una laja y caer allá abajo...

Aurelio miró hacia el abismo que le señalaba, con un gesto de su mandíbula inferior, el muchacho. La niebla ocultaba el fondo, en el que se adivinaban árboles, un valle, acaso a más de mil metros.

—En lugar de seguir, mejor sería bajar—dijo Aurelio.—¿No hay por dónde ir allá abajo?

—De ir, sí hay cómo.

—¿Por dónde?

—Más allacito hay un camino que baja, pero está lejito...

—¡No importa, vamos!—dijo Aurelio, resuelto, y cruzando la pierna, conforme hiciera Adalberto, enderezó la mula por el estrecho sendero, sin mirar para abajo, deteniendo la respiración, con miedo de que el animalito que montaba resbalara, perdiera uno de sus pasos y rodaran.

Los minutos que tardaron en andar aquel peligroso camino, parecieron horas, pero cuando volvió a abrirse la senda y se ensanchó luego sobre un verde campo, una gran alegría inundó el corazón del forastero, que palmoteó a su mula con un cariño fraternal. ¡Nunca había podido imaginar, por más relatos que oyera y leyera, el valor de una acémila serrana!

Buscaron el caminito que conducía al valle y empezaron a descender...

Obscurecía. La noche surgió del suelo como en nubes que ascendían lentamente. Las montañas aun tenían sus cimas doradas, cuan-

do a las faldas las ennegrecía el hollín nocturno. La mezcla de sombras nuevas con las luces en agonía, desparramaba aquí y allá enormes pinceladas de maravillosos colores, que decrecían paulatinamente. Un airecillo suave mecía las hojas de los árboles. Los senderos, pedregosos, semejaban a ratos, arbitrarias líneas trazadas con tiza hacia arriba y hacia abajo. Tal cual pedrón, reflejaba luces lejanas en lo alto, como si fuera una bola de cristal. Y en el silencio, ya acallados los pájaros, cantaba su elegía interminable el agua de un manantial.

Regresaban Aurelio y Adalberto, en sus mulas, cansados y tristes, sin apuro. Buscaban las acémilas los senderos, con sus pasitos femeninos, cortos y elegantes. El forastero había abandonado las riendas y apoyado sus dos manos en el arzón de la silla. El ruido del agua lejana, ibale acompañando dulcemente su dolor. Y el airecillo suave que soplabá, parecía acariciarle la cara, como un aliento perfumado y querido.

Próximos ya a la escuela, llenáronse de noche las cumbres, y sobre el cielo azullísimo apuntaron su luz inquieta las estrellas.

Tras de muchas horas de marcha, la *Venus* había sido hallada por ellos, donde el corazón de Aurelio indicó que estaba.

Con su mula, había rodado desde el sendero estrecho al arrimo de la pared de lajas color de rosa, hasta el hondo valle. En la calda, las agudas puntas de las piedras, algunas colocadas de canto, filudas, acuchillaron horrorosamente sus cuerpos, que allí quedaron como dos montones de sangrientos desperdicios.

Sobre el cuerpo de la enamorada Deolinda, las grandes ramas, de hojas pequeñitas, verdi-negras, como esponjadas, de un helecho crecido en la húmeda jendidura de los pedrones, se extendían misericordiosamente. Mortaja natural con que la montaña materna la cubría, después de haberle dado muerte, accediendo a su pedido de enamorada por el galán de sus sueños...

Media docena de enormes pajarracos enlutados, preparábanse para el festín...

Explicó Aurelio a la maestra y al comisario su hallazgo. Las palabras se entorpecían en su lengua. Tuvo que parpadear con fuerza, repetidas veces, para no dejar escapar el agua que se formaba en sus ojos.

Dolores lo advirtió, y dijo:

—¡Cómo se impresioná usted con estas cosas!

—Así es, mi amigo—respondió, tartajoso,—así es. Me impresionan mucho, y dolorosamente, todas estas cosas.

Bebió de un trago la «uva» que le ofreció, en un vaso, la maestra, y se marchó al rancho de la escuela. Al verse allí solo, sobre su catre, dejó correr sus lágrimas. Capaz de llorar, ya era un hombre cabal otra vez. Y aquellas lágrimas que lo purificaban, se las merecía la pobre *Venus*, rara, hermosa y casi inverosímil mujer color de cobre, que tuviera, para él solo, una copa rebosante de amor, rehusada por no comprender a tiempo que allí estaba, pese al tosco barro de que fuera hecha la copa, el licor de dulcedumbre y de sosiego, que buscaba ansiosamente, sin saberlo, su atribulado corazón de hombre descreído, fastidiado y enfermo...

Buenos Aires.



V i d a l i t e r a r i a

p o r A n g e l D o t o r y M u n i c i o

S EMBLANZA DE UN GRAN ESCRITOR. — Hay un alto prestigio de las letras españolas que llegó, hace ya años, por su labor extensa, valiosísima y, al mismo tiempo, callada, oculta, a ese límite glorioso que exige el general y fervoroso elogio, el popular aplauso en reconocimiento al mérito de la misma, como la mejor recompensa. Este varón insigne es Adolfo de Sandoval, novelista y filósofo de excepcional envergadura mental, consagrado desde su juventud a la tarea nobilísima de exaltar el sentido pristino del Catolicismo en los tiempos modernos, y la necesidad de comprender su misión en los destinos de la sociedad contemporánea. Sandoval es, sin duda alguna, el escritor católico, el artista cristiano por antonomasia. Pero no paran ahí sus aptitudes y su vocación; sus trabajos y sus méritos: es novelista insigne, que en cuadros de maravillosa lozanía verbal y de gayo colorido descriptivo nos va descubriendo el alma de nuestras viejas ciudades, en las que aun palpita, como sedimentado y latente, el aroma legendario y secular; es abogado, jurisconsulto doctísimo en cánones: es historiador; es lingüista; es poeta; ayer fué pintor. Tiene, como aquellos gloriosos artistas del Renacimiento italiano, las más varias aptitudes, con la sola diferencia de que Sandoval es como un cartujo recoleto que labora calladamente, con excesivo silencio y modestia, con el sólo fin de sembrar su semilla, sin dársele un ardite de esa ostentación, de esa algazara ecoica de que hoy todo el que hace algo, por poco que sea, se preocupa, subordinando a lo artificioso y efímero lo transcendente y eterno. «Yo no busco ni busqué jamás el aplauso, cuando escribo libros o cuando toco el piano—dice el ilustre escritor.—Mé basta que me lea o que me siga una sola alma, a la cual haga sentir, pura y santamente, con la palabra o con la nota musical; y si esa alma es un alma adolescente, o joven, mejor... Y ese es mi gran anhelo, el de abrir esas almas a la revelación del ideal.»

Desde los diez y siete años viene produciendo libros y libros este genial exégeta de la ética cristiana, este erudito paladín de la pureza del catolicismo, atento siempre tanto a exaltar su hondo significado, su verdadero sentido humano, como a combatir a los que a su sombra persiguen solapadamente mezquinos intereses. Sandoval es el prototipo del artista por que propugnaba Emerson, esto es, aquel que une a la recia envergadura del intelecto, puesto a contribución de la belleza y la verdad, la pureza moral del hombre, que endereza su actividad hacia el bien. Casi treinta son sus libros admirables. Comenzó con novelas, que le fueron inspiradas, como a su coterráneo *Clarín*, por Oviedo, la ciudad nativa, con su nostálgica dulcedumbre vetusta. La primera, *Angeles Caídos*, ya fué ponderada por el inmortal Menéndez Pelayo; pero hubo de abandonar el cultivo de la literatura abstracta por los estudios históricos y religiosos, por las investigaciones críticas, no pocas de ellas traducidas al extranjero, todo lo cual él modestamente llama de índole *varia*, y que le absorbieron la actividad de varios lustros de su vida ejemplar. Y ahora, en plena madurez de inteligencia, reanuda el troquelar sus novelas admirables. *La gran reveladora*, *Rayo de Luna*, *Beatriz Pacheco*, *Toda hermosa*, *Los amores de un cadete*, han ido saliendo, con cortos intervalos de tiempo, de su fértil imaginación y su ágil pluma.

Ya a propósito de *Beatriz Pacheco*, la maravillosa novela de Segovia, singular presea del género y prueba fehaciente del actual renacimiento de la novela regional y de la ciudad, escribíamos nosotros en octubre último: «Adolfo de Sandoval, ilustre polígrafo llamado por muchos *el último romántico*, es, a más de nuestro verdadero escritor católico, una de las más interesantes figuras literarias de hoy.» Palabras estas nuestras que aquí ratificamos, por haber querido condensar con ellas el elevado concepto en que tenemos, desde hace tiempo, al prócer publicista. Y Cansinos-Assens, el eminente crítico, trazó, también por entonces, un largo y brillante ditirambo de *La gran reveladora* y de su autor, en términos como los siguientes: «Adolfo de Sandoval es el representante más conspicuo de todo ese complejo de sentimientos e ideas, de esa amalgama de intelecto y corazón; el exaltador más genuino y afortunado de todas esas nostalgias, anhelos, exquisiteces y magnificencias artísticas; el más entusiasta evocador de todas esas suntuo-

sidades y humildades que conviven dentro de la Iglesia, a un tiempo popular y aristocrática, y el expositor más completo de ese sistema de fe y de poesía en que tiene tanto valor un buen silogismo como un cuadro o una sonata geniales.»

Los ditirambos en loor de Sandoval, numerosísimos y provenientes de altos prestigios intelectuales, son opacados por el propio artista, de tan preclaro espíritu como elevado concepto de la vida y de los hombres, quien procura que, lejos de transcender, se ignoren. Pero es inútil; no pudiendo permanecer oculta, la personalidad y la labor de Sandoval va siendo bien conocida, y aun hoy, en pleno triunfo del hedonismo y de la frivolidad ambientes, interesa a los espíritus selectos de aquende y allende fronteras. En estos días, precisamente, le ha sido otorgado por Su Santidad el Papa un altísimo galardón: la Gran Cruz de San Gregorio el Magno, venera que no tiene ningún escritor en España, y cuyos precedentes se remontan, en el extranjero, a Chateaubriand y Montalembert. Sandoval, que como escritor católico renueva la prestigiosa tradición de los Donoso Cortés, los Aparisi Guijarro y algún otro, rebuye homenajes, y solamente por venir de quien viene el premio en cuestión, no renuncia a él.

El tesoro de la literatura de Sandoval, no precisamente de los escritos pro Iglesia, aunque en todos ellos aliente la preocupación del bien y la confraternidad humana, sino de sus novelas admirables, va siendo conocido y codiciado por cuantos ven en él un gran medio de sana educación de multitudes. Ello llega al extremo de que su última producción, actualmente en prensa—la novela toledana *Toda hermosa*, evocación de la imperial ciudad a propósito de las próximas fiestas centenarias de la Catedral primada—será llevada al cinematógrafo por una poderosa empresa yanqui, que paga por ella una considerable suma.

Tenemos que recoger en *EL CONSULTOR BIBLIOGRÁFICO*—siempre atento a los diversos matices de la actualidad literaria,—en extremo complacidos, la noticia de haberse recompensado con tan alto premio los méritos excepcionales de una de las más insignes figuras de la España intelectual y literaria de hoy.

Literatura española. — «*La Isla de Oron*». — Actualmente es dado observar un notable renacimiento en la afición por los tópicos

del suelo y la stirpe hispanos, siempre eternos cuando encarnan el genuino sentido de aquéllos. Esta afirmación, que, sabida por muchos, les conduce a afirmar que «España está de moda», al ver cómo obtienen la atención de los públicos extranjeros, entre otras cosas, los cuadros y las películas cinematográficas representativas de paisajes u otros motivos españoles, podemos hacerla extensiva a la Literatura, que es, acaso, en donde en mayor grado, y desde luego más significativamente, se echa de ver. Y lo notable del caso es que ese renacimiento es paralelo en España y en el extranjero; esto es, que se publican aquí y en los demás países más libros que nunca basados en el leimotivo emocional o descriptivo ibérico.

Estas consideraciones nos hacíamos los días pasados al recontar, imaginativamente, los libros de tal índole que han aparecido recientemente, y al constatar la importancia, en número y calidad, de los salidos a luz en Inglaterra, por ejemplo, el país más hispanófilo de siempre, sin duda alguna, en donde de poco tiempo a esta parte han surgido célebres escritores preocupados por el solar hispano, que como Merimée, Borrow, Gautier y otros extranjeros ayer, vinieron a conocer, para luego trasladar sus impresiones, por lo general encomiásticas, a sus libros.

Inglaterra es, como decimos, el país en que se nota más marcadamente esa espontánea e individual corriente hispanófila. Escritores del prestigio y la nombradía de Haveloc Ellis, Merriman, Shelley y Chamberlain acaban de publicar sendos libros de exaltación española.

El más interesante de todos ellos es el titulado «The Soul of Spain» (*El alma de España*), por el primero de los citados escritores, Haveloc Ellis. Todo él es un canto a la belleza emotiva del paisaje, a la evocación del suelo español y a las simpatías que despierta, aun para un extranjero, la añoranza de nuestro pasado de gestas bizarras. La obra es extensa. Por lo general, conságrase cada uno de sus capítulos a la impresión descriptiva de cada una de las vetustas ciudades castellanas, que, como Segovia, Toledo, Salamanca, Burgos, Avila, Medina, Cuenca, etc., son verdaderos relicarios de Arte y ensueño. Leyendo este libro admirable da grima ver cómo es tan reducido el número de los españoles que lo conocen, siendo así que tal breviario de españolismo debiera haber sido traducido a nuestro idioma apenas aparecido, no ha muchos meses.

Brindamos la idea de su publicación en castellano a uno de los más cultos y entusiastas editores de Barcelona y de España: don Ramón de S. N. Araluce.

Pero aquí en España también renace, como al comienzo decimos, la producción literaria inspirada en la exaltación de nuestro suelo, en la descripción de las ignoradas bellezas naturales o monumentales esparcidas por los rincones milenarios; en la divulgación de momentos de nuestro pasado histórico, y de costumbres u otras manifestaciones de nuestro folk-lore, sin duda alguna el primero del mundo. Eugenio Noel nos ofrece, de cuando en vez, un nuevo volumen de sus aguafuertes admirables, en los que revive la adormecida alma de la raza y del paisaje. Blasco Ibáñez, Baroja, Pérez de Ayala, Gabriel Miró y otros novelistas enmarcan la dispar acción de sus narraciones en escenarios de distintas regiones españolas, siendo intérpretes, por ende, en sus creaciones, del carácter y el ambiente valenciano, vasco, castellano-astur y levantino, respectivamente. Hasta un ilustre escritor de hoy, que tanto debe ser considerado historiador como novelista: Alfonso Danvila, ofrece con su serie *Las luchas fratricidas* una magnífica reconstrucción del pasado, en la que maravillosamente se adunan la pintura del suelo de las regiones catalana y levantina con el análisis del carácter y psicología de sus gentes y el enjuiciamiento crítico de la guerra de Sucesión.

Una región maravillosa por su poder evocador, por el sortilegio de encanto con que ofrece su belleza en luz y horizontes: Mallorca, ha servido a un brillante escritor, vinculado en origen y afinidad espiritual con la misma, para escribir una admirable novela, «de pasión y de paisajes»—así la subtitula el propio autor,—rotulada simbólicamente *La Isla de Oro*. Ese escritor es Mario Verdaguer, y a fe que, aunque no hubiera escrito otros libros admirables, merecería, con haber creado el magnífico que nos ocupa, plaza de maestro de las letras españolas actuales. *La Isla de Oro*, como ya reza el subtítulo, no es sólo la descripción pulcra, vibrante que el hijo de la tierra balear traza como cántico entusiasta a la misma, al estar enamorado de la pagania de su naturaleza exultante y pródica, que ayer cautivó, entre otros, a un Musset, a un Jorge Sand, a un Rubén Darío, sino toda una novela maestra de irreprochable

factura, ejecutada con tan hábil dominio de la técnica como límpido estilo. Su profundo sentido moderno, en el que lucen las audacias retóricas de D'Annunzio y la exuberancia pictórica de Blasco Ibáñez, no es óbice para que al través de la trama aparezcan tanto los sencillos pasajes de autobiografía como los difíciles momentos en que se debaten tumultuosamente las más opuestas pasiones, que fluyen a veces como por arte de ensueño, en un conjunto o mundo de *dramatis personæ* cosmopolita y paradójico, que crea las más opuestas situaciones.

Precisamente pocos días antes habíamos leído uno de esos libros extranjeros sobre asunto español a que anteriormente hacíamos referencia: el titulado *Mallorca*, por H. C. Shelley (Edición de Methuen, Londres), obra en que se describe la vida del famoso archiduque Luis Salvador en Baleares, cuando llegó a nuestras manos, en doble ejemplar, cariñosamente dedicado, del autor y del editor, *La Isla de Oro*. Y medimos la diferencia en mérito artístico entre ambas obras. La de Mario Verdaguer, que reafirma con ella su prestigio de maestro de la novela original, es de la categoría de las de los autores españoles anteriormente nombrados. No cede en perfección y maestría a muchas de las de aquéllos. Bien quisiéramos hablar aquí con la extensión que merece tal libro: referir, siquiera a grandes trazos, su trama, su leimotivo, e ir apuntando aciertos, soltura, agilidad verbal e intensidad emotiva de cada uno de sus diversos momentos, todos ellos culminantes de belleza. Sirvan las presentes líneas para señalar la aparición de una de las mejores novelas de estos tiempos, y de saludo a uno de los más capacitados novelistas de la nueva generación, destinado, sin duda alguna, a imponer los fueros de su arte, sin olvidar el aplauso también al editor señor Balagué, que inicia con *La Isla de Oro* su «Colección Topacio», con la que, así como con otras brillantes ediciones, nimbó de prestigio su empresa artística y cultural con la «Editorial Lux».

El libro bello. — En España tiene el libro bello, el libro de lujo una tradición, un ascendiente tan marcado y famoso como en el país más adelantado desde antiguo en la industria editorial. Y no ha bastado para olvidarlo el despegue que casi todos los editores vinieron mostrando en los últimos tiempos hacia las ediciones de

atuendo y belleza. Ya se sabe que la causa de esto último fué la sordidez ignorante y desaprensiva que caracterizó a tantos de esos editores por mucho tiempo atentos sólo al aumento en el rendimiento del negocio, a costa de lo que fuere.

El libro bello se produjo aquí copiosamente desde tiempo remoto. Maravilla, aun hoy día, el ver los antiguos códices, los infolios, por lo general empastados en pergamino, que todavía se conservan en los archivos y bibliotecas tradicionales: Simancas, El Escorial, el de Indias de Sevilla, la Chancillería de Valladolid y la propia Biblioteca Nacional, así como en algunas vetustas catedrales: Toledo, Burgos, Segovia y León, principalmente. Y aun más, aunque esta admiración se trueque seguidamente en desconsuelo, el saber que lo que resta de esas obras o ediciones famosísimas no es nada comparado con el tesoro de ellas que otrora llegó a contar España.

Las ediciones que aquí se hacían en los siglos pasados eran, por lo general, riquísimas, tanto al ser toda la labor del libro efectuada a mano, como después, con la máquina, cuando el descubrimiento de la imprenta torció el romántico esfuerzo de los hombres, de la piedra de la Catedral al papel del Libro, hecho que el Emperador de la barba florida, el magnífico Hugo, condensó en su conocida frase de «esto matará a aquello».

Esas ediciones de altísimo valor, con sus repujados de realce, sus viñetas y letras iniciales miniadas y otras filigranas que vallan un caudal, tales que las debidas a los famosos Aldes, las de los Padres Vollandistas, las de los imagineros toledanos y otras de salmos y cantorales; los manuscritos de los Concilios, las ediciones Príncipe de célebres obras, y otras de muchos títulos sueltos cuya reseña detallada podríamos hacer bien extensa, han ido a parar en su mayor parte al extranjero, en donde hoy se conservan como reliquias, ya que nosotros no las dimos importancia cuando, bien por la acidia colectiva ó la venalidad individual, dejamos perderlas.

Ha habido algún tiempo en que estuvo como amortiguada en España la tradicional afición al libro bello. Las ediciones eran ridículas, feamente impresas y peor encuadernadas casi todas ellas, constituyendo una ofensa a los altos prestigios literarios cuya pro-

ducción se ofrecía con tan feos ropajes, y un atentado a la Estética que debe presidir siempre la confección del libro, que es el medio educador por antonomasia. Pero es justo reconocer que se ha iniciado una bien marcada reivindicación de los fueros del libro a este respecto, de poco tiempo a esta parte, a compás del prodigioso desarrollo que el libro bello obtiene en los demás países cultos. Con la afición al libro bello, tanto por parte de quienes lo producen como de los que han de adquirirlo, se enmienda ese «pecado de grosería» con que por espacio de tanto tiempo se lanzaron los libros, según la frase del ilustre escritor Salaverría.

Varias son las casas editoriales españolas que descuellan en estos últimos años por su denuedo en ofrecer con la mayor exquisitez y al más reducido precio posible el libro bello, que no es precisamente, como creen muchos, el voluminoso de recias tapas recargadas de oro y de tintas, con lo que se dificulta su relectura y consulta, sino ese otro manejable, en cuya parte interior se coordinan felizmente los elementos de perfección a que han llegado las artes de imprenta o gráficas. Precisamente en estos días han llegado a nuestras manos dos valiosos presentes de libros de este linaje que cumplen a maravilla lo que es, lo que debe ser el libro bello, tal como nosotros lo entendemos y diputamos. Ambos presentes proceden de Barcelona, ciudad que cada día muestra más fehaciente la superación de su industria y su cultura en todos los órdenes. Nos referimos a la *Colección Araluce* de obras maestras al alcance de los niños, de la casa editorial de aquel nombre, bien conocida en España y América desde hace años, y a los *Libros de Epopeya*, que publican los Hermanos Maristas barceloneses en su Editorial F. T. D. La coincidencia en nuestro conocimiento de ambas colecciones, tan marcadamente afines en presentación, índole evocativa y primorosa presentación, muévenos a expresar nuestro aplauso, de consuno, a las mencionadas editoriales.

La Editorial Araluce, cuyo propietario y director, don Ramón de S. N. Araluce, es uno de los espíritus más cultos y entusiastas de la industria del libro en España, ofrece con su colección un medio valiosísimo de divulgación de las obras célebres de la Literatura universal, y, preferentemente, de las que se refieren al esplendoroso pasado español. Así vemos que de los cinco volúmenes que

hemos recibido de dicha colección, tres son de temas netamente de estirpe: los titulados *Viajes de Juan Sebastián El Cano*, *Tradiciones Iberas* y *Hazañas del Cid*, y dos de literatura extranjera: *Orlando Furioso*, el famoso poema de Ariosto, y los no menos célebres *Cuentos* de Hoffmann. Son libros destinados a los niños, pero que sirven por igual a los mayores. Confesamos que la lectura tanto de las tradiciones y gestas hispanas como de las preesas literarias universales en estas versiones que nos ofrece Araluce, nos ha hecho deleitarnos, remozando nuestra memoria con las visiones imaginativas del pasado brillante de nuestro país y del poder creador de célebres genios de ayer. Con todo, el encanto de estos libros radica en su factura. Forman tomos lindísimos, en tamaño 8.º, de más de un centenar de páginas, en papel grueso y magnífico, con láminas alegóricas a todo color, intercaladas en el texto y una en la tapa, y con encuadernación bellísima, en tela magnífica, y dorados en rótulos, orlas y cantos.

Los *Libros de Epopeya* revisten análoga significación e importancia por su índole y por su presentación, aunque ésta es muy distinta, que los anteriores. Consagrada la colección exclusivamente, como su nombre lo indica, a la divulgación, en forma sugestiva y amena, de los hechos bizarros llevados a cabo en los momentos culminantes de la Historia patria, este conjunto de libros se compone, hasta hoy, de los cuatro volúmenes siguientes: *Sangre generosa y fecunda* (relación del martirio del Padre Juan de Prado en Marruecos); *Por Castilla y por León, Nuevo Mundo halló Colón* (historia del descubrimiento de América), por Antonio de Herrera, cronista de Indias; *Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas*, por el Padre Cristóbal de Acuña, y *Guerras Civiles de Granada*, por Ginés Pérez de Hita. La tipografía de estos volúmenes, distintos en tamaño y número de páginas, es, sencillamente, un primor. Parece como una resurrección de la antigua impresión de tipo grande y clarísimo, con esbeltas y artísticas capitulares y artísticos finales. Todos los volúmenes están impresos siguiendo el mismo acierto de originalidad, de esbeltez en el ajuste. Su papel, de cuerpo y nitidez espléndidos, permite la limpidez tipográfica y la belleza de las láminas alusivas, reproduciendo dibujos hechos por expertos artistas.

Novedades. — Es tal el aluvión de libros que, en el intervalo de un mes, se amontona sobre la mesa del crítico, que necesariamente se impone en éste la selección, silenciando no pocos de ellos, máxime cuando en la presente crónica se ha de dar noticias de otros sucesos literarios, con lo que no resta el espacio necesario para comentar, aunque sea muy ligeramente, toda la producción con cuyo envío nos honran autores y editores.

La «Editorial Sempere», de Valencia, ha publicado en estos días dos nuevos volúmenes de Pirandello. El primero comprende dos comedias: *Vestir al desnudo* y *¡Sea todo para bien!*, excelentemente traducidas ambas por F. Gómez Hidalgo. El segundo es un nutrido tomo comprensivo de diez novelas cortas, que toma el título de la primera: *Cuando estaba loco*, vertido irreprochablemente al castellano por Félix Azzati. Con éstos son ya ocho los volúmenes de Pirandello publicados por esta editorial, que continuará de tal guisa hasta ofrecernos la total labor del gran dramaturgo y novelista italiano.

La «Biblioteca Nueva», cada día mejor orientada y más activa, como en otras ocasiones hemos dicho, acaba de publicar el primer volumen—primero en orden de aparición—de una nueva edición de Obras Completas del gran estilista Gabriel Miró, titulado *Las cerezas del cementerio*. También emprende la tercera edición de las Obras Escogidas de Oscar Wilde, de la que aparecen los volúmenes I y IV, que estaban agotados, titulados, respectivamente, *El crimen de Lord Arturo Savile* y *Huerto de Granados*. Hay que señalar, por su importancia criticista y documental, el prólogo («exhumación» le llama su autor), de ciento cincuenta páginas, que sobre el célebre escritor inglés hace Ramón Gómez de la Serna, inserto en el primero de dichos volúmenes. De otra colección famosa, las Obras Escogidas de Valera, publica esta misma editorial el tomo VI, titulado *Genio y Figura*. Y, alternando con estas reediciones, que por la importancia de sus autores y la belleza de presentación de los volúmenes, revisten categoría de novedad, esta importante editorial madrileña lanza otros libros de autores aquí desconocidos, tal que la novela *El artista adolescente*, del irlandés James Joyce, al que Valery Larbaud, Arnol Bennett, Havelock Ellis y otros críticos célebres conceptúan como el mejor escritor de hoy. Esta obra, de un raro interés, ha sido traducida por Alfonso

Donado, y lleva un extenso y enjundioso prólogo de Antonio Marchalar.

De la «Editorial Cervantes», de Barcelona, hemos recibido el volumen XIII de la monumental Biblioteca de Síntesis Científica, «La Evolución de la Humanidad», volumen titulado *El Pensamiento Griego*, por el sabio francés León Robín, libro tan extenso y nutrido de ciencia e interés como los anteriores por nosotros comentados en su día, y como serán los restantes, hasta el centenar de ellos que compondrán la tal Biblioteca. De la mencionada casa editora son también: el tomo XLIX de «Las mejores poesías líricas de los mejores poetas», consagrado al chileno Daniel de la Vega; el XXV de las Obras de Pierre Loti, titulado *Diario Intimo*, y el curioso libro, de palpitante actualidad, *Al polo Norte en avión*, por el famoso explorador noruego Amundsen, en el que éste narra sus pasados intentos de arribo al polo, y sus preparativos para la nueva expedición aérea.

Ya nos hemos referido en esta misma crónica a la «Editorial Araluce», a propósito de la famosa colección de su nombre, paradigma brillante del libro bello. Pero no se limita la actividad productora de esta casa a obras de esa índole, sino que abarca las más variadas de divulgación, literarias, científicas, etc. Sabemos que prepara libros de transcendental significación en los nuevos hechos e ideas, tales que *El hombre estúpido*, del sabio médico Richet, y *Estudio del Renacimiento Español*, por Mr. Bell, y acaba de dar a la estampa los famosos *Ensayos de Síntesis Científica*, del sabio italiano Eugenio Rignano, que tan meritoria labor realiza con la revista «Scientia». Dicho libro ha sido traducido y prologado por el doctor Pi Suñer. Otro libro interesante es el titulado *Brotos de la Raza*, donde su autor, Abigail Mejía, traza notables semblanzas crítico-biográficas de diez y seis celebridades españolas de ayer y de hoy.

«Espasa-Calpe» ha enriquecido en este mes su famosa «Colección Contemporánea» con dos excelentes obras: *Enigma y Símbolo*, colección de bellísimas y sentimentales narraciones de María Enriqueta, y *Fomrada Asturiana*, cuentos y escenas de un nuevo novelista de recia vena creadora; Rafael Riera.

«Renacimiento», de Madrid, prosigue la publicación de las obras de Mesonero Romanos, en nueva edición cuidada con esmero. Con

El Antiguo Madrid (tomo primero), que acaba de aparecer, son ya cinco los volúmenes de «El Curioso Parlante» que han salido a luz. Este último es realmente una obra de erudición y, a la vez, de amenidad. Con su texto copioso y sus láminas, se historia y se describe el pasado de la capital de España. «Renacimiento» ha publicado también en estos días *La infidelidad de Lucha*, colección de cuentos de los hermanos franceses Max y Alex Fischer, conocidos del público español por aparecer su firma al pie de producciones de esta índole que publica el más leído de los diarios madrileños de la noche: «La Voz», y *La ciudad de los brazos abiertos*, novela de ambiente parisino del discutido escritor José María Carretero.

El editor señor García Mercadal ha dado en su biblioteca de «Nuevos Novelistas Españoles» un volumen de cuatro novelas cortas, originales del aristócrata escritor y periodista Alvaro Alcalá Galiano, Marqués del Castel Bravo, titulado *Fuego y Cenizas*.

En la «Biblioteca Moderna de Novelas Selectas», el editor barcelonés don J. Prats Anguera ha incluido dos nuevas producciones de la laureada escritora francesa Mary Florán, tituladas *Un año de prueba* y *Mujer de Letras*.

Finalmente, «La Lectura», de Madrid, lanza el volumen 67 de su famosa colección de «Clásicos Castellanos», que comprende la tercera parte de la célebre obra del P. Feijoo *Teatro Crítico Universal*.



Bibliografía del mes

Generalidades

702. ESTELRICH, J. *Entre la vida i els llibres*. Barcelona, 1926. Llibreria Catalònia («El ram d'olivera», 2). 348 págs., 8.º, 190 por 121 mm. 5 ptas.

Ciencias naturales

703. BOLÍVAR, J., y CALDERÓN, S. *Nuevos elementos de Historia Natural. Geología*. 4.ª edición. Toledo. Talleres de Rafael G. Menor. 260 págs., 4.º, 241 por 156 milímetros. 10 ptas.
704. — — — — *Nuevos elementos de Historia Natural. Zoología*. 4.ª edición. Toledo. Talleres de Rafael G. Menor. 429 págs., 4.º, 241 por 156 mm. 14 ptas.
705. BUEN, Odón de. *Resumen de un curso de Biología. Conocimientos previos indispensables*. Madrid, 1925-1926. Editorial Victoriano Suárez. 144 págs., 8.º, 203 por 140 mm. 6 ptas.
- CALDERÓN, S. Véase núms. 703 y 704.
- ISCH-WALL, Paul. Véase número 707.
706. VITORIA, P. Eduardo. *Estudios de Química contemporánea. Conferencias argentinas pronunciadas en los centros culturales de Buenos Aires y La Plata*. Barcelona, 1925. Tip. Casals. 440 págs. con 206 figuras, 8.º, 211 por 130 mm. 11 ptas.
707. WEIL, P. Emile, e ISCH-WALL, Paul. *La transfusión de la sangre. Estudio biológico y clínico*.

Madrid. M. Aguilar. 223 págs., 4.º, 242 por 161 mm. 12 ptas.

Ciencias filosóficas

708. CONNEN DOYLES, A. *Compendio general de las ciencias Psíquicas y Ocultas*. Barcelona, 1925. Editorial Cervantes. 440 págs., 4.º, 160 por 250 mm. 10 ptas.
709. COSCOLLA PLANA, Vicente. *Sinoptismo o fisioteoantropía. (Relaciones entre Dios y el hombre)*. Barcelona, 1925. Imp. Irández. 64 págs., 8.º, 155 por 110 mm.
710. FALKENHEIM, H.; LEHMANN, R., y PFANDER, A. *Hegel, Schopenhauer, Nietzsche*. Madrid, 1925. Editorial Revista de Occidente (Los grandes pensadores. Vol. 6 y último). 125 págs., 8.º, 225 por 152 mm. 5 ptas.
- LEHMANN, R. Véase núm. 710.
711. LIPPS, Teodoro. *Los problemas fundamentales de la Ética*. Traducción de Eduardo Ovejero y Maury. Madrid, 1926. Daniel Jorro. (Biblioteca Científico-Filosófica). 327 págs., 4.º, 230 por 150 milímetros. 8 ptas.
- OVEJERO y MAURY, Eduardo. Véase núm. 711.
- PFANDER, A. Véase núm. 710.

Ciencias sociales

- ALTAMIRA, Rafael. Véase número 714.
712. ALTEA, Conde de. *La orientación profesional y la escuela*. Madrid. Ediciones de «La Lectura» (Cien-

cia y Educación. Folletos). 54 páginas, 8.º, 195 por 125 mm. 1 pta.

ARNOLD, Robert. F. Véase número 730.

CANSINOS-ASSERNS, R. Véase número 761.

713. CÁRCAMO, Miguel Angel. *Evolución histórica del régimen de la tierra pública*. 1810-1916. Obra laureada por el gobierno de la nación. 2.ª edición corregida y aumentada. Buenos Aires. Librería «La Facultad». XXXIII más 548 págs., 8.º, 222 por 151 mm. 20 ptas.

714. CARRANCA Y TRUJILLO, Raúl. *La evolución política de Iberoamérica*. Prólogo de Rafael Altamira. Madrid. Editorial Reus, S. A. 304 págs., 8.º, 190 por 125 mm. 6 ptas.

715. CLAPARÈDE, E. *La escuela y la psicología experimental. Con un estudio preliminar de Lorenzo Luzarraga*. Madrid, 1926. Revista de Pedagogía (Publicaciones de la Revista de Pedagogía. La Pedagogía Contemporánea. Vol. 3). 110 págs., 8.º, 190 por 123 mm. 2 ptas.

GADOLIN, Lagerwald de. Véase núm. 761.

716. LAMADRID Y LARRIBA, Lucas. *La venganza de un régimen*. Habana, 1926. Librería Cervantes. 29 págs., 8.º, 205 por 145 mm. LAMBROSO, Gina. Véase número 761.

LUZARRAGA, Lorenzo. Véase número 715.

717. MARIATEGUI, Juan Carlos. *La escama contemporánea*. Lima, 1926. Editorial Minerva. 288 págs., 8.º, 176 por 122 mm. 2'50 soles peruanos.

MIGUJÓN, Salvador. Véase número 730.

NOGUÉS SARDÁ, Agustín. Véase núm. 718.

718. SLUYS, A. *La cinematografía escolar y post-escolar*. Traducido y adaptado a las proyecciones fijas y animadas por Agustín Nogués Sardá. Madrid. La Lectura (Ciencia y Educación. Sección contemporánea). 116 págs., 8.º, 185 por 121 mm. 3 ptas. VASCÓNCELOS, José. Véase número 774.

Ciencias jurídicas

719. AUNÓS, Antonio. *El Derecho Catalán en el siglo XIII*. Barcelona, 1926. Editorial Helios. 356 páginas, 4.º, 230 por 155 mm.

720. GONGORA, Francisco. *Manual de la Propiedad Intelectual*. 2.ª edición. Madrid, 1926. José Góngora (Códigos y leyes anotados). 192 más XVI págs., 8.º, 195 por 130 mm. 3 ptas.

721. MARTÍ I MIRALLES, Joan. *Principis del dret successori, aplicats a fórmules d'usdefruit vitalici i d'herència vitalícia*. Barcelona, 1925. Imp. La Renaixença. 25 páginas, 4.º, 216 por 200 mm.

Ciencias aplicadas

Medicina : Agronomía : Aviación : Manuales profesionales

722. ABAJO ZAMORANO, José Luis de. *El método de Billroth I según la técnica del profesor Haberer modificada por mí en el tratamiento de la úlcera crónica del estómago y del duodeno*, por... Madrid, 1925. Imp. Nieto y C.ª. 44 págs., 4.º, 227 por 161 mm.

723. ALCARAZ, Enrique. *Climatología agrícola*. Tomos I y II. Madrid. La Lectura. 216 y 371 págs., 4.º, 225 por 165 mm. 20 pesetas los dos tomos.
724. AYMAT, José, WARLETA, Ismael, GONZALO, Luis, y ELETA, Antonio. *Tiro aéreo. Bombardeo aéreo. Observación aérea. La aviación y el tiro artillero, y Cartografía*, por los oficiales del ejército... Madrid. Aviación militar. (Conferencias teóricas. Tomo II. Primer curso para jefes de unidades tácticas aéreas). 496 páginas e índice, 8.º, 225 por 150 milímetros. 12'50 ptas.
725. BARBARÁ RIUDOR, Antonio. *Etimologías médicas, o breve diccionario de las etimologías griegas y latinas*. Barcelona, 1925. Tip. Casals. 262 págs., 4.º, 251 por 175 mm. 25 ptas.
726. BUCHLEY, J. P. *Materia médica, farmacología y terapéutica dental*. Trad. N. Coroleu i Vila y Torrent. 4.ª edición. Barcelona, 1926. Editorial Labor. 445 págs., 4.º, 250 por 170 mm. 30 ptas. COROLEU I VILA, N. Véase número 726.
727. EISELT, Rodolfo. *Terapéutica general de la Tuberculosis*. Barcelona, 1926. Editorial Cervantes. 475 págs., 4.º, 140 por 220 mm. 14 ptas.
ELETA, Antonio. Véase n.º 724.
GONZALO, Luis. Véase núm. 724.
ISCH-WALL, Paul. Véase número 707.
MONTOTO DE SEDAS, Luis. Véase núm. 728.
728. RUSSELL SMITH, J. *Geografía industrial*. Trad. de Juan Salas Antón. Prólogo de Luis Montoto de Sedas. Barcelona. Sociedad General de Publicaciones (Biblio-

teca Enciclopédica de Ciencias Comerciales). 845 págs., 8.º, 200 por 136 mm. 25 ptas.

SALAS ANTÓN, Juan. Véase número 728.

TORRENT. Véase núm. 726.

WARLETA, Ismael. Véase número 724.

WEIL, J. Emile. Véase núm. 707.

Letras Historia

729. ALTOLAGUIRRE, Angel de. *La carta de navegación atribuida a Cristóbal Colón por Mr. de La Roncière, historiador de la Marina francesa*. Madrid. Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica. 19 págs., 4.º, 235 por 156 mm. 3 ptas.
730. ARNOLD, Robert F. *Cultura del Renacimiento*. Traducción de Salvador Miguijón. Barcelona, 1925. Editorial Labor (Colección Labor, 21). 160 págs., 8.º, 190 por 125 mm. Tela, 4'50 ptas.
AUNÓS, Antonio. Véase n.º 719.
BARRAS DE ARAGÓN, Francisco de las. Véase núm. 731.
731. BARRAS Y PRADO, Antonio de las. *La Habana a mediados del siglo XIX. Memorias de... Las publica su hijo Francisco de las Barras de Aragón*. Madrid, 1925. La Lectura. 288 págs., 8.º, 195 por 131 mm. 5 ptas.
BARRIO, Evaristo. Véase número 732.
- BELTRÁN Y RÓPIDIZ, D. Ricardo. Véase núm. 739.
732. BERRUETA, Martín D. *Historias de la Historia. Ilustraciones de Evaristo Barrio*. Burgos, 1925. Hijos de Sgo. Rodríguez (Biblio-

- teca Mundial). 100 págs. más 7 láminas en color, 8.º, 180 por 130 mm. Tela, 3'50 ptas.
733. BERWICK Y DE ALBA, Duque de. *El mariscal de Berwick. Bosquejo biográfico*. Madrid. 538 págs. en papel de hilo, más 35 láminas, 4.º, 280 por 212 mm. Piel grabada en dorado, 70 ptas.
- BLANCO FOMBONA, R. Véase número 749.
- BLÁZQUEZ Y DELGADO AGUILERA, Antonio. Véase núm. 739.
- CAMÓN AZNAR, S. Véase número 740.
734. CARBALLO, Jesús. *Prehistoria universal y especial de España*. Madrid. Librería de la Vda. de J. Bergua. 426 págs. con grabados y láminas en colores, 4.º, 250 por 172 mm. 12'50 ptas.
- CÁRCANO, Miguel Angel. Véase número 713.
735. CROCE, Benedetto. *España en la vida italiana durante el Renacimiento*. Versión española de José Sánchez Rojas. Madrid. Editorial Mundo Latino. 254 págs., 8.º, 212 por 145 mm. 6 ptas.
736. *Crónicas de los reyes de Castilla desde Alfonso X hasta los Reyes Católicos*. Colección ordenada por D. Cayetano Rosell. Tomo I. Madrid. Editorial Casa Hernando, S. A. (Biblioteca de autores españoles desde la formación del lenguaje hasta nuestros días. Tomo LXVI). IX más 629 págs., 4.º, 272 por 175 mm. 12 ptas.
737. JARDÉ, A. *La formación del pueblo griego*. Barcelona, 1926. Editorial Cervantes (Biblioteca de síntesis histórica. La evolución de la humanidad. X). 474 págs., 4.º, 140 por 210 mm. 12 ptas.
- MIGUJÓN, Salvador. Véase número 730.
738. ROBIN, Jean. *El pensamiento griego*. Barcelona, 1926. Editorial Cervantes (Biblioteca de síntesis histórica. La evolución de la humanidad. XIII). 535 págs., 4.º, 140 por 210 mm. 12 ptas.
- ROSELL, Cayetano. Véase número 736.
- SÁNCHEZ ROJAS, José. Véase número 735.
739. SANTA CRUZ, Alonso de. *Crónica del Emperador Carlos V. Compuesta por...* Tomo V, y publicada por acuerdo de la Real Academia de la Historia por los académicos de número D. Ricardo Beltrán y Rózpide y D. Antonio Blázquez y Delgado Aguilera. Madrid, 1925. Imp. del Patronato de Huérfanos de Intendencia e Intervención Militar. 441 págs., 4.º, 255 por 180 mm. 15 pesetas.
740. STEUDING, Hermann. *Mitología griega y romana*. Trad. de J. Camón Aznar. Barcelona, 1925. Editorial Labor (Colección Labor, IV). 138 págs., 8.º, 190 por 125 mm. Tela, 4'50 ptas.

Geografía

741. AMUNDSEN, Roald. *Al Polo Norte en avión*. Barcelona, 1926. Editorial Cervantes. 240 págs., 8.º, 130 por 200 mm. 3'50 ptas.
- MONTOTO DE SEDAS, Luis. Véase núm. 728.
- RUSSELL SMITH, J. Véase número 728.
- SALAS ANTÓN, Juan. Véase número 728.

Lingüística, Literatura, Preceptiva y Crítica

CORDERO LEIVA, Primitivo. Véase núm. 742.

742. CUEVAS ZEQUEIRA, Sergio, VALDERRAMA, Esteban, CORDERO LEIVA, Primitivo, y GONZÁLEZ, Gerardo G. *El Arte y la Literatura en Cuba*. (1.ª serie de conferencias. Tomo I). La Habana, 1925. Biblioteca del Club Cubano de Bellas Artes. 103 págs. más una hoja de índice, 4.º, 255 por 175 milímetros.

ERRANDONEA, Ignacio. Véase número 772.

743. FABRA, Pompeu. *Diccionari ortogràfic abreviat*. Barcelona, 1926. Editorial Barcino (Col·lecció Popular Barcino. 4). 64 págs., 8.º, 160 por 118 mm. 1.50 ptas.

GONZÁLEZ, Gerardo G. Véase número 742.

SÓFOCLES. Véase núm. 772.

VALDERRAMA, Esteban. Véase número 742.

Obras literarias

744. ACOSTA Y LARA, Manuel. *La dicha inculta*. Novela de... Madrid. Editorial Pueyo. 269 págs., 8.º, 192 por 126 mm. 5 ptas.

745. AGUADO DE LA LOMA, J. M. *Su mundo aparte*. Novela. Madrid. 299 págs., 8.º, 193 por 125 mm. 5 ptas.

746. ARAMBURU, Julio. *Jujuy*. Buenos Aires. Agencia General de Librería y Publicaciones. 176 págs., 8.º, 192 por 132 mm. 2.50 pesos.

747. ARNOLD, Mario. *La canción del peregrino*. San Juan de Puerto Rico, 1925. Editorial Biblioteca

Apolo. 15 págs., 8.º, 170 por 121 milímetros.

748. AUTRÁN, Eduardo de. *La rebelde. Escenas de la vida real*. Novela. 4.ª edición corregida. Madrid. Alejandro Pueyo. 266 págs., 8.º, 200 por 140 mm. 5 ptas.

749. BLANCO FOMBONA, R. *El conquistador español del siglo XVI. Ensayo de interpretación*. 2.ª edición. Madrid. Editorial Mundo Latino. X más 294 págs., 8.º, 190 por 125 mm. 5 ptas.

750. BLASI VALLESPINOSA, Francesc. *Impressions d'un viatge a Terra Santa*. Prefaci de Carles Cardó. Valls, 1926. Imp. Castells. 160 páginas y 60 láminas, 8.º, 220 por 145 mm. 6 ptas.

751. BORROUGHS, Edgar Rice. *El regreso de Tarzán*. Traducción de Emilio M.ª Martínez Amador. Barcelona, 1926. Gustavo Gili (Serie de Tarzán), 323 págs., 8.º, 200 por 130 mm., 4 ptas.

752. — — — *Tarzán de los monos*. Trad. de Emilio M.ª Martínez Amador. Barcelona, 1926. Gustavo Gili (Serie de Tarzán). 336 páginas, 8.º, 200 por 130 mm. 4 ptas.

753. BULLÓN, Godo. *Caminos de luz y de tinieblas*. Poesías de... Cartagena, 1925. Editorial Levante. 163 págs. más 2 de índice, 8.º, 193 por 123 mm. 3.50 ptas.

CANSINOS-ASSENS, R. Véase número 761.

754. CAPDEVILA, Arturo. *La ciudad de los sueños. (Cuentos soñados)*. Buenos Aires, 1925. Agencia General de Librería y Publicaciones. 152 págs., 8.º, 190 por 130 mm. 2.50 pesos argentinos.

CARDÓ, Carles. Véase núm. 750.

755. CASAS, Augusto María. *Alma*

- triste. *Rosario de sonetos*. Orense. Imp. «El Diario». 16 págs., 8.º, 201 por 142 mm. 1 pta.
- DANERO, E. M. S. Véase número 757.
- ERRANDONEA, Ignacio. Véase número 772.
- GADOLIN, Lagerwald de. Véase núm. 761.
756. GUILLOT, Víctor Juan. *El alma en el pozo*. (Cuentos). Buenos Aires, 1925. Agencia General de Librería y Publicaciones. 244 páginas, 8.º, 190 por 130 mm. Pesos 2'50.
757. KIPLING, Rudyard. *Wee Willie Winkie*. (Novela). Prólogo de Alberto Nin Frías. Trad. de E. M. S. Danero. Buenos Aires, 1925. Ediciones Argentinas Condor. 88 páginas y un retrato, 8.º, 162 por 115 mm. 1 peso argentino.
758. LAGERLOF, Selma. *Jerusalén en Dalicaria*. Barcelona, 1926. Editorial Cervantes (Colección Cervantes. V). 365 págs., 8.º, 110 por 160 mm. 2'50 ptas.
759. — — *Jerusalén en Tierra Santa*. Barcelona, 1926. Editorial Cervantes (Colección Cervantes. VI). 365 págs., 8.º, 110 por 160 milímetros. 2'50 ptas.
760. — — *Los pasos invisibles*. Barcelona. Editorial Cervantes (Colección Cervantes. VII). 394 páginas, 8.º, 110 por 160 mm. Pesetas 2'50.
761. LOMBROSO, Gina. *El alma de la mujer*. (Reflexiones). Prólogo de Lagerwald de Gadolin. Trad. de R. Cansinos - Assens. Valencia, 1926. Editorial Sempere. 254 páginas, 8.º, 192 por 128 mm. Pesetas 4.
762. LOTI, Pierre. *Diario íntimo*. Barcelona, 1926. Editorial Cervantes. 275 págs., 8.º, 130 por 200 milímetros. 4 ptas.
763. — — *Galilea*. 2.ª edición. Barcelona, 1926. Editorial Cervantes. 290 págs., 8.º, 130 por 200 milímetros. 4 ptas.
764. — — *La India*. 2.ª edición. Barcelona, 1926. Editorial Cervantes. 455 págs., 8.º, 130 por 200 milímetros. 5 ptas.
765. — — *Pescador de Islandia*. Barcelona, 1926. Editorial Cervantes. 311 págs., 8.º, 130 por 200 milímetros. 4 ptas.
766. — — *Un oficial pobre*. Barcelona, 1926. Editorial Cervantes. 252 págs., 8.º, 130 por 200 mm. 4 ptas.
767. LLES Y BRIDAYES, Fernando. *La escudilla de Diógenes. Etopéya del clínico*. Habana. Editorial Nuestra Novela. 119 págs., 8.º, 182 por 135 mm.
768. MARZTU, Ramiro de. *Don Quijote, Don Juan y la Celestina. Ensayos de simpatía*. Madrid, 1926. Editorial Calpe. 292 págs., 8.º, 190 por 130 mm. 5 ptas.
- MARTÍNEZ AMADOR, Emilio María. Véase núms. 751 y 752.
769. MONVEL, María. *Poesías*. Barcelona, 1926. Editorial Cervantes (Las mejores poesías líricas de los mejores poetas). 70 págs., 8.º, 110 por 150 mm. 1'50 ptas.
- NIN FRÍAS, Alberto. Véase número 757.
770. SÁNCHEZ, Florencio. *El teatro del uruguayo*. 2.ª edición. Editorial Cervantes. 180 págs., 8.º, 130 por 200 mm. 2 ptas.
771. SILVAR, Carlos Alberto. *Pasamanería*. Cuentos. Buenos Aires, 1925. Agencia General de Librería y Publicaciones. 200 págs.,

- 8.º, 192 por 135 mm. 2'50 pesos argentinos.
772. SÓFOCLES. *Edipo en Colona*. Traducción y comentario literario y notas críticas y artísticas por Ignacio Errandonea. Bilbao. Editorial Razón y Fe (Traducciones Clásicas: Sófocles. II). XXI más 120 págs. con 5 grabados, 8.º, 185 por 115 mm. 2 ptas.
773. SUX, Alejandro. *Del Reino de Bambalina*. Valencia, 1925. E. Guerri. 237 págs., 8.º, 160 por 120 mm. 3 ptas.
774. VASCONCELOS, José. *La raza cósmica. Misión de la raza ibero-americana. Notas de viajes a la América del Sur*. Agencia Mundial de Librería, París - Madrid - Lisboa. 296 págs., 8.º, 190 por 130 mm. 10 ptas.
775. VEGA, Daniel de la. *Poestas*. Barcelona, 1926. Editorial Cervantes (Las mejores poesías líricas de los mejores autores). 80 páginas, 8.º, 110 por 150 mm. 1'50 ptas.
776. *Album del Museo del Prado. Escuela Española. Primera parte*. Madrid. Vda. de J. B. Bergua. 40 págs., 4.º apaisado, 164 por 245 mm., 2 ptas.
- CAMPO, Conrado del. Véase número 777.
777. CASTRILLO, Gonzalo. *Estudio sobre el canto popular castellano*. Prólogo de Conrado del Campo. Epílogo de D. Eduardo López Chavarri. Palencia, 1925. Imp. de la Federación Católico-Agraria. IX más XVI más 137 más 4 págs., 8.º, 185 por 126 mm. 7 ptas.
- CORDERO LEIVA, Primitivo. Véase núm. 742.
- CUEVAS ZEQUEIRA, Sergio. Véase núm. 742.
- GONZÁLEZ, Gerardo G. Véase número 742.
- LÓPEZ CHAVARRI, Eduardo. Véase núm. 777.
778. *Tratado completo de transportación*, por la Sociedad Didáctico-Musical. Madrid. Tip. A. Fontana. 194 págs., folio, 310 por 215 mm. 18 ptas.
- VALDERRAMA, Esteban. Véase número 742.

Arte

776. *Album del Museo del Prado. Escuela Española. Primera parte*.



Juicios propios y ajenos

COLORIDO AMERICANO EN EFIGENIA, LIBRO DE TERESA DE LA PARRA (VENEZOLANA)

EFIGENIA, DIARIO DE UNA SEÑORITA QUE ESCRIBIÓ PORQUE SE FASTIDIABA. — Este es el título de exquisita sensibilidad femenina, sobre el que ponemos estas líneas, que ojalá respondan al entusiasmo de quien las escribe, no con el fin de hacer examen crítico (para ello bien pudo merecer la autora consagraciones por el estilo de la del galano prólogo de Francis de Miomandre), sino para exaltar con ello el mérito de esta producción que enriquece el acervo de la literatura moderna española y americana.

No hemos de insistir sobre el legítimo triunfo alcanzado por este libro, premiado en París en el concurso de novelistas americanos con 10,000 francos y sobre la edición; puesto que el acierto del premio es esta vez de las mejores justificaciones del valer de los certámenes literarios, que sin tener el tiempo suficiente para el cabal análisis de una obra (aunque lo tienen bastante para el mucho discutir), no pueden siempre fallar el difícil pleito literario. Los libros, pues, a decir verdad, son como las personas, tienen secretos, que se nos revelan poco a poco (igual le ocurre al mismo autor) y sólo en días de limpidez espiritual nos es dado comprenderlos. Sorprender en el primer momento las cualidades de un libro es la buena fortuna de la intuición. Tampoco el libro de Teresa de la Parra necesitó el blasón del triunfo literario, ni lo

que llaman el espaldarazo de las consagraciones, para que sea leído y estimado por el público inteligente. Lo del premio en *contante y sonante*, es otra cosa, que no está por demás, o mejor dicho, que está muy bien en estos tiempos que no son los de la antigua gloria eremítica... en que los artistas convivían amablemente con la mismísima miseria. La edición pagada es la gloria, que no entienden los que pagan sus libros que no se leen... y es igual al triunfo de amor, que *no está en venta*, que diría esta deliciosa rebelde.

El Arte mejor convive hoy con el refinamiento: que nos lo diga, si no, la bella autora de *Efigenia*, en quien de hecho se denuncian todas las aristocráticas trivialidades de la elegancia y la moda. Lindo *egreso* es el de sospechar que tuvieron aquellas *entradas de artes liberales*, que nunca lo serán tanto como en el encanto de unos cuantos pomos de perfume que generosamente se volatilizaron, en la alcoba de los adorados secretos narcisismos.

Si en España—no sin razón—se quejan de las irrupciones de la literatura francesa y alemana, existiendo aún amplio el tema nacional, ¿qué diremos nosotros los hispanoamericanos, allá donde no pocas veces se palpa la desorientación de las malas, importunas adopciones, que, salvo los grandes maestros del joven continente, han podido encauzarlas como valores de accesión en definidas corrientes espirituales?

Curso de Física

por

CARLOS DOYNEL

"Dirigirse a la inteligencia del alumno y no
"a su memoria. Hacerle ver que la física es la
"vida diaria y la norma de todas sus manifes-
"taciones. El día en que el discípulo haya
"comprendido que el problema de la compo-
"sición de dos fuerzas paralelas es aquel mis-
"mo del equilibrio de los dos canastos que
"lleva el verdulero al hombro, ese día el pro-
"blema estará resuelto y la cuestión do-
"minada."

(Carlos Doynel.—Física.—Prefacio).

No se han medido los esfuerzos para hacer de esta edición la más ventajosa para la enseñanza. Los dibujos de la acústica y de la óptica son presentados en grabados de tres, cuatro y cinco colores, que facilitan enormemente la comprensión de los teoremas. Consta la obra de dos tomos de 300 páginas cada uno, con unos 400 grabados, 60 de ellos en colores.

Precio del ejemplar en tela

Pesos 4,50 m/n arg.

En la América de todos los emigrantes, ¡cuántas veces hemos visto falseada no sólo la realidad de nuestro ambiente, sino, lo que es peor, hasta la vida misma, por influencia del libro europeo! ¿Quién no recuerda, por ejemplo, el caso de los poetas malditos de la literatura francesa, que causó estragos en cierta juventud americana, la que, sumida en el desencanto del más contaminado pesimismo, acabó en la tragedia del fracaso, en el envenenamiento físico y moral, y hasta en el suicidio, matando hermosas actividades, en un epílogo ficticio y en prematuro cansancio y dolor no sufridos aún?... Recuérdense también los innumerables enfermos del arte irremiso del cabaret y del ajeno que causara más víctimas que el no menos imitado e inimitable Verlaine transido de piedad y arrepentimiento, cuyos vuelos místicos, por la misma amargura de la caída y el pecado, alcanzan un acento más hondo que el de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, en quienes el misticismo es la suave contemplación divina que no tiene la patética humillación del poeta pecador, a la que no han llegado sus mejores discípulos.

Como pueblos jóvenes, han tenido todos los de América la característica de la imitación; el elemento primitivo de esas naciones nuevas, que podía ser un valor efectivo de originalidad, se los ha ocultado con frecuente sonrojo, ante la manía de parecer europeos y europeizados... y así han ido a parar allá sin reserva, lo francés, lo inglés, lo alemán, lo ruso, lo italiano, en fin, las manifestaciones todas del Arte de la cultura universal y hasta las meras tentativas; pero todo ello de una manera dislocada, trunca, mutilada, que ha servido sólo de elemento de dispersión y confusión de las propias orientaciones. El mal, que con razón se

llama fenicio, y el de preferir al ser, el parecer—y está claro que sin mayor utilidad,—ha revestido caracteres alarmantes; se ha vivido como quien dice al día, llenando el tiempo con una pobre actualidad de prestado, y cuando hacemos el balance, nos encontramos con el propio déficit, que es natural a quienes viven sólo de crédito. Pocos son, por desgracia, los casos de excepción que podemos contraponer a estas afirmaciones, de los que supieron asimilar lo extraño sin perder el punto de vista de lo propio. Único es el magno Rubén Darío, que naciera formado para su Arte cosmopolita triunfal; a este nombre podemos añadir los de una docena de maestros como Montalvo, Rodó y otros de su talla, que con una gran personalidad, conscientes se elevaron en pedestal incommovible. En cambio son tan frecuentes y numerosos los fracasos de la individualidad intelectual falseada, plena de superposiciones librescas, que acaban sintiendo la vida en los libros sin comprender el libro de la vida. Es penoso constatar la pérdida de la fisonomía literaria de algunos escritores americanos de trascendencia, como una gran poeta del Continente, a la que el tagorismo viene de afectarla profundamente, en merma de su genial originalidad... Asimismo se puede comprobar cuán pocos son nuestros literatos que han sabido o saben dar la sensación completa del ambiente americano; es tan común e involuntario el traslado del ambiente europeo, que no es raro encontrar apreciaciones del paisaje y la naturaleza europeos adoptados a lo americano, vg.: esas novelucas y cuentos que provienen muchas veces de tierras soleadas donde cantan los grillos, y que nos describen las estaciones del año y hasta nebulosas pasiones, en tierras donde el amor es un grito sin reserva. Si el Arte es el

colorido, si el Arte es verdad y vida, mal podemos convenir con el Arte opaco, y de falsificaciones y falsedades como pululan por allá.

Uno de los méritos más claros de *Ifigenia*, en el sentido de ambiente y colorido, es la de la auténtica procedencia americana, que no la consigue, ni mucho menos, la mayoría de los que pretenden hacer Arte nacional sin más que unos cuantos nombres toponímicos e indígenas... En *Ifigenia*, sin que haya sido el propósito principal de la autora—que no lo tuvo ninguno cuando escribía porque se fastidiaba;—las impresiones no están aquejadas de caducidad aprendida, la visión es directa y personal, y por lo mismo de una frescura y realidad magníficas. En ese su estilo encanta la difícil sencillez, libre de las modosidades de los que todavía escriben y piensan y sienten con los léxicos abiertos, y

la gramática en su punto y el diccionario de la rima en el bolsillo y con los patrones del estilo metidos en los ojos... La brújula de Teresa en cuanto escribe—sin embargo de ser persona de erudición—es su finura de oído, su gusto: en una palabra, su sapiencia femenina, sorprendente y luminosa. Hay en ella un horror a la pedantería y a lo postizo, que lo rechaza como haría con los adornos personales de mal gusto... Esta circunstancia le ha obligado a servirse en tal forma de lo propio, que, sin temor de asegurar una falsedad, se puede decir que en su libro hay enorme cantidad de un apreciable caudal de expresiones americanas, de giros y modismos, pero ennoblecidos en una donosura fina, flexible, cuando no en el estilo sugestivo y abundante de mil detalles preciosos. En el mismo subtítulo se puede notar el empleo de un *fastidiaba* por un *aburría*, que, como otras tantas voces, da aquel sabor tan singular de lo americano. Esto

REVISTAS RECOMENDADAS

El Repertorio Americano

Semanario de cultura hispánica

Publicado por

J. GARCÍA-MONGE

APARTADO 533

San José de Costa Rica, C. A.

1 tomo (24 entregas) 12.00 en
el exterior \$ 3.50 oro americano

PORTUGALIA

Revista de cultura

tradição e renovação nacional

DIRECTOR

FIDELINO de FIGUEIREDO

Rua de Diário de Notícias, 42, 2.º

LISBOA

no quiere decir que la autora de *Ifigenia* desconozca todo el tesoro originario de la lengua, que le es familiar y que con innata elegancia fluye de su pluma o de sus labios; sino que con ello, quiero significar toda mi antipatía a los pseudo clásicos y a los insufribles estilistas amanerados... Tengo para mí que así simplemente y sin quererlo, se puede y se debe hacer Arte nacional: quede a los pedantes el campo del Arte simiesco, del Arte engañador y ridículo...

Entre el fulgor de tantas mentidas joyas..., saludamos ufanos al libro y al temperamento que han logrado preservarse con alma selecta, del mal del ambiente pequeño, nada formado para el desarrollo del escritor, y donde su personalidad tiene que luchar contra una mole de prejuicios, contra prematuras admiraciones y odios, que, como es de suponer, adquieren mayor virulencia cuando se trata de una mujer; y cuanto más hay que añadir en el presente caso de una joven de sociedad, y para el colmo de todo, harto guapa para agradar... hasta a los no letrados. Mas Teresa ha sabido sacar partido de todas estas condiciones y calidades, para componer un libro único que ha de entusiasmar a todo lector; precisamente la obra maestra de esta autora está extrañada de los obstáculos que oponen a su espíritu moderno los prejuicios seculares de familia y aun de la sociedad; el cerrado ambiente de una ciudad americana, que da ocasión a aquel peregrino intimario, maravilla de belleza femenina, iluminada de una doble inquietud corpórea y espiritual, que son goce y dolor en la amplitud suprema de una juventud privilegiada.

La figura central, o mejor dicho, descentrada en la obra, es una joven huérfana, que después de efectuada su educación en París, regresa al seno de su familia que habita en la capi-

tal venezolana, donde resignada se recluye en la clausura del clásico hogar a la española. Allí la autora nos muestra su medio familiar, irrevocable prisión para su alma alada, donde no se puede salir decorosamente, sino de brazo del novio para ir a la boda... o clavada en las seis tablas de un ataúd... María Eugenia Alonso— así se llama la heroína— comienza por hacernos conocer a su simpática abuelita, buena como el pan; luego nos presenta a tía Clara, la solterona un tanto boba, uno de esos caracteres cenicientos que dan la impresión de una existencia congelada y absurda. Antes, el día de la llegada de María Eugenia, que vuelve del viejo mundo, apenas barruntado desde el colegio, gracias a su sorprendente malicia, hemos conocido a Tío Pancho, soltero de profesión, pobre empleado público; en una palabra, todo un fracasado simpatiquísimo. Con igual ocasión nos pone delante al tío Eduardo — ¡vaya un tío, diría un castizo! — el polo opuesto del tío Pancho: palúdico crónico, acatarrado de constitución; allí nos pone delante, vestido de dril y con su mujer fea, rodeado de una larga y espantable prole— probándonos que no hace honor a Malthus— (como no lo hacen tampoco las moscas y sus congéneres).— Esta figura risible es el blanco frecuente de las graciosas burlas de María Eugenia; este es el tipo representativo de la ambición, el acaparador de los bienes de la familia. En efecto, no hay diferencia de esta efigie moral con la de los acaparadores que nunca faltan en las familias. El tío Eduardo ha desposeído a todos sus hermanos de la hacienda íntegra del difunto padre de María Eugenia; está ya entre los tentáculos de este pulpo acatarrado y vestido de dril.

En este elenco, cuyos caracteres están admirablemente trazados, y en

una casona de su abolengo, en Caracas se desarrolla toda la narración de *Ifigenia*, narración amenísima en que ni un momento nos separamos de la grata compañía de la autora. Sin embargo de ese ambiente que pesa como una montaña de plomo, la estancia de María Eugenia entre los suyos —por ese milagro immanente de la juventud que tiene cascabeles y rosas para todas las tribulaciones— termina por serle soportable. Se refugia dentro de las cuatro paredes de su habitación, donde el buen gusto y su imaginación han obtenido triunfos en el decorado. Dispone nimiamente el arreglo menudo de sus cosillas; los cuadros en su sitio, las combinaciones afortunadas de flores en los floreros, todo nos habla de la exquisita coquetería y refinamiento de su dueña. Allí está frente al patio la mesa de escribir que llega a ser para María Eugenia la amada y secreta confidenta; sobre ésta reposan las blancas páginas en las que va bordando lentamente sus pensamientos. Es su placer íntimo, bordar, bordar todos los días. Pero no son ya esos pensamientos rosas y espinas que bordaba la colegiala; son sus alegrías, sus penas, sus ensueños y sus traviesas sonrisas. Allí con transparencia luminosa, dándonos esa sensación de lentitud de las horas, en un ir y venir de ideas, asistimos a la cristalización del alma de una mujer compleja y delicadísima. No tarda en surgir el conflicto amoroso, que no podía faltar en torno de esta gardenia caraqueña, que adquiere en las últimas páginas del libro algida definición: las dos representaciones del amor: la una el amor amor, por decirlo así; la otra, el amor ajustado, a las conveniencias económicas, al que le empuja su familia, llegan a tener un cariz dramático, pero con aquel dramatismo trascendente que va al doloroso sacrificio

individual. En el final del libro, en donde se halla el único arranque literario, la heroína adquiere a momentos todo el temple de la indignación y la protesta, pero al fin termina perdiéndose en el silencio y la resignación.

De ese modo María Eugenia, tenida por los suyos como la muchacha peligrosa, infiltrada de las libertades de la diabólica Europa, que había maleado—según el decir de la abuelita—la *severidad propia de una niña decente*, de ese modo diré,—la cabezita loca de la casa sobre la que llueven interminables y sabios consejos—salvándose ella misma del peligro de una pasión irregular en la que estuvo a punto de sucumbir, de ese modo da un mentís a las inútiles reprimendas y a las gazoñerías caseras; de ese modo, no sin haber sufrido el lento sacrificio de sus bellas rebelías, saca triunfante su profunda dignidad. Y queda cumplido el anuncio de ese personaje interesante de la obra, del que no hemos hablado: la criada negra, amiga de María Eugenia, que en medio de su sonora y constante risa, decía a su ama que las señoras y amas no podían pasar sino por las cosas dignas... que ella, la criada negra, era cosa aparte...

La amiga de María Eugenia, la criada negra, la hembra vigorosa sa-

ANUARIO COMERCIAL

(DE ESPAÑA)

Oficio Nacional de Industria y Comercio

Información completa de toda España y posesiones
Precio de suscripción 25 Ptas. dos volúmenes tomos

Villarreal, 6 - Barcelona

Anuario Comercial y más que Anuario Comercial

COLECCION



PRINCESA

Se ha puesto a la venta la 10.^a edición de



ANITA

(La hija de aventureras)

Novela de **M. DELLY**

La obra maestra de la gran escritora francesa acaba de alcanzar la DÉCIMA EDICIÓN, y este hecho constituye su más cumplido elogio.

OBRA NUEVA

El crimen de un comediante

Novela de

PEDRO GOURDON



PEDRO GOURDON es el novelista de la emoción, y **EL CRIMEN DE UN COMEDIANTE**, una de sus más interesantes y populares novelas. Los lectores de **COLECCIÓN PRINCESA**, encontrarán en ella sana y ~ ~ ~ ~ ~ subyugadora lectura ~ ~ ~ ~ ~

Tomos espléndidamente presentados, a 4 pts. en rústica y 5'50 en tela

Pídase catálogo completo de **COLECCIÓN PRINCESA** a la

LIBRERIA SUBIRANA

Puertaerrieta, 14 - Apartado 203 - Barcelona

turada de filosofía viseral, la de los decires picarescos (prohibidos terminantemente para los oídos de la joven... y ella tenía una alegría maliciosa en escucharlos), es un personaje rústico de enorme valor antitético al lado de los estafermos inhumanos que rodean a la bella joven... Aquella risa blanca de la negra, símbolo de la alegría sin pecado, diríamos que resuena como un eco dionisiaco en las páginas finales...

Dentro de la simplicidad del motivo que acabamos de diseñar, en el espacio que va de un episodio a otro, hay en *Ifigenia* tal cantidad de observaciones sobre el país y sobre la naturaleza que los siente con sensibilidad novísima y un cúmulo de notas psicológicas, de pinceladas, que la atención va sugestionada ante tanta y tan prolíja variedad de incidentes; y hasta tal punto esto es cierto, que no se podría apagar ningún detalle sin dañar el conjunto. El libro voluminoso como es, no llega sin embargo a fatigar.

Ifigenia es, pues, un libro de colorido, de sugestión, amasado maestraamente en arcilla de la realidad; es un libro germinado en el silencio y cuajado en la lentitud de las horas y que no está compuesto en literatura ni desnaturalizado por los mirajes del éxito... La pluma de Teresa de la Parra tiene a momentos el dinamismo raudo de un maestro Dostoiewsky; escribe con la sinuosidad del pensamiento; y armoniosa y sutil, nos muestra las múltiples facetas del enigma femenino, que como fuegos de artificio pasa un momento ante nuestros asombrados ojos.

Con efusión y contento por este triunfo de las letras hispano-americanas, ensayando un ademán de elegancia romántica, me inclino ante esta joven y bella autora, que no contenta de ir por la vida, pisoteando mirlos,

se adorna también con la simbólica rama de laurel.

CORNELIO CRESPO Y VEGA

(De la «Revista de la Universidad de Cuenca»)

AUTORES Y LIBROS

FRANK WEDEKIND. — Las obras de Wedekind traducidas al castellano — por cierto primorosamente — no han gozado de gran fortuna, ni de crítica ni de lectura. Naturalmente, siendo obras de cierta categoría, sus lecturas han sido muy escasas.

Tampoco se han llegado a representar — se trata de obras teatrales. — Habría sido un escándalo. Imperando en los escenarios españoles la mediocridad más desesperante, la visita de una obra de calidad no está permitida. En un ambiente así, hay que darle la enforabuena al autor con rango suficiente para estar, con derecho, fuera de él.

Las críticas — de loa y de combate — que fuera de España se ha hecho de Wedekind son numerosas, sagaces y sugestivas. Imposible añadir nada a esos juicios, desparramados en sinnúmero de revistas de más varia significación.

Solamente queremos llamar la atención, con esta breve nota, de los lectores despiertos hacia ese raro y extraordinario escritor, sin duda alguno de los más interesantes de nuestra época. Tan parco es nuestro tiempo en hombres raros y valiosos que cuando surge uno, con ímpetu, todo elogio que de él se haga nos parece mezquino. Trazar el elogio adecuado de Wedekind no es tarea fácil. Son muchos los matices de su personalidad. Y todos significativos a grado extremo. Cada cual a su mod

ciertamente. Pero formando un conjunto, en última instancia, sobremanera admirable, rico en vitalidad. Los diferentes matices no son otra cosa que las direcciones contrarias que ésta toma al expandirse.

Wedekind es uno de los escritores que, en el porvenir, más ha de ocupar a los historiadores del movimiento literario contemporáneo. Pocos alcanzan tan destacado lugar en las nuevas rutas de la creación artística. Figura principal de lo que se ha llamado — quizá impropriamente — *impresionismo*, ha hecho, en las normas de esta escuela, fúgaz como todas, obras de vida perenne. Claro es que han logrado existencia duradera, no por ser impresionistas, sino por salirse del marco del impresionismo. Con normas de la escuela, pero fuera de ella, puesto que toda escuela es limitación, ha volado libremente, hasta abarcar modos de expresión novísimos, de una concreción justa en todo momento y bella sin ponderación, con una belleza trabajada, lograda con esfuerzo tan colmado, que no se advierte.

Aunque no hubiesen tenido sus libros este mérito singular, el más alto de todos, como impresionistas solamente, en lo que tienen de esto, ya son de rango y categoría votados para la pervivencia. Especialmente, si se cotejan con otros frutos del impresionismo, que hacen recordar las obras más malas que se han escrito en todos los tiempos.

Tanto cuando se atiene a esa norma literaria como cuando crea una nueva para su uso particular — la diferencia entre una y otra manera puede señalarse fácilmente en todos sus libros — Wedekind arremete, con ímpetu primitivo, es decir, encantador, contra un sin fin de cosas caducas, derrumbándolas, certeramente,

en más de una ocasión. Y es de ver la delicia con que rompe, estrepitosamente, los estrechos moldes en que su espíritu revolucionario no cabe. Se le oye entonces reír, con risa sana, oportuna, densa en color humano.

Sin duda, este aspecto de luchador contra lo viejo es de los más característicos de Wedekind. Pocos hombres pueden comparársele en este particular. Ha hecho una gran revolución en el arte. Otros escritores, grandes como él, comprendían la misma tarea, al propio tiempo, en los lugares más diversos y lejanos. Respondían a una necesidad universalmente sentida. Es este un fenómeno que se repite frecuentemente. Autores que no tienen entre sí ninguna relación, ni influencia, adoptan una misma actitud señera. Son estas las anticipaciones de nuevos tiempos. Serán estos tiempos nuevos mejores o peores, pero distintos. Las señales no mienten.

De todos los grandes escritores que se apresuraron — cada uno como si estuviera solo — a dar noticia de las palpitaciones de lo que iba a nacer, trabajando de paso en hundir lo que amenazaba ruina, ninguno realizó su tarea con tanta fe, constancia y entusiasmo como Wedekind. Fué incansable. No le arredró tener que luchar, en su entorno, contra todo y contra todos. Firme en su objetivo, no cedió nunca. Rara cualidad en nuestros días, cuando la mayoría de los hombres son fáciles al acomodamiento.

Llevaba en lo más íntimo de sí mismo un revolucionario impenitente que le habría reprochado, como un crimen, cualquier concesión hecha a las fuerzas enemigas. Mas no había temor de que Wedekind cayera en esta falta. Precisamente gustaba, co-

mo de un placer exquisito, de la lucha. De no haber tenido enemigos, su vida le habría parecido sin ob-

jeto. Había nacido para luchar, para gozar en la lucha, para gozar, si no de la victoria, de la satisfacción extraordinaria de no dejarse derrotar. No abundan los caracteres así. De aquí que Wedekind sea uno de nuestros escritores preferidos.

Por otra parte, Wedekind ha sido uno de los hombres que en los últimos treinta años ha dicho más cosas nuevas. Sus obras dramáticas—en el aspecto de dramaturgo fué en el que más desarrolló su actividad—son venero inagotable de novedad, de originalidad, de saltos en el vacío, buscando asidero para observaciones que nunca se habían formulado con tanta exigencia de comprobación. Observaciones atravesadas de impaciencia por que se trabajara en buscar la parte de verdad—no teórica, no práctica—artística, humana, que en k más escondido de ellas hubiera.

Asistir a la representación de cualquiera de sus obras—señaladamente para los acostumbrados al teatro flojo de los autores más favorecidos por el público; o del teatro francés más popular, en el que solamente se explota el adulterio, con una continuidad que raya ya en estupidez; o de teatro rígido de tesis, tan falto de matices, tan ayuno de esencia verdadera—sorprende y anonada. Todas las normas se han dejado de lado, como si no existieran; todas las convenciones han sido olvidadas, con evidente y justificado desdén; todas las fórmulas, ya gastadas y sobadas, se han desterrado expresamente, por inservibles. Y sólo aparece la vida desnuda, sin falso pudor ni falsas conveniencias, sin hipocresía, pura, limpia como acabada de nacer. Pero no la vida, sin dinamismo, de las gentes quietas. La vida de éstas o tiene ningún interés. Si no hay, en

EDITORIAL VÉRTICE

VILADOMAT, 108. — BARCELONA

Habiendo adquirido las existencias de la extinguida Editorial «Hoy», comunicamos a nuestros favorecedores que desde esta fecha podemos servir como obras de nuestro fondo las siguientes:

- Dios y el Estado*, por Bakunin, 1 peseta.
- Quinet*, por Alaiz, 4 fd.
- Páginas escogidas*, Multatuli, 1 fd.
- Ensayos y conferencias*, P. Gori, 1 fd.

COLECCION «INQUIETUD»

- I. *Páginas de un descontento*, por Máximo Gorki.
 - II. *Evolución y revolución*, por Eliseo Reclús.
 - III. *La Guerra*, por Octavio Mirbeau.
 - IV. *Ensayos sobre moral*, por Pedro Kropotkin.
 - V. *En Siberia*, por Wladimiro Korolenko.
 - VI. *La coacción moral*, por Ricardo Melia.
 - VII. *Un enemigo del pueblo*, por Enrique Ibsen.
 - VIII. *Crítica libertaria*, por Max Nettlau.
 - IX. *Bola de sebo*, por Guy de Maupassant.
 - X. *Estudios sociológicos*, por Edward Carpentier.
- Cada tomo UNA peseta.

FOLLETOS

- La pena de muerte*, Alomar. 0'20
- Idem id.*, edición especial. 0'40
- Al calor de las ideas*, Abella. 0'30
- Dois años en Rusia*, Goldman. 0'50

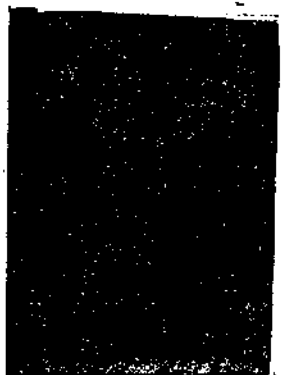
tre las personas que nos rodean, un choque dramático, su vida no nos interesa grandemente, y asistimos a su desarrollo con plena indiferencia. Este choque dramático, necesario para hacer la vida digna, Wedekind lo lleva al escenario con un arte novísimo, singular, extraordinario, y de manera impresionante, no por buscada de modo artificial, sino por acumulación de minuciosas observaciones que están preñadas de lo elemental humano.

Si para el espectador acostumbrado a aquellos espectáculos a que he-

mos hecho mención, esto es, después de la sorpresa primeriza, desilusión, para el espectador más atento, es, luego de la sorpresa, un gozo inefable y sin medida, del que nace admiración acendrada. Le gana la emoción, porque el autor está colmado de ella y la vierte con gesto estremecido. Ahí está, para no dejarnos mentir, *Despertar de Primavera*, una de las obras más humanas que se han escrito en nuestra época.

ANTONIO G. BIRLÁN





* **Historia**
Argentina
— Y —
Americana
— POR —
Julián Rivera Campos

Ha faltado hasta hoy una obra completa de historia argentina y americana; una obra que, además de los sucesos políticos y militares, tratase el desarrollo de la civilización continental, pudiendo dar así a los hechos una interpretación que difiere en numerosos casos de la que la leyenda ha generalizado. Es estudiando simultáneamente la evolución ideológica, étnica, económica y social, como los hechos muestran sus relaciones de causa y efecto y la historia toma carácter científico.

El señor Rivera Campos ha logrado en esta obra exponer, con un método que ha merecido unánimes elogios, la evolución de los pueblos de América hasta el momento actual. Las grandes crisis económicas y políticas son estudiadas con criterio moderno y la política internacional seguida con detenimiento. Los sucesos argentinos desde 1890 — compendiados por vez primera — y un estudio sobre los censos, completan la obra.

Más de 800 tópicos forman los dos tomos, y 200 biografías se insertan al pie de las páginas.

Una primera edición de 10,000 ejemplares permite poner al alcance de todas las manos esta obra, que no debe desconocer ningún argentino o extranjero interesado en los destinos del país.

Dos tomos encuadernados, sumando más de 1.000 páginas

Tomo I : Pesos 3 m/n

++ Tomo II : Pesos 4'60 m/n

Consulte esta obra en las bibliotecas públicas; ojeela en cualquier librería, y hallará a simple vista numerosas cosas que no debería ignorar. Solicitenos folletos con juicios de conocidos intelectuales, hombres de todos los partidos, profesores, órganos principales de la prensa, etc.

Editorial VIRTUS : Lima, 625 : Buenos Aires

Noticias y comentarios

UNA BIBLIOTECA INTERNACIONAL

POR virtud de un decreto fechado el 1.º de abril de 1925, la Junta de Gobierno de Chile dispuso que la Biblioteca Nacional envíe un ejemplar de toda obra e impreso que publique dicho Gobierno a la Biblioteca de Colón, de la Unión Panamericana, situada en la ciudad de Washington. D. C.

La Biblioteca de Colón fué fundada de acuerdo con una resolución aprobada por la Primera Conferencia Internacional Americana en 1889-1890, para conmemorar la reunión de tan importante asamblea. El propósito de dicha biblioteca, según palabras del ya fallecido Dr. Carlos Martínez Silva, uno de los delegados de Colombia a la mencionada conferencia, fué el de establecer «una biblioteca latinoamericana en la cual se coleccionen todas las obras de historia, geografía y literatura, así como los mapas, manuscritos y documentos oficiales relacionados con la historia y la civilización de ambas Américas». En su discurso, el Dr. Martínez Silva dijo, entre otras cosas, que «en el transcurso de veinte años esta biblioteca tendrá una importancia no igualada en el mundo». El hecho de que se está aproximando a esta envidiable posición lo comprueba el informe anual del Dr. L. S. Rowe, Director General de la Unión Panamericana, presentado al Consejo Directivo en la sesión celebrada en el mes de noviembre pasado. Dicho informe dice que la biblioteca se compone de veintidós unidades, o sea una para cada uno de los países que componen la Unión

Panamericana. Actualmente cuenta con 57,530 volúmenes y folletos, con 227,696 tarjetas y catálogos de consulta, 1,708 mapas y 131 atlas, y recibe mensualmente ejemplares de 1,147 periódicos y revistas, de todas partes del mundo. Al mismo tiempo ha establecido un servicio de intercambio de obras en duplicado con otras importantes bibliotecas de los países panamericanos, cooperando con ellas en el fomento de las relaciones intelectuales, económicas y científicas. Esta importante colección de libros se ha dado a conocer como una de las fuentes de información hispanoamericana más amplias y dignas de confianza, la cual usan constantemente los estudiantes, autores, viajeros, hombres de negocios y abogados de todas las Américas. En dicha biblioteca se reciben constantemente publicaciones de todos los países americanos, pero correspondió a la República de Chile ser la primera en sancionar una ley por virtud de la cual se ordena el envío de las publicaciones oficiales a la mencionada biblioteca. La Comisión Protectora de Bibliotecas Populares de la República Argentina, respondiendo al propósito de difundir las publicaciones argentinas en el exterior, hizo varios envíos de libros a distintas bibliotecas de la Unión Panamericana. Actualmente se están tomando las medidas necesarias para conseguir que las demás naciones legislen en el mismo sentido, con el objeto de reunir en un punto central todas las publicaciones impresas sobre las Américas, de manera de conseguir que la Biblioteca de Colón se convierta en verdad en la biblioteca sin rival del mundo.

Catálogo de la Editorial Araluce

CALLE CORTES, 392 / BARCELONA (ESPAÑA)

(Continuación. / Véanse números 8 y 9 de esta Revista)

ARTE DE RECETAR, ELEMENTOS DEL ARTE DE RECETAR Y COLECCION DE RECETAS PARA VETERINARIOS Y ESTUDIANTES, por O. Regembogen de la Escuela Superior de M. V. de Berlín

De este libro, lo mejor, tal vez, son las recetas para prácticos y especialistas, etc., etc., con la sanción de la experiencia. Es un libro utilísimo que contiene felizmente la ciencia del autor y la experiencia del traductor, que lo ha amoldado a los usos hispano-americanos.

Un tomo de cerca 300 págs., en tela, tamaño 17 por 12, 6'50 pesetas

EL MATADERO PUBLICO. Construcción, Instalación, Gobierno, por C. Sanz Egaña, Director del Nuevo Matadero de Madrid

Construcción y condiciones de la Construcción. Los mataderos del mundo. Servicio. Técnica de la matanza. Sistemas de trabajo. Establos. Corrales. Laboratorio. Inspección de Lazaretos. Sanidad. Anejos industriales. El Frigorífico: uso, construcción, instalación, funcionamiento y explotación. Frío Artificial. Servicios generales. Mercados. Gobierno y Explotación. Personal obrero, técnico y administrativo. Reglamento. Arbitrios. Concursos, etc., etc.

Un tomo de más de 500 págs. 165 grabados, 24 por 15, en tela, 16 ptas.

No existe nada más nuevo, ni más completo.

ELEMENTOS DE DIAGNOSTICO CLINICO DE LAS ENFERMEDADES INTERNAS DE LOS ANIMALES DOMESTICOS, por el doctor B. Malkmus

Traducida de la 9.ª edición alemana. La edición española lleva numerosos añadidos y ampliaciones. Farreras y Egaña la completan para

CATALOGO DE LA EDITORIAL ARALUCE

el lector hispano-americano, cuyas necesidades conocen perfectamente.

Un tomo de más de 300 páginas, con 73 grabados, 19 por 13,
en tela, 9 pesetas

EL ARTE DE APLICAR VENDAJES A LOS ANIMALES DOMESTICOS PEQUEÑOS, por el doctor W. Hinz

Ilustrado con 42 grabados. Exposición minuciosa, sistemática y muy detallada, del empleo que debe hacerse de este libro. Se recomienda por su claridad y por su eficacia.

Un tomo de 120 págs., con grabados, en tela, 17 por 12, 3'50 ptas.

ENSAYOS SOBRE SOCIOLOGIA VETERINARIA (1909-1922), por C. Sanz Egaña

Este libro se caracteriza por tener la realidad basada en hechos y deseos en el saber y en el hacer. Está escrito con soltura, con amenidad y contiene lecciones prácticas.

Un tomo de cerca 500 págs., en rústica, 18 por 12, 7 ptas.

LOS HUESPEDES DEL CORRAL. Sus enfermedades, sus remedios, por Cayetano López, inspector de Higiene y Sanidad Pecuarias

Útil para el Veterinario, maravilloso para el Hacendado y el Aviticultor. Se trata en este libro de la casi totalidad de las enfermedades de los animales de corral, así de las Gallinas, Conejos, Palomos, Pavos, Patos, Faisanes, Pájaros y otros animalitos inútil enumerar. El campesino o el pequeño propietario dedicado a la explotación de estos bichos tienen con este libro las prácticas más sencillas para librar su patrimonio de las calamidades que frecuentemente aquejan a los pequeños animalitos domésticos, los que acrecientan su caudal. Trata de las enfermedades microbianas, las parasitarias y comunes, con la suficiente extensión, para que, conocidos los casos, se tenga a la mano el remedio.

Un tomo de cerca 400 págs., en tela, ricamente impreso y con
42 figuras en el texto, 18 por 12, 10 pesetas

LIBROS DE EPOPEYA

SANGRE GENEROSA Y FECUNDA relación del riguroso martirio que padeció el Padre Juan de Prado en la ciudad de Marruecos. Volumen en 13 y medio por 19 y medio cms., de 114 págs., UNA peseta.

POR CASTILLA Y POR LEÓN, NUEVO MUNDO HALLÓ COLÓN. Historia del descubrimiento de América por Antonio de Herrera, cronista de Indias. Volumen de 16 y medio por 22 y medio cms., de 138 páginas, DOS pesetas.

NUEVO DESCUBRIMIENTO DEL GRAN RIO DE LAS AMAZONAS, por el Padre Cristóbal de Acuña. Volumen de 18 y medio por 26 centímetros, de 144 páginas, CUATRO pesetas.

GUERRAS CIVILES DE ORANADA, por Ginés Pérez de Hita. Historia de los Bandos de los Zegrís y Abencerrajes, Caballeros Moros de Oranada; de las civiles guerras que hubo en ella y batallas particulares que hubo en la Vega entre moros y cristianos, hasta que el Rey D. Fernando V la ganó. Volumen de 19 y medio por 28 y medio cms., de 264 págs., SEIS pesetas.

Editorial F. T. D. Apartado 213
BARCELONA

TUTILIMUNDI

Los libros

AQUELLOS libros llamados despectivamente «peseteros» que, no obstante lo mal traducidos y lo mal impresos que estaban, sirvieron de sólido fundamento a la prosperidad de varios editores, los barrió la gran guerra. La hecatombe europea, al par que triplicaba el coste de la vida, exaltó el valor de las tintas, encareció el papel y subió los jornales; por lo cual el precio de los libros aumentó también. Y la muchedumbre vulgar, esa multitud incomprensiva para quien los autores son gentes pintorescas y desocupadas que se divierten en escribir novelas o tratados de Filosofía «porque no tienen nada que hacer», dió en el tópico de decir que los libros eran caros.

—Los volúmenes de trescientas páginas que antaño valían cuatro reales, ahora se venden a cinco pesetas. ¡No se puede leer!... —exclaman con aire desolado precisamente los que nunca sienten el anhelo divino de la lectura.

Contra esta opinión funesta, de la cual hasta los mismos editores participan, acaso por la ninguna emoción sentimental que dedican a su oficio, debemos protestar enérgicamente. A ello nos mueve no el interés, sino nuestro noble orgullo de artistas. Existen ideas y emociones tan altas, que rechazan toda tasación. Dar la vida por el Progreso o por un hijo, o por la mujer a quien adoramos, no es mucho dar. Nuestra madre está agonizando y para salvarse hay una medicina. Quién habrá tan miserable que pregunte: «Esa medicina, ¿cuánto vale?». ¡Nadie!... Esa medicina costará un millón de dólares... o una honra... ¡es lo mismo!... Esa medicina no tiene precio.

Así las obras eternas del Arte; ¡y desgraciados mil veces los raquíticos de espíritu que se creen que a Cervantes, a Rembrandt o a Beethoven se les puede pagar!...

Pero el señor «Equis», tipo representativo de ese público con alma de reata que adora el Carnaval, las procesiones y los desfiles militares, y celebra la Nochebuena hasta embriagarse, no opina como nosotros y encuentra que los libros son caros. Abonar cinco pesetas por una novela le parecerá excesivo, y, en cambio, dará ocho, quince y hasta veinte pesetas por una corbata. Sin embargo, nada más inútil — ni más caro tampoco — que una corbata; pues lo de menos es el importe de esa especie de dogal atrofiado con que la Moda nos sujeta del cuello y pretende adornarnos, sino

los gastos que trae consigo: tal es el alfiler que debe fulgir en ella, y la buena ropa, y el calzado impecable, porque unas prendas tiran de otras, y de la concertada armonía de todas depende la elegancia. Pero al señor «Equis» esto no le importa y afrontará los mayores sacrificios con tal de no llamar la atención dejando de hacer lo que todos hacen. «Equis», a semejanza de sus progenitores, nació esclavo de la Costumbre, y la trivialidad de esta omnipotente y casi siempre ridícula tirana decretó que hubiese mayor distinción en una corbata que en un libro, y de ahí que «Equis», que no se atrevería a salir a la calle sin corbata, pueda vivir sin leer.

Tan frecuente es el desdén a la lectura, que las únicas tiendas de

Elementos de Psicología

POR

CARLOS HERSCHEL

Obra moderna en su orientación científica y en su método pedagógico. Segunda edición, ilustrada con numerosos grabados y cinco esquemas en nueve colores

“VIRTUS”

Lima, 625 — Buenos Aires

Un tomo en tela, 3 pesos m/n arg.

En España, 7 pesetas

CASA EDITORA :: LIBRERÍA
DE A. GARCIA SANTOS
MORENO, 500 (esquina Bolívar) :: BUENOS AIRES

OBRAS DE PEDAGOGÍA

DEL DR. J. PATRASCOIU

Profesor normal, Doctor en Filosofía y Letras de la Universidad de Leipzig.
Profesor de Pedagogía y Psicología en la Escuela Normal y Colegio Nacional

Recomendamos muy especialmente las obras de pedagogía y metodología del Dr. Patrascoiu, que se usan en nuestras escuelas normales y colegios nacionales. Las nuevas ediciones que más abajo ofrecemos, han sido corregidas cuidadosamente, aumentándolas con los últimos datos e investigaciones relativas a ciencias pedagógicas

CURSO COMPLETO DE PEDAGOGÍA

Adaptado al programa de las escuelas normales. Un tomo de 320 páginas, encuadernado en tela (décima edición, revisada). \$ 5.50 m/n.

CURSO COMPLETO DE METODOLOGÍA

Obra sistemática adaptada al programa de las escuelas normales. Un tomo de 350 páginas, encuadernado en tela (octava edición, revisada). \$ 5.— m/n.

DICCIONARIO PEDAGÓGICO ILUSTRADO

Síntesis alfabética de todos los asuntos relacionados con la educación del hombre y su instrucción. Comprende: Pedagogía general, Didáctica, Historia de la Pedagogía, Psicología, Lógica, Paidología, Metodología, Práctica y Crítica Pedagógicas. Un tomo profusamente ilustrado, encuadernado en tela (de reciente publicación). \$ 12 m/n.

CASA EDITORA :: LIBRERÍA
DE A. GARCIA SANTOS
MORENO, 500 (esquina Bolívar) :: BUENOS AIRES

MANUAL DE PRÁCTICA Y CRÍTICA PEDAGÓGICAS

Guía de los alumnos maestros de las escuelas normales y de los maestros de las escuelas primarias. Comprende: 1.º planes y bosquejos típicos para todas las lecciones, elaborados de acuerdo con los principios fundamentales de la didáctica y las leyes naturales del entendimiento; 2.º direcciones claras y precisas para metodizar con rapidez y exactitud cualquier asunto de la enseñanza; 3.º planes y bosquejos típicos para la crítica diaria, crítica de las clases-modelo y crítica-debate. Un tomo encuadernado . \$ 2.50 m/n.

CURSO COMPLETO DE PSICOLOGÍA

Adaptado estrictamente al programa vigente en los colegios nacionales y escuelas normales, (2.ª edición, muy corregida y aumentada). Un tomo encuadernado \$ 5.50 m/n.

TRATADO DE PAIDOLOGÍA

PAIDOTECNIA Y PEDAGOGÍA EXPERIMENTAL. — Obra fundamental, ilustrada con 151 grabados. Comprende: 1.º el estudio científico-experimental del niño, desde el punto de vista fisiológico, psicológico y pedagógico; 2.º el estudio y la aplicación práctica de los métodos paidotécnicos en la educación de la niñez; 3.º la metodología experimental de todas las materias de enseñanza, con la aplicación práctica de los métodos didácticos experimentales, a la luz de los últimos adelantos de la materia. Un tomo de 300 páginas, encuadernado. \$ 5.— m/n.

CURSO DE LÓGICA

Texto adaptado rigurosamente al programa en vigencia de los colegios nacionales y de las escuelas normales \$ 3.50 m/n.

verdadero «luj» — entiéndase inútiles — que hay para millares de personas son las librerías. Viven... — ¿pero, «viven» realmente? — muchos individuos que no compran libros y van al teatro todas las noches, quizás porque esto representa para ellos también una costumbre; y no obstante, una butaca cuesta más que un libro, y por añadidura, de las representaciones escénicas no nos llevamos nada, si no es el recuerdo, mientras un buen libro, aparte el deleite espiritual que entraña, es un objeto que adquirimos y constituye siempre un valor material, y que colocado sobre una mesa puede servir de adorno.

Cualquier libro, aun el más humilde, es algo sagrado, porque infaliblemente guarda reflejos o estremecimientos de pasiones idas, reminiscen-

cias de historias y de dolores que fueron vida antes de ser papel impreso; todo libro tiene algo de tumba.

En estos días los periódicos hablan de las 15,000 cartas — he dicho 15,000, lectoras más — que Julieta Drouet escribió a Víctor Hugo, algunas de las cuales han servido a M. Guimbaud para componer un volumen de excepcional interés. ¿Qué tasador osaría poner precio a esas páginas íntimas y ardientes?... «En nuestras cartas — dice Víctor Hugo a Julieta — hemos vertido nuestra vida día por día. Todo lo que has soñado y sufrido está en ellas. Cada una de esas hojas de papel son a manera de espejitos encantadores que reflejan los distintos aspectos de tu alma tan bella.» Ahora bien: ese «libro-hoguera» que escribieron a medias, Ella para El, y El

Historia de la Literatura Castellana

por ABEL PINÓ

“VIRTVS”

En tela: pesos 6 m/n arg.

Id. en España: 15'50 ptas.

Puede afirmarse sin reparos que no existe actualmente en la librería hispano-americana otro texto de Historia de la Literatura Española que como éste satisfaga lo exigido por la crítica moderna y las conveniencias didácticas. Su precio le pone, además, al alcance de todos los amantes de las bellas letras

para Ella; ese libro tentador y atra-yente como una puerta entornada sobre el misterio de una alcoba donde cuchicheasen dos amantes, ese libro violento en el que dos corazones laten a la vez... ¿podrá parecernos nunca demasiado caro?

Cuanto hagamos para estimular la adormecida sensibilidad del público es poco. La mayoría de las personas con quienes nos cruzamos en la calle no aciertan a distinguir bien entre la importancia de un libro y el valor de unos guantes, y debemos esforzarnos en convencerlas de que aquéllos son más necesarios. Si no pensamos, ¿qué finalidad tendrá nuestra vida?... Si el cuerpo come, ¿por qué al espíritu lo dejaremos en ayunas?

A los libros hay que leerlos no distraídamente y por pasatiempo, sino con amor y con respeto. Para quien sabe leer despacio un libro es como una mano detrás de la cual vibra un corazón.

En Méjico conocí a un ingeniero español llamado Francisco Gamone-

da, quien, más por gusto que por espíritu comercial, montó una librería. Era un establecimiento amplio, elegante, aristocrático, como una biblioteca de Ateneo.

Cierta tarde se presentó en él un señor que, luego de comprar una novela, rogó al dependiente que se la envolviese en un papel. Gamoneda, que es un terrible impulsivo, se indignó.

—¿Es posible—gritó—que se avergüence usted de que sus amigos sepan que ha comprado usted un libro? ¿Pero qué clase de hombre es usted?...

Víctima de su carácter franco y de su cariño a los libros, el excelente Francisco Gamoneda no tardó en arruinarse. Sin embargo, tenía razón. Los libros son un adorno, un rasgo de buen gusto; por lo mismo no deben esconderse; al contrario, deben exhibirse. En nuestras manos un libro es una flor.

EDUARDO ZAMACOIS

(De *El Imparcial*, de Madrid.)



Encuadernaciones de El Consultor Bibliográfico

Esta Administración atenderá los pedidos de encuadernación que se le hagan acompañados del importe correspondiente y gastos de franqueo, o remitirá tapas y guardas especiales, con cinta señaladora e indicaciones para el encuadernador.

Precio de la encuadernación, incluyendo tapas, etc., 2 pesetas por volumen. Franqueo del mismo (para la Península y América), 0'50 pesetas.

Tapas sueltas (con guardas, cabezadas, señalador, etc. 1'50 ptas.

Franqueo de las mismas . . . 0'50 » .

Vendemos colecciones completas a 7'50 pesetas el volumen encuadernado.

He aquí un gran libro



*Pídale a su
librero se lo
facilite unos
minutos, o
reviselo en
la biblioteca
más próxi-*

*ma. En cualquier página que lo abra, en-
contrará algo que le sugestionará. A pesar
de su título no es un libro local. Todas las
personas de habla castellana agradecerán al
autor haber escrito esta obra : **Historia
Americana y Argentina**
por Carlos Bosque. - "Virtus", Bs. Aires*

Para escribir bien y comprender todo lo que lea, adquiera uno de estos Diccionarios



Diccionario de la Lengua Castellana

Consta de 768 págs. y tiene alrededor de cuatro millones y medio de letras. Edición ilustrada con 800 grabados, sólida y lujosamente encuadernada

Pesetas 3'50

Nuevo Diccionario de la Lengua Española

Publicado bajo la dirección de don José Alemany, de la Real Academia Española. Contiene 1.270 páginas. Edición lujosamente encuadernada

Pesetas 7

"La Fuente" : Diccionario Enciclopédico Ilustrado

Publicado bajo la dirección de D. José Alemany, de la Real Academia Española. Contiene 80.000 artículos, 1.014 grabados, 370 retratos, 100 cuadros, 13 mapas en color, 3 cromolitias. — Un volumen ricamente encuadernado en tela

Pesetas 9

Diccionario Enciclopédico Ilustrado de la Lengua Española

Publicado bajo la dirección de D. José Alemany, de la R. A. E., y de varios reputados especialistas. Contiene 90.000 artículos, 8.000 grabados, 2.000 retratos, 380 cuadros, 77 mapas en negro y en color 15 cromolitias. Obra esmeradamente impresa y encuadernada con gran lujo

Pesetas 18

Diccionario Francés-Español y Español-Francés

(Con pronunciación figurada.) Los dos diccionarios juntos tienen 1.156 páginas y alrededor de cinco millones de letras. Encuadernado con lujo

Pesetas 5'50

Diccionario Inglés-Español y Español-Inglés

(Con pronunciación figurada.) Como el anterior, este Diccionario está muy indicado para escuelas. Encuadernado lujosamente

Pesetas 5'50

RAMÓN SOPENA, Edit
Calle de Provenza, 93 al
Barcelona (Españ